

CATHERINE MILLET

*La vida sexual
de Catherine M.*



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Table of Contents

[LA VIDA SEXUAL DE CATHERINE M.](#)

[LA VIDA SEXUAL DE CATHERINE M.](#)

[1. EL NÚMERO](#)

[2. EL ESPACIO](#)

[3. EL ESPACIO REPLEGADO](#)

[4. DETALLES](#)

[EL SEXO FRÍO](#)

[Notas a pie de página](#)

Annotation

Catherine Millet, una figura de gran prestigio en el ámbito de la estética, autora de ensayos y monografías sobre artistas contemporáneos, decidió explicar su intensa y tumultuosa vida sexual, con una crudeza y una claridad absolutamente inesperadas. El resultado es sin duda, uno de los libros más audaces y sorprendentes de la literatura francesa en el terreno de la tradición erótica. Y, desde luego, uno de los que ha causado mayor expectación.

LA VIDA SEXUAL DE CATHERINE M.

Catherine Millet, una figura de gran prestigio en el ámbito de la estética, autora de ensayos y monografías sobre artistas contemporáneos, decidió explicar su intensa y tumultuosa vida sexual, con una crudeza y una claridad absolutamente inesperadas. El resultado es sin duda, uno de los libros más audaces y sorprendentes de la literatura francesa en el terreno de la tradición erótica. Y, desde luego, uno de los que ha causado mayor expectación.

Título Original: *La vie sexuelle de Catherine M.*

Traductor: Zulaika Goicoechea, Jaime

Autor: Catherine Millet

©2001, Anagrama

Colección: Panorama de narrativas, 492

ISBN: 9788433969521

Generado con: QualityEbook v0.52

LA VIDA SEXUAL DE CATHERINE M.

CATHERINE MILLET

Título original: la vie sexuelle de Catherine M.

Traducción: Jaime Zulaika

Editorial Anagrama-Panorama de narrativas 492

Barcelona-España-2001

ISBN: 84 - 339 - 6952 - 8

Digitalizado por Cordoba1946

1. EL NÚMERO

DE niña, me preocupaban mucho las cuestiones de número. Es nítido el recuerdo que conservamos de los pensamientos o de las acciones solitarias durante los primeros años de la vida: son las primeras ocasiones que tiene la conciencia de presentarse ante sí misma, mientras que a los acontecimientos compartidos con otros los envuelve la incertidumbre de los sentimientos (admiración, temor, amor o aversión) que nos inspiran los demás y que los niños son aún menos capaces de discernir y hasta de comprender que los adultos. Así pues, me acuerdo especialmente de las reflexiones que todas las noches, antes de adormecerme, me inducían a una escrupulosa actividad de cómputo. Poco después del nacimiento de mi hermano (yo tenía entonces tres años y medio), mi familia se trasladó a un apartamento nuevo. Durante los primeros años que lo ocupamos, mi cama estuvo instalada en la habitación más grande, enfrente de la puerta. No conciliaba el sueño hasta que, fijando la mirada en la luz que venía de la cocina, al otro lado del pasillo, en la que mi madre y mi abuela trajinaban todavía, había examinado, una tras otra, estas cuestiones. Una de ellas atañía al hecho de tener varios maridos. No a la posibilidad de semejante tesitura, que parece ya admitida, sino, por supuesto, a sus condiciones. ¿Una mujer podía tener varios maridos al mismo tiempo o solamente uno después de otro? En este último caso, ¿cuánto tiempo debía estar casada con uno antes de poder cambiarlo? ¿Cuántos era «razonable» que tuviese: unos cuantos, unos cinco o seis, o bien un número mucho más grande, incluso ilimitado? ¿Qué haría yo cuando fuese mayor?

A lo largo de los años, el cálculo de los hijos suplantó al de los maridos.

Supongo que, como ya podía verme sometida al influjo de un hombre identificado (sucesivamente: actores de cine, un primo hermano, etc.), y centrar mis ensueños en sus facciones, estaba quizá menos expuesta a la incertidumbre. Imaginaba de forma más concreta mi vida de casada y, por consiguiente, la presencia de niños. Se repetían, sensatamente, las mismas preguntas: ¿seis era el número «razonable» o se podían tener más? ¿Qué diferencia de edad podía haber entre cada uno? Luego hacía el reparto entre chicas y chicos.

No puedo rememorar estas cavilaciones sin asociarlas con otras obsesiones que me ocupaban en los mismos momentos. Había establecido con Dios una relación que me obligaba a alimentarla todas las noches, y la enumeración de los platos y de los vasos de agua que le hacía llegar por medio del pensamiento —cuidando de la cantidad justa, del ritmo de la transmisión, etc.— se alternaba con esos interrogantes sobre el modo de poblar de maridos e hijos mi vida futura. Yo era muy religiosa, y no es imposible que la confusión con que percibía la identidad de Dios y de su Hijo propiciara mi inclinación por las actividades de cálculo. Dios era la voz tonante que llamaba a los hombres al orden sin mostrar su rostro. Pero me habían enseñado que Él era al mismo tiempo el muñequito de yeso rosa que yo colocaba todos los años en el belén, el infeliz clavado en la cruz ante la cual se reza —sin embargo, uno y otro eran también su Hijo—, y asimismo una especie de fantasma llamado Espíritu Santo. Por último, yo sabía que José era el marido de la Virgen y

que Jesús, aun siendo Dios e hijo de Dios, le llamaba «Padre». La Virgen, por su parte, era sin duda la madre de Jesús, pero a veces decían que era también su hija.

Al llegar a la edad de asistir el catecismo, un día le pedí al cura una en-trevista. El problema que tenía que exponerle era el siguiente: yo quería ser religiosa, «casarme con Dios» y partir de misionera a Africa, donde pululaban las poblaciones desnutridas, pero también deseaba tener maridos e hijos. El cura era un hombre lacónico que juzgó prematura mi inquietud y cortó en seco la entrevista.

Hasta que nació la idea de este libro, nunca había pensado demasiado en mi sexualidad. Sin embargo, era consciente de haber tenido relaciones múltiples a una edad precoz, lo que no es muy habitual, sobre todo en las chicas, al menos en mi medio social. Perdí la virginidad a los dieciocho años —lo cual no es especialmente pronto—, pero participé por primera vez en partouzes¹ en las semanas siguientes a mi desfloración. No fui yo, naturalmente, la que entonces tomó la iniciativa, pero sí la que precipitó la situación, algo que para mí sigue siendo inexplicable. Siempre he considerado que las circunstancias habían puesto en mi camino a hombres aficionados a hacer el amor en grupo o a mirar a su compañera haciendo el amor con otros hombres, y la única idea que tenía de mí misma en esta materia era que, siendo de natural abierta a las experiencias y no viendo en ellas ninguna traba moral, me había adaptado de buena gana a las costumbres de mis compañeros. Pero nunca he extraído teorías al respecto, ni he sido nunca, por tanto, una militante.

Éramos tres chicos y dos chicas y acabábamos de cenar en un jardín sobre una colina que dominaba Lyon. Yo había ido a visitar a un muchacho al que había conocido poco antes, con ocasión de una estancia en Londres, y había aprovechado el coche del novio de una amiga, André, lyonés también, para bajar desde París. En el trayecto, como le había pedido que parásemos para hacer pis, André se acercó para mirarme y acariciarme mientras yo estaba en cuclillas. No era una situación desagradable, pero me daba un poco de vergüenza, y quizá fue en aquel momento cuando aprendí a salir del apuro impulsando la cara hacia la entrepierna y apresando la polla con mi boca. Al llegar a Lyon, me quedé con André y nos instalamos en la casa de unos amigos suyos, un chico que se llamaba Ringo y vivía con una mujer mayor que él a quien pertenecía la casa. La mujer estaba ausente y los chicos aprovecharon para organizar una pequeña fiesta. Vino otro chico acompañado de una chica espigada y de pelo muy corto y espeso, un poco masculina.

Era junio o julio, hacía calor y alguien sugirió que todos deberíamos desvestirnos y lanzarnos juntos a la gran piscina. Oí la voz de André gritando que su amiguita no sería la última en hacerlo, un poco asfixiada porque en efecto yo ya tenía la camiseta por encima de la cabeza. He olvidado a partir de qué fecha y por qué razón había dejado de llevar ropa interior (siendo así que mi madre me obligaba a llevar, desde los trece o catorce años, sujetador con aros y braga faja, so pretexto de que una mujer «debe guardar la compostura»). Lo cierto es que casi inmediatamente me encontré desnuda. La otra chica también empezó a desvestirse, pero al final nadie se metió en el agua. El jardín estaba al aire libre; por eso, sin duda, las imágenes que me vienen a continuación a la memoria son las de la habitación, yo en el hueco de una cama alta de hierro forjado, viendo a través de los barrotes nada más que las paredes intensamente iluminadas, y adivinando a la otra chica tendida sobre un sofá en un rincón del cuarto. André me folló el primero, con la lentitud y la tranquilidad habitual en él. Luego se interrumpió bruscamente. Me invadió una

inquietud inefable, que duró sólo el momento en que vi que se alejaba, caminando despacio y con los riñones hundidos, hacia la otra chica. Ringo vino a ocupar su sitio sobre mí, mientras que el tercer chico, que era más reservado y hablaba menos que los otros dos, acodado cerca de nosotros recorría con su mano libre la parte superior de mi cuerpo. El de Ringo era muy distinto del de André y me gustaba más. Era más grande, más nervioso, y Ringo era de los que separan la labor en la pelvis de la del resto del cuerpo, que martillean sin cubrirte, con el torso erguido a pulso sobre los brazos. Pero André me parecía un hombre más maduro (era, en efecto, mayor; había estado en la guerra de Argelia), tenía las carnes un poco más fofas y los cabellos un poco más despoblados, y me agradaba dormirme enroscada contra él, las nalgas contra su vientre, y le decía que mis proporciones eran perfectas para eso. Ringo se retiró y el que miraba y me acariciaba ocupó su lugar, mientras yo aguantaba desde hacía rato unas ganas terribles de orinar. Tuve que ir. El chico tímido se sintió despechado. Cuando volví estaba con la otra chica. Ya no sé si fue André o Ringo el que tuvo la precaución de decirme que solamente había ido a «terminar», en ella.

Me quedé unas dos semanas en Lyon. Mis amigos trabajaban durante el día y yo pasaba las tardes con el estudiante que había conocido en Londres. Cuando sus padres no estaban en casa yo me tumbaba en su cama turca y él se tumbaba encima de mí, y tenía que andar con cuidado para no darme un golpe en la cabeza contra la estantería. Yo no tenía aún mucha experiencia, pero le consideraba todavía más novato que yo por la manera en que deslizaba furtivamente en mi vagina su sexo aún un poco flexible y húmedo, y porque no tardaba en descansar su cara en mi cuello. Debía de estar bastante preocupado por las que eran, las que debían ser, las reacciones de una mujer, pues me preguntó, muy seriamente, si el esperma proyectado sobre las paredes vaginales no producía un placer específico. Me quedé estupefacta. Si apenas notaba la penetración del miembro, ¿cómo iba a distinguir el momento en que un charquito viscoso se desparramaba por mis fondos? «La verdad, es curioso, ¿ni la menor sensación distinta?» «No, nada de nada.» Le inquietaba más que a mí.

Al final de la tarde, la pandilla venía a esperarme al muelle donde des-embocaba la calle. Eran alegres, y el padre del estudiante, un día que les vio, había declarado, sazonando de cierta cordialidad su comentario, que yo debía de ser una chica estupenda para tener a mi disposición a todos aquellos chicos. A decir verdad, yo ya no hacía cálculos. Había olvidado totalmente mis interrogaciones infantiles sobre el número autorizado de maridos. No era una «coleccionista», y me disgustaba ver en las fiestas a los chicos o las chicas que coqueteaban, es decir, que se metían o se dejaban meter mano y se besaban en la boca todo el tiempo que pudiesen aguantar sin respirar, con la mayor cantidad posible de personas, para alardear al día siguiente en el instituto. Me conformaba con descubrir que el desfallecimiento voluptuoso que experimentaba al contacto con la dulzura inexpresable de cualesquiera labios ajenos, o cuando una mano me palpaba el pubis, podía renovarse infinitamente, pues al parecer el mundo estaba lleno de hombres dispuestos a hacerlo. Lo demás me dejaba indiferente. Estuve a punto de ser desflorada más temprano por un ligue que me gustaba bastante, un chico de cara un poco blanda, de labios inmensos y de pelo negrísimo. Puede ser que nunca un brazo ni una mano, estirando el borde de las bragas hasta cortarme la ingle, bajo el jersey remangado que me ahogaba, hubiesen recorrido todavía tanta superficie de mi cuerpo. Fue la primera vez que me sentí embargada de

placer. El chico me preguntó si «quería más». Yo no tenía la menor idea de lo que eso podía significar, pero le dije que no, porque no me imaginaba que pudiese existir «más». De hecho, interrumpí la sesión y, aunque el lígüe hubiese sido una relación continuada, reanudada en cada época de vacaciones, no pensé en proseguirla. Tampoco tenía tantas ganas de «salir» con alguien, ni con varios. Me enamoré en dos ocasiones, las dos veces de hombres con los que las relaciones físicas estaban descartadas de antemano. En el caso del primero, porque acababa de casarse y, de todas formas, no manifestaba interés por mí, y en el del segundo porque vivía lejos. Así que no tenía que apegarme a un lígüe. El estudiante era demasiado soso, André estaba casi prometido con mi amiga y Ringo convivía con una mujer. Y yo tenía en París aquel amigo, Claude, con el que había hecho el amor por primera vez y que a su vez estaba enamorado, al parecer, de una muchacha burguesa, capaz de decirle frases tan poéticas como «tócame los pechos que los tengo muy suaves esta noche», sin consentirle que fuera más lejos. Este ejemplo me había hecho comprender de golpe que yo no pertenecía al censo de las seductoras, y que en consecuencia mi lugar en el mundo, con respecto a los hombres, estaba menos entre las otras mujeres que al lado de ellos. En suma, nada me impedía repetir la experiencia de aspirar una saliva cuyo sabor es siempre distinto, de apretar con la mano, sin verlo, un objeto siempre inesperado. Claude tenía una hermosa polla, recta y proporcionada, y los primeros acoplamientos me dejaron el recuerdo de una especie de entumecimiento, como si su polla me hubiese atirantado y obturado. Cuando André se desabrochó la bragueta a la altura de mi cara, yo descubrí con asombro un objeto más pequeño, y también más maleable, porque, a diferencia de Claude, no estaba circunciso. Una polla descapullada salta a la vista inmediatamente, despierta la excitación con su apariencia de monolito liso, mientras que un prepucio que sube y baja, que descubre el glande como una pompa gruesa que se forma en la superficie de un agua jabonosa, suscita una sensualidad más fina, su flexibilidad se propaga en ondas hasta el orificio del cuerpo compañero. La polla de Ringo era más bien de la misma familia que la de Claude, y la del chico tímido más bien de la de André, y la del estudiante pertenecía a una categoría que yo habría de reconocer más adelante, la de esas mingas que, sin ser especialmente gruesas, pero quizá debido a una envoltura cutánea más densa, producen en la mano una inmediata sensación de consistencia. Aprendía que cada sexo provocaba gestos y hasta comportamientos diferentes por mi parte. Y así como cada vez tenía que adaptarme a otra epidermis, otra textura carnal, otra pilosidad, otra musculatura (huelga decir, por ejemplo, que no sólo no se agarra de la misma manera un torso que tienes encima según sea liso como una piedra o cargue con senos ligeramente perfilados o enturbie la vista con una pantalla de vello, sino que estas visiones no producen la misma resonancia en el imaginario: así, retrospectivamente me parecía que tenía tendencia a ser más sumisa con cuerpos secos o un poco deshechos, como si los considerase realmente viriles, mientras que mostraba más iniciativa con cuerpos más pesados que yo feminizaba, con independencia de su tamaño), así también la complexión propia de cada cuerpo parecía generar sus propias posturas: recuerdo con agrado uno muy nervioso, cuya verga afilada se clavaba exclusivamente en mi culo expuesto en alto, a sacudidas y como a distancia, sin que tocara prácticamente ninguna otra parte de mi cuerpo, salvo las caderas sujetadas por las manos; a la inversa, los hombres gordos, que sin embargo me atraían, me molestaban — aunque nunca intentaba zafarme— cuando me cubrían demasiado y cuando, acomodando su conducta a su corpulencia, eran propensos a besuquear, a lameteos babosos.

Resumiendo, entré en la vida sexual adulta como, de niña, me adentraba en el túnel del tren fantasma: a ciegas, por el placer de que me bambolearan y me poseyesen al azar. O incluso: de que me absorbieran como una serpiente se traga a una rana.

Unos días después de mi regreso a París, André me envió una carta para avisarme, con tacto, de que todos habíamos pillado unas purgaciones. Fue mi madre la que abrió el sobre. Me mandaron al médico, me prohibieron salir. Pero, a partir de entonces, un pudor que se volvió sumamente intransigente no me permitía ya soportar la convivencia con mis padres ahora que ya podían imaginarme haciendo el amor. Me fugué, me atraparon; al final les abandoné definitivamente para irme a vivir con Claude. Las purgaciones me habían bautizado; a continuación, durante años, viví obsesionada por esa cizalla que, no obstante, me parecía simplemente una especie de marca distintiva, la fatalidad común a los que follan mucho.

«Como a un hueso»

En las partouzes mas concurridas en las que participé, a partir de los años que siguieron, podía haber hasta ciento cincuenta personas, mas o menos (no todas follaban, algunas sólo habían ido a mirar), de entre las cuales podemos calcular que yo acogía el sexo de alrededor de una cuarta o quinta parte, según todas las modalidades: en las manos, en la boca, por el coño y por el culo. A veces intercambiaba besos y caricias con mujeres, pero eso era secundario. En los clubs, la proporción era mucho mas variable, con arreglo a la frecuentación, desde luego, pero también a las costumbres del sitio: volveré sobre este punto. El calculo sería mucho mas difícil en el caso de las noches pasadas en el Bois²: ¿sólo habría que contar los hombres a los que se la he mamado, con la cabeza arrinconada contra el volante, y los hombres con los que me tomé el tiempo de desnudarme en la cabina de un camión, y descontar los cuerpos sin cabeza que se turnaban al otro lado de la portezuela del coche, meneando con una mano frenética su minga en diversos grados de rigidez, mientras que la otra se zambullía por la ventanilla abierta para amasarme enérgicamente el pecho? Hoy soy capaz de contabilizar cuarenta y nueve hombres de los que puedo afirmar que su sexo ha penetrado en el mío y a los que puedo atribuir un nombre o, por lo menos, en algunos casos; una identidad. Pero no puedo computar a los que se confunden en el anonimato. En las circunstancias que rememoro aquí, y aunque hubiese en las partouzes gente que conocía o reconocía, el encadenamiento y la confusión de los retazos y los coitos eran tales que si bien distinguía los cuerpos, o mas bien sus atributos, no siempre distinguía a las personas. E incluso cuando recuerdo los atributos, debo confesar que no siempre tenía acceso a todos; algunos contactos son muy efímeros y, aunque pudiese con los ojos cerrados reconocer a una mujer por la suavidad de sus labios, no la reconocía forzosamente por contactos que podían ser enérgicos. Ha habido ocasiones en que sólo después caí en la cuenta de que había intercambiado caricias con un travestido. Estaba en brazos de una hidra, y ello hasta que Éric se separa del grupo para venir a despegarme, como dice él mismo, «como a un hueso de la carne».

Conocí a Éric a los veintidós años, no sin que su persona me hubiese sido «anunciada»; amigos comunes me habían asegurado en repetidas ocasiones que, en vista de mis inclinaciones, era en efecto el hombre a quien debía conocer. Después de las vacaciones en

Lyon, yo había seguido teniendo, junto con Claude, relaciones sexuales con varias personas. Con Éric, este régimen se intensificó, no solamente porque me llevaba a sitios donde yo podía, como acabamos de ver, entregarme a un número incontable de manos y de vergas, sino porque las sesiones estaban verdaderamente organizadas. Para mí siempre existió una clara diferencia entre, por una parte, las circunstancias mas o menos improvisadas que conducen a unos comensales, después de la cena, a entremezclarse en los sofás y las camas, o que hacen que un grupo animado se encuentre dando vueltas en coche por la Porte Dauphine³, hasta que se establece contacto con otros automóviles y los pasajeros de cada uno de ellos acaban revueltos en un apartamento grande, y, por otra, las veladas organizadas por Éric y sus amigos. Yo prefería el desarrollo inexorable de estas últimas, y su fin exclusivo: no había apresuramiento ni crispación; ningún factor ajeno (alcohol, un comportamiento que se hace notar...) agarrotaba la mecánica del cuerpo. En sus vaivenes nunca se apartaban de su determinación de insectos.

Las veladas que Victor ofrecía con motivo de sus cumpleaños eran las que más me impresionaban. Había en la entrada de la propiedad guardias con perros que hablaban por walkies-talkies, y el gentío me intimidaba. Algunas mujeres se habían ataviado para la ocasión, llevaban vestidos o blusas transparentes que yo envidiaba, y yo me mantenía aparte durante todo el tiempo en que la gente llegaba y se reunía bebiendo champán. No me encontraba a gusto hasta que me había quitado el vestido o los pantalones. Mi verdadera ropa, que me protegía, era mi desnudez.

La arquitectura del lugar me divertía porque se asemejaba a la decoración de una tienda entonces muy de moda en el bulevar Saint-Germain llamada la Gaminerie. Era, en mas grande que la tienda, una gruta, con sus celdillas, en estuco blanco. Estabamos en un sótano y la iluminación venía del fondo de una piscina a la que la «gruta» daba directamente. A través de un cristal que parecía una pantalla de televisión inmensa, se veía cómo evolucionaban los cuerpos que se zambullían desde el nivel superior. Describo un lugar adonde no iba mucho. La escala de las cosas había cambiado a mi alrededor, pero mi situación no era muy distinta de la que había sido la primera vez con mis compañeros de Lyon. Éric me instalaba en una de las camas o sofás que había en las celdillas, y respetaba una vaga usanza de tomar la iniciativa de desvestirme y exponerme. Cuando empezaba a acariciarme y a besarme, otros de inmediato tomaban el relevo. Yo me tumbaba casi siempre de espaldas, quizá porque la otra postura mas habitual, que consiste en que la mujer monta a horcajadas sobre la pelvis del hombre, se presta menos a la intervención de varios participantes y entraña, de todos modos, una relación mas personal entre los dos compañeros. Tumbada, podía recibir las caricias de varios hombres mientras que uno de ellos, erguido para despejar espacio, para ver, se activaba dentro de mi sexo. Me tironeaban a cachitos; una mano frotaba con un movimiento circular y cuidadoso la parte accesible del pubis, otra rozaba ampliamente todo el torso o bien prefería excitar los pezones... Mas que las penetraciones, me deleitaban esas caricias, y en particular las de las vergas que se paseaban por toda la superficie de mi cara o frotaban el glande contra mis pechos. Me gustaba mucho atrapar al vuelo una polla con la boca y deslizar mis labios sobre ella mientras otra se acercaba a reclamar su ración por el otro lado, en mi cuello tenso. Y girar la cabeza para apresar la nueva. O tener una en la boca y otra en la mano. Mi cuerpo se abría mas por efecto de esos toqueteos, de su relativa brevedad y su reanudación, que por el de las cópulas. A propósito de éstas, recuerdo sobre todo la anquilosis de mi entrepierna

después de haber sido trabajada a veces durante casi cuatro horas, ya que muchos hombres tienden a mantener muy separados los muslos femeninos, tanto para gozar del espectáculo como para penetrar mas adentro. En cuanto me dejaban descansar, notaba la vagina entumecida. Y era una delicia sentir sus paredes rígidas, pesadas, ligeramente doloridas, que en cierto modo conservaban la impronta de todos los miembros que la habían llenado.

Me complacía esta situación de araña activa en medio de su tela. Una vez me ocurrió — no era en casa de Victor, sino en una sauna de la Place Clichy— que no abandoné prácticamente en toda la velada el fondo de un sillón mullido, a pesar de que en el centro de la habitación había una cama inmensa. Con la cabeza a la altura de los sexos que se me ofrecían, podía mamar y tragar al mismo tiempo que, con los brazos posadas en los del sillón, pajeaba dos pollas. Tenía las piernas muy levantadas y, uno tras otro, los que ya estaban lo bastante excitados, proseguían en mi coño.

Transpiro muy poco, pero algunas veces me inundaba el sudor de mis compañeros. Por otra parte, siempre hay hilos de esperma que se secan en la parte superior de los muslos, a veces en los pechos o en la cara y hasta en el cabello, y a los hombres de orgías les gusta correrse dentro de un coño tapizado de lechada. De vez en cuando, con la excusa de ir al cuarto de baño, conseguía, no obstante, desgajarme del grupo y lavarme. En la casa de Victor había un cuarto de baño iluminado con una luz azulada, lo bastante clara pero no violenta. Un espejo ocupaba toda la pared de encima de la bañera, y la imagen profunda y desdibujada que proyectaba suavizaba aún mas la atmósfera. En él veía mi cuerpo, asombrada de descubrirlo mas menudo de como lo sentía unos instantes antes. Allí se celebraban encuentros tranquilos. Siempre había alguien que me felicitaba por mi piel mate o por la pericia de que daba prueba con la boca, cumplidos que yo no acogía de la misma forma que cuando, sepultada, oía, como a lo lejos, a un grupo cambiando impresiones sobre mí, como un enfermo percibe a través de su sopor la conversación del médico y de los internos en su recorrido de un lecho a otro.

Chorro de agua sobre mi conejito embotado y abierto. Pero era raro que el que entrase también en el cuarto de baño para hacer una pausa no aprovechara el momento en que yo me acuclillaba sobre el bidé para agitar en mis labios una polla ablandada pero siempre dispuesta. Y en varias ocasiones, apenas refrescada, de pie, con la manos apoyadas en el borde del lavabo, ofrecí la vulva a la presión cada vez mas pujante de un sexo que por fin conseguía actuar como un ariete. Uno de los placeres que mas me gusta revivir es el que procura un sexo que se desliza de este modo entre mis labios mayores y se afirma en ellos, despegando gradualmente uno del otro, antes de hundirse en un espacio cuya abertura he tenido mucho tiempo de comprobar.

Nunca he tenido que sufrir gesto alguno brutal o torpe, y mas bien he gozado siempre de atención. Si estaba cansada, o si la postura se volvía incómoda, bastaba con expresarlo, a menudo por mediación de Éric, que nunca estaba lejos, para que me dejaran descansar o levantarme. De hecho, la amabilidad sin insistencia, la cuasi indiferencia que me rodeaba en las sesiones de grupo, era perfectamente conveniente para una muchachita como yo, torpe en sus relaciones con el prójimo. La fauna del Bois era mas variada —también socialmente— y creo que he debido de encontrarme allí, a veces, con hombres mas tímidos todavía que yo. Veía poco las caras pero cruzaba miradas que me examinaban con una especie de expectación, y algunas hasta con asombro. Estaban los asiduos, que conocían los

lugares, organizaban brevemente el desarrollo de las cosas, y aquellos cuya presencia era más furtiva, y estaban también los que miraban sin intervenir. Por mucho que cambiasen de un día para otro el marco y los protagonistas, y Éric se esforzara en renovar las situaciones —yo le acompañaba siempre con un poco de aprensión—, mi placer, paradójicamente, consistía en encontrar en circunstancias desconocidas reflejos y relaciones familiares.

Hubo un episodio que significó un contraste. Me había acomodado en uno de esos bancos de cemento especialmente rugosos por el granulado que contienen. Se había formado un grupo: a ambos lados de mi cabeza, yo tenía el bajo vientre de tres o cuatro hombres que me la introducían en la boca, pero también divisaba de soslayo la huella clara de las manos de quienes formaban el segundo círculo, con las que se meneaban la polla y parecían resortes a los que se imprime una vibración. Detrás había además algunas sombras atentas. En el momento en que empezaban a remangarme la ropa, se oyó el estrépito de un accidente de tráfico. Me soltaron. Estábamos en uno de esos bosquecillos cuidados a lo largo del bulevar del Amiral-Bruix, cerca de la Porte Maillot. Aguardé unos instantes y luego fui a reunirme con el grupo en la entrada entre los setos. Un Mini Austin había chocado contra un mojón luminoso en medio de la avenida. Alguien dijo que había una joven dentro del vehículo. Un perrito enloquecido corría de un lado a otro. Una extraña mezcla de luces amarillas y blancas alumbraba el mojón y los faros del coche. Debimos de oír muy pronto las sirenas de los coches de asistencia, porque volví al banco. Como si el espacio circundado por los setos hubiese sido elástico, el círculo volvió a formarse y los actores reanudaron la escena en el punto en que había sido interrumpida. Se cambiaron algunas palabras; la visión del accidente resucitaba de repente el lazo hasta entonces mudo entre la gente, y yo recobraba mi pequeña comunidad efímera, totalmente cómplice en la continuación de su actividad particular.

Me gustaba intervenir en los escasos intercambios verbales, gestos y actitudes ordinarios que, en el Bois, atemperan y a la vez ponen de relieve los encuentros extraordinarios. Una noche en que la Porte Dauphine estaba casi desierta, vimos con los faros del coche a dos negros gigantes, de pie en el bordillo de la acera. Tenían aspecto de haberse perdido o el aire de alguien que, en un arrabal desolado, espera un autobús incierto. Nos llevaron muy cerca de allí, a un cuarto de servidumbre. El cuarto y la cama eran estrechos. Me poseyeron uno después de otro. Mientras que uno estaba encima, el otro estaba sentado en un rincón de la cama, sin hacer el menor ademán de participar. Miraba, simplemente. Se movían con bastante lentitud y tenían pollas largas como nunca había visto, no demasiado gordas, que penetraban hondo sin que yo tuviese que separar mucho las piernas. Eran como hermanos gemelos. Los ayuntamientos se sucedían entre caricias nada apresuradas. Me tocaban con exactitud, ya cambio era una maravilla para mí gozar de la inmensa superficie de piel que me ofrecían. Creo que aquella vez me tomé el tiempo de saborear completamente la perforación paciente. Mientras me vestía, ellos charlaban con Éric de las costumbres del Bois de Boulogne y de su trabajo de cocineros. Me dieron las gracias cuando nos despedimos, con la corrección de invitados sinceros, y esta sellado de afecto el recuerdo que conservo de ellos.

En Chez Aimé los contactos entre personas eran menos corteses. Aimé era un club de intercambios muy concurrido. Venían de muy lejos, a veces del extranjero, a hospedarse

allí. Años después de que hubiese cerrado, me asombraba todavía como una modistilla cuando Éric me recitaba el nombre de las personalidades, estrellas de cine, de la canción o del deporte, y hombres de negocios que yo habría podido conocer de haber abierto los ojos lo bastante para reconocerlos. Por los años en que lo frecuentábamos se estrenó una película que parodiaba aspectos de la liberación sexual. Una escena transcurría en un club que se parecía a Chez Aimé; se veía a un grupo de hombres apiñados alrededor de una mesa. Sobre ella había una mujer tumbada de la que sólo se distinguían las piernas calzadas con botas altas que se agitaban cómicamente por encima de las cabezas. Como en efecto estaban de moda las botas ecuestres, que yo llevaba y que tenía por costumbre conservar puestas, incluso cuando no llevaba ya nada más encima, porque eran difíciles de quitar, y como más de una vez tuve que exhibirlas de ese modo, echada sobre una mesa, tuve la vanidad de pensar que quizá hubiese sido mi atuendo mínimo y mis giros en el aire lo que habían excitado la imaginación del cineasta.

El placer de entregarse durante largas sesiones en Chez Aimé, con las nalgas clavadas en el borde de una mesa grande de madera, y la luz suspendida que me caía sobre el torso como sobre un tapete de juego, sólo se iguala con mi aversión al camino que conducía al lugar. Estaba lejos de París; había que atravesar la negrura siniestra del bosque de Fausses-Reposes, en Ville-d'Avray, y finalmente encontrar la casa al fondo de un jardincito parecido a los del barrio de las afueras de mi infancia. Éric no me avisaba nunca del programa de la velada porque una de sus satisfacciones, creo, consistía en elaborado y planear las sorpresas del mismo; era su manera de crear condiciones «novelescas». Además, yo seguía el juego sin hacer preguntas. Sin embargo, cuando comprendía que estábamos en camino, me sentía ansiosa a la vez por la idea de los desconocidos que pronto me obligarían a despertarme de mí misma, y por prever la energía que tendría que gastar. Era un estado próximo al que me embarga siempre antes de dar una conferencia, cuando sé que deberé concentrarme por entero en mi tema y consagrarme al auditorio. Ahora bien, ni los hombres conocidos en esas circunstancias ni una audiencia sumida en la oscuridad tienen rostro, y, como por ensalmo, entre la ansiedad previa y la fatiga que sigue, no se tiene conciencia de la propia extenuación.

Se entraba por el bar. No conservo el recuerdo de que allí me poseyeran, aunque el hecho de tener el coño en contacto con la molesquina de un taburete, y de que las nalgas aplastadas se prestasen muy bien al manoseo a hurtadillas, haya pertenecido al registro de mis fantasmas más antiguos. No estoy segura siquiera de haber estado muy atenta a lo que ocurría a mi alrededor, a las mujeres que estaban plantadas cerca del mostrador y a las que en efecto acababan de batir el chocho o las mantecas del culo. Mi sitio estaba en una de las salas del fondo, tendida en una mesa, como he dicho. Las paredes estaban desnudas, no había sillas ni banquetas, nada más en aquellas habitaciones que las mesas rústicas y las lámparas que colgaban del techo. Podía permanecer allí dos o tres horas. La pauta era siempre la misma: unas manos recorrían mi cuerpo, yo agarraba pollas, giraba la cabeza a derecha y a izquierda para chuparlas, mientras que otras empujaban en mi vientre. Durante la velada podían turnarse de esta forma una veintena. Esta posición, la mujer de espaldas, con el pubis a la altura del pubis del hombre bien plantado sobre sus piernas, es una de las más cómodas y mejores que conozco. La vulva está muy abierta, el hombre está a su gusto para entrar muy horizontal y embestir sin interrupción el fondo de la pared. Son polvos vigorosos y precisos. Algunas veces recibía arremetidas tan fuertes que tenía que

agarrarme con las dos manos al borde de la mesa y durante mucho tiempo tuve casi continuamente la marca de una pequeña desolladura justo encima del coxis, donde mi columna vertebral se había restregado con la madera rugosa.

Aimé terminó cerrando. Fuimos una última vez; el local estaba desierto, Aimé, con su busto pesado detrás del mostrador, abroncaba sordamente a su mujer. El motivo era una citación de la policía judicial. Le reprochó, puesto que teníamos intención de volver a pasar más tarde, que nos pusiera en fuga.

Aquella noche fuimos a parar a Glycines, primera visita por lo que a mí respectaba a una dirección que nos había hecho soñar a Claude, Henri —un amigo— y a mí, que formábamos el más amistoso de los tríos. Henri vivía en un apartamento minúsculo en la rue de Chazel, enfrente de la tapia alta, recubierta de argamasa clara, del jardín que disimulaba el palacete. Como nos pillaba de paso, Claude y yo teníamos la costumbre de detenernos en casa de Henri cuando volvíamos de la visita dominical a nuestros padres. Follábamos los tres juntos, los dos me ensartaban al mismo tiempo, uno por la boca, el otro por el culo o el coño, bajo los alegres auspicios de uno de los más bonitos cuadros de Martin Barré, al que llamábamos «el espagueti», regalo de su autor a Henri, y luego acechábamos por la ventana las entradas y salidas de Glycines. Henri había oído decir que el local era frecuentado por actores de cine y a veces creíamos ver pasar a uno. Éramos unos críos, que son los mejores mirones, fascinados y divertidos por una actividad secreta que ni siquiera tratábamos de imaginar, más excitados de hecho por la apariencia de las cosas que nos eran inaccesibles: los coches que paraban delante del portal, el porte burgués de las siluetas que se apeaban de ellos. Cuando algunos años más tarde franqueé el portal, supe enseguida que prefería el estilo zafio de Chez Aimé.

Subimos por una pequeña alameda de gravilla obstaculizada por un grupo de japoneses, a los que conducía hasta la entrada una joven con aspecto de azafata de vuelo. Ella me conminó a presentar mi tarjeta de la Seguridad Social, que naturalmente yo no tenía, ni encima ni en ningún sitio, pues no trabajaba regularmente, y aunque hubiese podido presentar una hoja de nómina, ante una mujer mas grande que yo —nunca ante un hombre—, sea cual sea su edad, soy una niña desvalida. Entramos, de todos modos. Estaba iluminado como un comedor, había gente desnuda sobre colchones en el suelo, y lo que me desarmó, incluso mas que la amenaza de «la inspectora de trabajo», fue que la gente contaba chistes. Una mujer de piel blanca, sin maquillaje, cuyos cabellos despeinados exhibían los vestigios del mismo moño a lo platano que el de la azafata, hacía que los presentes se desternillasen porque «cuanto le hubiera gustado» a su niño «acompañarla esa noche». Vuelvo a ver a Éric, siempre sumamente practico, recorrer el zócalo de la pared en busca de un enchufe, porque habíamos conseguido concertar un intercambio con una pareja y habría sido mas agradable bajar la luz. Pero había sirvientas navegando entre los cuerpos, con una bandeja de copas de champan en los brazos; una de ellas se enredó los pies en el cable eléctrico y volvió a encender la luz. Incluso acompañó su gesto con un «mierda» enérgico. De resultas de lo cual, no recuerdo que tuviésemos tiempo de esperar a que yo trasegase alguna emisión de esperma.

Menos en el Bois —¡y ni siquiera!, como hemos visto—, la gente no se mezcla sin haberse saludado antes, sin haber respetado una distancia de transición en la que se cambian algunas palabras, en la que cada cual observa entre él y los demas la pausa de un vaso que ofrece o de un cenicero que tiende. Yo siempre habría querido abolir ese

suspense, sin embargo soportaba mejor algunos ritos que otros. Me hacía gracia Armand, que cuando todo el mundo estaba todavía charlando, tenía por costumbre desnudarse del todo, incongruente por haberse adelantado unos minutos, y que plegaba su ropa con precauciones de ayuda de cámara. O bien me prestaba a la manía, que me parecía un poco idiota, de aquel grupo que no empezaba la orgía sin antes haber cenado, siempre en el mismo restaurante, a la manera de un club de antiguos alumnos, y cuyo gozo conservado intacto consistía en hacer que una de las mujeres presentes se quitara las bragas o las medias mientras el camarero daba vueltas alrededor de la mesa. En cambio, contar historias salaces en un local de partouzes me parecía obsceno. ¿Acaso yo distinguía instintivamente entre los sainetes que se representan como un prelude de la verdadera comedia, para prepararse mejor, y los melindres que mas bien sirven para postergarla? Los actos representados en el primer caso no lo son en el segundo, y estan, en efecto, «fuera de lugar».

Aunque hasta hoy haya conservado reflejos de católica practicante (santiguarme a escondidas si temo que en el minuto siguiente se produzca un incidente, sentirme observada en cuanto he cometido una falta o un error...), no puedo afirmar realmente que crea en Dios. Por otra parte, es muy posible que perdiera la fe cuando empecé a tener relaciones sexuales. Por tanto, ya sin misión que cumplir, ociosa, descubrí que era una mujer bastante pasiva, sin más objetivos que alcanzar salvo los que otros me adjudicaban. En la consecución de estas metas soy más que constante: si la vida no tuviese fin, las perseguiría indefinidamente, puesto que no las he definido yo. Con esta disposición, nunca he incumplido la tarea que me confiaron, hace ya mucho tiempo, de dirigir la redacción de art press. Participé en la creación de la revista, me consagré a este trabajo lo suficiente para que se haya establecido una identificación entre él y yo, pero me siento más como un conductor que no debe salirse de los raíles que como una guía que sabe dónde se encuentra el puerto. Para follar era igual. Como estaba perfectamente disponible, como no me asignaba, ni en el amor ni en la vida profesional, un ideal que alcanzar, me catalogaron como una persona sin prejuicio alguno, excepcionalmente desinhibida, y no veía motivo alguno para desmentir aquella etiqueta. Mis recuerdos de orgías, de veladas pasadas en el Bois o en compañía de uno de mis amigos—amantes se articulan como las habitaciones de un palacio japonés. Te crees en un recinto cerrado hasta que corren un tabique que descubre una sucesión de otros recintos, y a medida que avanzas otros tabiques se abren y se cierran, y si hay numerosos cuartos son innumerables las maneras de pasar de uno a otro.

Pero en estos recuerdos las visitas a clubs de intercambios de parejas ocupan poco espacio. Chez Aimé era otra cosa: era la cuna misma del folleto. Y conservé en el recuerdo el fracaso de Glycines porque fue la realización ejemplar de un ensueño que había tenido desde que salía apenas de la adolescencia. Quizá se deba al hecho de que mi memoria es sobre todo visual y que retengo más, de Cléopatre, por ejemplo, club que habían abierto unos clientes antiguos de Chez Aimé, su ubicación extravagante en el corazón de un centro comercial del distrito XIII, que su decorado y las actividades, triviales, en suma, a que me entregaba allí. En cambio, otros lugares y hechos se me imponen de tal modo que podría clasificarlos por temas.

Está la imagen de la fila de coches, cola viviente del nuestro. Así, cuando subimos por el lateral de la avenida Foch, me entran unas ganas urgentes de hacer pis. Cuatro o cinco coches se acumulan detrás del nuestro. Cuando me apeo y atravieso corriendo la franja de césped para emplazarme contra un árbol, se abren portezuelas; se acercan algunos que han interpretado erróneamente la maniobra. Éric se precipita para interponerse, es un lugar al descubierto e intensamente iluminado. Vuelvo a subir al coche y la comitiva arranca. Aparcamiento en la Porte de Saint—Cloud: el guardián ve sumergirse, uno detrás de otro, a una quincena de vehículos que reaparecen en la superficie, casi en el mismo orden, una hora más tarde. A lo largo de esa hora me han poseído una treintena de hombres, primero levantándome entre varios y sosteniéndome contra la pared, y luego tumbada encima de un capó. A veces el guión se complica por la necesidad de despistar a coches en el trayecto. Los conductores se ponen de acuerdo sobre un destino, se forma una fila, la detectan otros que se suman a ella, pero entonces la hilera es demasiado larga y es mas prudente limitar el número de participantes. Una noche circulamos tanto tiempo que parecía que estábamos de viaje. Un conductor decía conocer un sitio, pero luego se vio que no se acordaba muy bien del camino. Yo veía en el cristal trasero de nuestro coche los pares de faros que oscilaban de derecha a izquierda, desaparecían y reaparecían. Hubo varias paradas, conciliabulos y por fin tuve derecho a las mingas pacientes de los que no se habían perdido, bajo las gradas de un terreno deportivo, por Vélizy-Villacoublay.

Otro tema podría ser la itinerancia. Los automóviles circulan, se detienen, arrancan, viran secamente como juguetes teledirigidos. Carrusel de la Porte Dauphine: la gente se mira desde los coches y la contraseña parece ser: «¿Tenéis un local?» Entonces unos coches salen del círculo y se entabla una especie de persecución hacia una dirección desconocida. Una noche, aunque fue la única vez que ocurrió, la búsqueda se prolongó un poco mas de la cuenta y terminamos haciendo tonterías. Estoy con un grupo de amigos que frecuentan poco el Bois; somos seis, apretujados dentro de un Renault, y estamos a punto de marcharnos, después de haber dado vueltas en vano. En una de las calles principales, vemos dos o tres coches parados, estacionamos al lado, y yo, soldadito valiente y fanfarrón, en nombre de los demás, que se quedan esperándome, voy a hacerle una mamada al conductor del coche aparcado detrás del nuestro. Como era de esperar, dos policías se me plantan delante cuando levanto la cabeza. Preguntan al hombre que se abrocha la bragueta incómodamente debajo del volante si me ha pagado, cogen los datos de todo el mundo.

Incluso cuando mi memoria rememora hechos corporales, evoca antes los ambientes que las sensaciones. Podría contar muchas anécdotas relacionadas con el uso que durante años hice del esfínter, tan regularmente, si no mas, en ocasiones, como de mi vagina. En un apartamento precioso, situado detrás de los Invalides, durante una orgía entre pocas personas, en una habitación en un altillo, cuyo largo ventanal sin canapé y las numerosas lamparas que alumbran a ras de la cama me recuerdan un decorado de película norteamericana, absorbo por esa vía la estaca de un gigante. A causa de una gigantesca mano abierta de resina ahumada que hay en el salón a modo de mesa baja, y donde una mujer puede tenderse facilmente, el lugar en sí posee un carácter desmesurado e irreal. Temo el sexo del gato gordo de Cheshire cuando comprendo por qué conducto intenta penetrar, pero lo consigue sin forzar demasiado y yo me quedo asombrada, y casi me enorgullezco, al comprobar que el tamaño no constituye un obstaculo. Tampoco lo es el número. ¿Por qué razón —¿periodo de ovulación?, ¿blenorrea?— en una fiesta en la que,

por el contrario, había mucha gente, me dio por follar sólo por el culo? Vuelvo a verme en la rue Quincampoix, dubitativa al pie de una escalera muy estrecha, antes de decidirme a subir. Claude y yo hemos obtenido la dirección casi por casualidad. No conocemos a nadie. El apartamento tiene techos bajos y es oscurísimo. Oigo a los hombres que están cerca de mí cuchichearse el mensaje: «Quiere que la enculen», o prevenir a alguien que se orienta mal: «No, sólo deja que se la metan por detrás». Aquella vez, al final, me dolió. Pero tuve también la satisfacción completamente personal de no haberme sentido impedida.

Ensueños

La relectura de las páginas que anteceden convoca imágenes más antiguas, imágenes que esta vez eran inventadas. Cómo las concebí, mucho antes de haber tenido mi primera relación sexual, muy lejos aún de perder mi ignorancia, constituye un misterio seductor. ¿Qué jirones de la realidad —fotografías de Cinémonde, alusiones de mi madre, como cuando, al salir de un café donde hay un grupo de jóvenes, y una sola chica entre ellos, refunfuña que ésa debe de acostarse con todos, o también el hecho de que mi padre vuelva tarde por la noche, precisamente después de haber ido al café...— he recobrado o ensamblado, y qué materia instintiva he moldeado para que las historias que yo me contaba friccionando entre sí los labios de mi vulva prefiguraran tan bien mis aventuras posteriores? Incluso he conservado el recuerdo de un caso criminal: la detención de una mujer ya entrada en años, humilde (debía de haber sido algo así como sirvienta en una granja), acusada de haber matado a su amante. Lo que me chocó, más que el asesinato, cuyas circunstancias he olvidado, fue que hubiesen encontrado en su casa cuadernos en cuyas páginas apuntaba recuerdos y pegaba toda clase de pequeñas reliquias, fotos, cartas, mechones de pelo, relacionados con sus amantes, de los que se había descubierto que fueron extraordinariamente numerosos. A mí, que era aficionada a los herbarios de los deberes de vacaciones y a los álbumes bien ordenados donde conservaba fotografías de Anthony Perkins o de Brigitte Bardot, me admiró que ella hubiese podido reunir en unos cuantos blocs el tesoro de aquellas huellas de hombres, y un recoveco secreto de mi libido se sintió tanto más turbado porque aquella mujer era fea, en definitiva solitaria, salvaje y despreciada.

Hay grandes similitudes estructurales entre las situaciones vividas y las imaginadas, aunque yo nunca haya intentado deliberadamente reproducir estas últimas en la vida, y aunque mis vivencias hayan alimentado muy poco mis ensueños. Tal vez deba contentarme con la conclusión de que los fantasmas forjados desde la infancia me han preparado para una gran diversidad de experiencias. Como nunca me avergoncé de esos fantasmas, como no los rechazaba, sino que, por el contrario, siempre los renovaba y enriquecía, no han constituido una oposición a la realidad, sino más bien una especie de rejilla a través de la cual determinadas circunstancias de la vida que otras personas habrían considerado estafalarias a mí me parecían muy normales.

A mi hermano y a mí nos llevaban poco a jugar a los parques, pero en el trayecto a la escuela había uno que era más cómodo cruzar. Bordeaba uno de sus lados una larga tapia en la que habían construido tres bonitos cobertizos, de ladrillo y de madera pintada de verde, rodeados de bosquecillos. Uno servía para guardar las herramientas de jardinería y

los otros dos eran los urinarios públicos. Debía de haber bandas de chicos que merodeaban por aquel parquecillo. Lo cierto es que la primera fantasía que acompañó a mi práctica de la masturbación, y que recreé durante muchísimos años, consistía en que un chico me arrastraba al interior de uno de los cobertizos. Le veía besarme en la boca y tocarme por todas partes, al tiempo que se nos sumaban sus amigos. Todos me manoseaban. Siempre estábamos de pie y yo daba vueltas en medio del grupo agolpado.

Casi todos los domingos de invierno, mi padre o mi madre se turnaban para llevarnos a la función de la tarde del California del barrio, fuera cual fuese el programa, y puede que secuencias muy breves, comprendidas a medias, de películas de amor o de trailers de otras películas activaran mi imaginación. Inventaba que me dejaban ir al cine sola. Había mucha gente en la cola. De repente, alguien empezaba a apretarme el trasero. Todos mis vecinos en la cola imitaban entonces el ejemplo, y cuando yo llegaba a la taquilla, la cajera veía que me habían levantado la falda y que yo le hablaba al mismo tiempo que alguien se frotaba contra mis nalgas; no llevaba bragas. La calentura aumentaba. No bien había recorrido el vestíbulo, ya me habían despechugado (porque me había forjado una imagen de mí adulta dotada de hermosos pechos, imagen a la que sigo recurriendo hoy día en mis fantasmas, aunque mis pechos sean de un tamaño totalmente mediano). Algunas veces, el gerente del cine, placido pero autoritario, nos pedía que esperásemos a estar en la sala para proseguir nuestros abrazos desenfrenados. En un primer momento, yo restregaba la pierna contra un chico, arrinconada contra él en la misma butaca. Era una especie de taciturno cabecilla de una banda que, al final, después de haberme puesto a cien, se despegaba brutalmente de mí para besar a otra chica y me abandonaba a sus camaradas, con los cuales yo me revolcaba en la moqueta entre las filas de butacas. Desarrollo: señores muy formales quizá se levantaban de su asiento, al lado de su mujer suspicaz, para atravesar la oscuridad de la sala y venir a revolcarse también sobre mí. Podía ser que yo hiciese que encendieran las luces durante esos retazos; o bien que yo fuese a los lavabos y se instaurase un ir y venir entre ellos y la sala. Creo que de cuando en cuando hacía intervenir a la policía. Variante: era el gerente del cine el que me llevaba a su despacho y luego llamaba a la pandilla de chicos. Otra versión: seguía hasta un solar al grupo que me había asaltado mientras hacíamos cola. Allí, detrás de una empalizada, me desnudaban entera y me metían mano. El grupo era nutrido y formaba un círculo a mi alrededor, como una segunda empalizada que me protegía de la mirada de los vian-dantes. Uno por uno, los chicos salían del círculo para venir a mi encuentro. En otra historia, estaba hundida en el fondo de un asiento en un club nocturno, con un hombre a cada lado. Mientras yo me besaba vorazmente con uno, el otro me acariciaba. Después me volvía de medio cuerpo para besar a este último, pero el primero no me soltaba o bien cedía su sitio a un tercero, y así yo giraba sucesiva e incesantemente de derecha a izquierda. No estoy segura de si ya había tenido ligues y besado a un chico en la boca cuando empecé a abandonarme a estos fantaseos. Empecé tarde. Cuando salía del instituto, en el cuarto que compartía con mi hermano, me encontraba bastante a menudo con un grupo de amigos, pero era para enzarzarme con ellos en peleas. A esa edad, las chicas tienen el cuerpo más desarrollado que los chicos; yo era bastante robusta y en ocasiones les derrotaba.

Puesto que me remonto hasta las fabulaciones de la infancia y la adolescencia, debo señalar la diferencia que existió al principio entre mis ensueños y mi conducta, sobre todo,

creo, en la pubertad. Había empezado a leer una novela de Hemingway (Fiesta, quizá), y me perturbó tanto la descripción de uno de los personajes femeninos, debido a que le atribuían varios amantes, que tuve que interrumpir la lectura. No la he reanudado nunca. Una conversación con mi madre provocó otro pequeño trauma. No recuerdo ya cómo abordamos el tema, solamente vuelvo a verla confesándome, mientras ponía la mesa en la cocina, que había tenido siete amantes en su vida. «Siete», dijo, mirándome, «no son tantos», pero había en sus ojos una timidez interrogante. Yo me enfadé. Era la primera vez que oía expresar de viva voz que una mujer podía haber conocido a varios hombres. Ella se defendió un poco. Mucho tiempo después, al recordar aquella insólita confidencia, lamenté mi actitud. ¿Qué eran siete, comparados con una cuenta nunca saldada?

Cuando ya estuve mejor informada de en qué consistían los actos sexuales, los integré, por supuesto, en mis ensueños, pero sin que la consumación del coito excluyese la posibilidad de pasar de un compañero a otro. Uno de los relatos más completos desde este punto de vista era el siguiente: acompaño a un hombre obeso y vulgar, que se supone que es un tío mío, a una comida de negocios que se celebra en el salón privado de un restaurante. Hay veinte, treinta hombres en la mesa, y mi primera intervención consiste en hacer la ronda, oculta por el mantel, para sacarles sus partes de los pantalones y metérmelas en la boca. Imagino la cara que ponen encima de la mesa, blandamente descompuesta, mientras que se ausentan, por turnos y brevemente, de la conversación general. A continuación, me subo encima de la mesa y allí se divierten introduciéndome sustitutos diversos, un puro, un salchichón, y alguien se come una salchicha en mi entrepierna. A medida que transcurre la comida, me follan a conciencia, unos arrastrándome al sofá, otros ensartándome de pie, por detrás, yo doblada sobre la mesa, mientras la charla continúa alrededor. El maître y los camareros se aprovechan según pasan. Si un orgasmo no ha interrumpido ya mi masturbación, son, por último, los chicos de la cocina los que se unen al grupo. Es una pauta recurrente el hecho de encontrarme en medio de un grupo de hombres que se ocupan de sus asuntos, que sólo suspenden para venir a mi encuentro con una especie de negligencia. Un ligero desplazamiento convierte al tío en suegro y la reunión de hombres de negocios en un grupo de jugadores de cartas (o de aficionados al fútbol) que se turnan para follarme en un diván mientras los demás siguen jugando la partida (o se excitan frente a la pantalla de televisión).

A lo largo de toda mi vida habré repetido, modificado detalles, desarrollado con un método de compositor de fugas esos mismos relatos cuyas versiones más o menos lejanas son las que hoy sigo utilizando. He aludido a secuencias cinematográficas que tal vez desataron determinados fantasmas. No vi *La coleccionista* de Éric Rohmer cuando la estrenaron, sino sólo un fragmento corto, quizá en un programa de televisión. En una casa de veraneo, un hombre entra en una habitación y pasa, indiferente, por delante de una pareja que hace el amor en una cama; se limita a cruzar una mirada con la joven. A fuerza de recrear esta escena, mi transposición daba lo siguiente: un repartidor entra en mi casa, sin que extrañamente haya tenido que abrirle la puerta, y me sorprende en mi cuarto (cuya luz tamizada es la misma que la de la película) viendo un vídeo pornográfico. Sin decir palabra, se me monta encima y pronto le reemplaza otro repartidor, luego un tercero, que se comportan con igual naturalidad. La historia tiene a veces una continuación: viene un amigo a buscarme y tengo que prepararme. Sigo follando de pie, cuidando de no estropear mi maquillaje y de no arrugar la ropa, con la falda levantada sobre la espalda. Resulta que el

amigo sí se toma la molestia de llamar a la puerta y yo voy a abrirle, con andares de pato y la polla de uno de los repartidores clavada a popa en el coño. El amigo se pone cachondo y se desbragueta en el acto. Etc.

Los fantasmas sexuales son demasiado personales como para que realmente sea posible compartirlos. Sin embargo, yo había ejercitado la facultad de la imaginación y disponía de una fuente a la que recurrir cuando luego me tocó frecuentar a locuaces. Según mi experiencia, la mayoría de los hombres se conforman con unas pocas expresiones y frases; eres su «mamadora jefe», «una buena comedora de cojones», antes de pasar al rango de «cerda que no tendría miedo de que se la metieran así toda la noche», y es raro que te la «claven hasta la empuñadura» y que te la «metan hasta el fondo» sin que el asalto haya sido anunciado en voz alta. Les alientas confesando que no eres mas que «un saco de joder», y como te aseguran que te la van a «hincar», o que te van a «cepillan» o «traspasar», tú misma reclamas que te taladre esa «polla gorda», esa «minga de hierro» que te da tanto gusto, hasta que acabas «engullendo el chorro», «tragando el engrudo». Pero sólo se trata de acentuar, de envites entrecortados por el rosario de interjecciones, jadeos y todas las inflexiones del grito habituales. Como, paradójicamente, esperan menos respuestas de las que obtienen las caricias, las groserías son siempre mas estereotipadas y extraen quiza su poder del hecho de que pertenecen justamente al más inmutable de los patrimonios. De este modo nos confunden un poco más en la especie, hasta en lo que, no obstante, tiene por función distinguimos de ella, es decir, la palabra, y aceleran la aniquilación que buscamos en esos instantes.

Otra cosa distinta es armar a lo largo del acto sexual el andamiaje de un auténtico relato a dos voces, y como contrapunto del trato carnal.

Otro hombre me hizo ampliar de modo fantasmático e incalculable la colectividad fornicadora. Entablaba el diálogo fingiendo que me llevaba a una habitación de hotel, cuya categoría no convenía precisar. Había hombres haciendo cola delante de la cama y hasta el pasillo. ¿Cuánto pagaban por correrse en mi coño? Yo proponía: «¿Cincuenta francos?» Corrección suavemente deslizada en mi oído: «Eso es carísimo. No, te darán veinte francos por clavártela en el coño, treinta por encularte. ¿A cuántos vas a cepillarte?» Yo, a sabiendas de que subestimo: «¿A veinte?» Un golpe de polla un tanto seco asestado como advertencia: «¿Nada más?... ¡A treinta!» Otra vez el ariete en el fondo de mi vagina: «Te van a follar cien, y sin lavarte.» «Habrá chicos muy jóvenes que se correrán en cuanto entren.» «Tendrás pringoso todo el vientre y también los pechos.» «Sí, y habrá hombres muy viejos y muy sucios que no se habrán lavado desde hace tanto tiempo que tendrán costras en la piel.» «Sí, ¿y cuánto cobrarás si te mean encima?» «¿Habrá también alguno que me cague encima?» «Sí, y luego les comerás el culo.» «¿Y me negaré, al principio? ¿Me resistiré?» «Sí, te darán bofetadas.» «Me repugna, pero les lavaré los pliegues del culo con la lengua.» «Llegaremos por la noche y te quedarás hasta el mediodía de la mañana siguiente.» «Pero estaré cansada.» «Podrás dormir, ellos te seguirán follando. Y volveremos al día siguiente, y el dueño del hotel traerá un perro y algunos pagarán por ver cómo te jode el chuchó.» «¿Tendré que chupársela?» «Ya verás, tendrá una minga muy roja y luego te montará como a una perra y se te quedará pegado.»

Otras veces, la cosa se organizaba en la caseta de una obra y había brigadas enteras de obreros que desfilaban y que sólo pagaban cinco francos el polvo. Como he sugerido, una

sacudida del cuerpo respondía en ocasiones a las evocaciones, pero no era algo sistemático; la acción real y la fantaseada se desarrollaban paralelamente y sólo se juntaban esporádicamente. Hablábamos con bastante calma, con la precisión, la atención al detalle de dos testigos meticulosos que se ayudan a reconstruir un suceso del pasado. Cuando se acercaba al orgasmo, mi compañero se volvía menos locuaz. Ignoro si se concentraba en una de las imágenes de nuestra película inventada. Yo, por mi parte, en silencio, solía trasladar el guión a un entorno más privado. La cabaña de la obra se transformaba en la garita del portero de un edificio en restauración. En un lugar tan exiguo, la cama está a veces tapada por una simple cortina. De ella sólo asoman mi vientre y mis piernas, y los racimos de obreros que seguían llegando me tra-bajaban sin verme y sin que yo les viera, pero bajo el control del portero que dirigía el desfile.

Comunidades

Hay dos maneras de encarar la multitud, ya como una muchedumbre en la que los individuos se confunden, ya como una cadena en la que, al contrario, lo que les distingue es también lo que les une, al igual que un aliado compensa las debilidades de otro, y como un hijo se parece a su padre y se le opone. Los primeros hombres que conocí hicieron de mí inmediatamente la emisaria de una red de la que no se puede conocer a todos los miembros, el eslabón inconsciente de una familia que se conjuga en número bíblico.

Ya he dejado entrever que, timorata en las relaciones sociales, había hecho de las sexuales un refugio en donde me abismaba de buen grado para eludir las miradas que me incomodaban y los dialogos para los que aún carecía de practica. Por eso no se trataba de tomar la iniciativa. No he ligado nunca. En cambio, yo estaba disponible en cualesquiera circunstancias, sin vacilación ni reservas mentales, por todas las aberturas de mi cuerpo y en toda la extensión de mi conciencia. Si, en virtud del teorema proustiano, miro mi personalidad a través de una imagen dibujada por otros, entonces mi rasgo dominante es éste. «Nunca decías que no, nunca te negabas a nada. No te andabas con remilgos.» «No eras en absoluto inerte, pero tampoco eras expansiva.» «Hacías las cosas con naturalidad, ni reticente ni viciosa, de vez en cuando una pizca masoca...» «En las fiestas, eras siempre la primera en lanzarte, siempre en primera línea...» «Me acuerdo de que Robert te mandaba un taxi como si hubiera urgencia, y tú ibas.» «Te considerábamos un fenómeno; incluso con mogollón de tíos, eras la misma hasta el final, a su merced. No jugabas ni a ser la mujer que quiere complacer a su tío ni a la gran puerca. Eras como un "compañero—chica".» Y también esta nota escrita por un amigo en un diario íntimo que llevaba y que yo copio no sin que halague todavía mi amor propio: «Catherine, cuya tranquilidad y ductilidad en todas las circunstancias son dignas de los mas grandes elogios.»

El primer hombre que conocí fue el que me hizo conocer al segundo. Claude era amigo de una pareja de colegas que nos llevaban unos diez años. Él no era muy alto, pero poseía musculatura de deportista, ella tenía un rostro magnífico de mogola y los cabellos rubios y cortos; tenía asimismo el carácter rígido con que las mujeres inteligentes modulan a veces su libertad sexual. Es posible que en un primer tiempo Claude hubiese tenido relaciones con ella antes de presentármelo a él, es decir, de arreglarselas para que yo follara con él.

Practicamos una especie de intercambio disociado que perduró incluso cuando Claude y yo alquilamos un estudio vecino al piso de ellos. Yo me reunía con él en casa de ellos, y ella venía a reunirse con Claude en la nuestra. El tabique servía de mando a distancia: en uno y otro lado no se desarrollaba la misma película. Sólo una vez no se respetó esta separación. Fue en vacaciones, en una casa que tenían en la Bretaña. Aquella tarde, una luz suave y fría iluminaba la sala hasta el rincón donde él descansaba en un divan. Yo estaba sentada al pie, ella iba y venía, Claude se había ausentado. Él, con la mirada abúlica y casi sumisa que algunos hombres adoptan en el momento mismo en que expresan una orden imperiosa, me atrajo hacia sí, me sujetó el mentón para besarme y luego me bajó la cabeza hasta su sexo. Yo prefería eso. Acurrucada, afanarme en ponérsela dura en vez de mantener el cuerpo extendido hacia un largo beso. Y se la chupé a conciencia. Tal vez fue aquel día cuando me di cuenta de que tenía talento para esta práctica. Procuraba coordinar bien el movimiento de la mano y el de los labios; la presión de su mano sobre mi craneo me indicaba cuando debía acelerar o lentificar el ritmo. Pero sin duda siempre es de las miradas de lo que mejor me acuerdo. Cuando yo abandonaba a intervalos el horizonte de la cremallera para aspirar profundamente, entreveía la de ella, que tenía la blanda vacuidad de las miradas de estatua, y la de él, como estupefacto. Hoy pienso que entonces debí de comprender confusamente que aunque las relaciones con los amigos podían expandirse y crecer a la manera de las plantas trepadoras, enroscarse y anudarse en una libertad total y recíproca, y que bastaba con dejarse llevar por esta savia, no por ello estaba menos obligada a decidir yo misma, resuelta y solitariamente, mi conducta. Amo esta soledad paradójica.

El mundo del arte se compone de una infinidad de comunidades, de familias, cuyos puntos de reunión eran, en la época en que empecé a ejercer el oficio de crítica, menos los cafés que los lugares de trabajo, las galerías, las redacciones de revistas. Estos pequeños falansterios eran viveros naturales de amantes ocasionales. Como yo vivía en pleno Saint-Germain-des-Prés, que todavía era el barrio en que se concentraban las galerías de arte moderno, bastaba con recorrer unos metros para pasar de una exposición a un interludio galante. Vuelvo a verme en la acera de la rue Bonaparte en compañía de un nuevo amigo pintor, un muchacho reservado que prácticamente no levanta la cabeza ni cuando estira desmesuradamente la sonrisa ni cuando posa en mí los ojos a través de sus gruesas gafas. Ya no recuerdo cómo me dio a entender que me deseaba, pero sin duda lo hizo con cautela («Me gustaría hacer el amor contigo, ¿sabes?»), quizá sin tocarme siquiera. No debí de responderle gran cosa. Me concentro en mi determinación. Le llevo a mi cuarto. Él se deja guiar, sin darse cuenta de que él también me empuja al envolverme en una mirada a la vez subyugada e incierta. Cuando ya he tomado mi decisión, mi placer reside en ese momento preciso en que pillo al otro un poco desprevenido. Experimento la sensación embriagadora de cumplir un destino de heroína. Pero para inspirarle confianza no dispongo de nada mejor que el discurso de una chiquilla que acaba de liberarse del yugo parental, y explico tontamente que «lo quiero todo». Él me sigue mirando con ojos atentos. Alguien que tuvo ocasión de recorrer conmigo ese mismo camino me confiesa hoy que mi habitación abuhardillada le daba la impresión de ser un cuarto de citas, ¡y que la tela un poco burda que servía de colcha le parecía una lona arrojada encima para protegerlo púdicamente de lo que iba a ocurrir allí!

Visita en grupo de una exposición organizada por Germano Celant en un museo de Génova. Claude, Germano y los demás se adelantan, yo me demoro en las salas con William, que participa en la exposición. Gestos breves a hurtadillas, posa la mano en mi coño, agarro el bulto a través del pantalón, siempre maravillada de que esté tan duro, como un objeto inerte, no como una porción de un cuerpo vivo. Él tiene una risa muy singular, que produce la impresión de que tiene ya la boca llena de un beso profundo. Se divierte enseñándome inglés: «cock, pussy». Poco tiempo después, está de paso en París. Al salir de la Rhumerie, me moja la oreja y murmura, pronunciando despacio las palabras: «I want to make love with you.» En el quicio de una puerta de servicio, detrás de la estafeta de correos que forma el chaflán de la rue de Rennes con la rue du Four, balbuceo: «I want your cock in my pussy.» Risas, el mismo trayecto hasta el estudio de la rue Bonaparte. William, como Henri, como muchos otros, subirá allí varias veces. Follamos a dos y entre varios. El pretexto es a menudo una chica que uno de los chicos se ha ligado y a la que hay que convencer de que es más agradable ser más de dos para compartir el placer. La cosa no siempre funciona y entonces no me queda más remedio que impartir seguridad y hasta consuelo. Los chicos salen discretamente a fumar un cigarrillo en el rellano. No hablo, pero hago mimos, doy besos suaves; las chicas se dejan hacer más fácilmente por otra chica. Ellas podrían largarse, por supuesto, pero ninguna lo hizo nunca, ni siquiera aquella con la que Claude mantuvo relaciones de amistad y que le revela, veinte años más tarde, que aquella noche se negó a ceder y prorrumpió en sollozos porque era todavía virgen. Henri se acuerda de otra chica con la que yo me encerré en la cocina que servía asimismo de cuarto de aseo; la ayudo a lavarse la cara porque las lágrimas le han corrido el rimel. Henri asegura que, desde los retretes comunes del piso, a través de los tragaluz abiertos, nos oyó gemir. Ella sin duda quiso burlarse de ellos, y yo, perversa, me puse de su parte.

Por una curiosa inversión de la sensibilidad, aun cuando sea relativamente ciega a las maniobras de seducción de un hombre — sencillamente porque prefiero ahorrarlas, pero enseguida voy a hablar de este tema—, sé muy bien, por el contrario, cuándo gusto a una mujer, sin que por ello haya esperado nunca que ninguna de ellas me produzca la menor sensación. ¡Oh, no desconozco la suavidad anonadante que se siente al rozar una piel delicada sobre una superficie sin bordes, cosa que ofrecen casi todos los cuerpos de mujer y, mucho más raramente, los de los hombres! Pero sólo me he prestado a esos retazos, y a las bollerías inherentes, para no contrariar la regla del juego. Además, un hombre que únicamente me propusiese este tipo de triángulo era, a mi entender, un abuelito del que bien pronto podía cansarme. Sin embargo, me recrea contemplar a las mujeres. Podría confeccionar el inventario de los vestuarios, adivinar el contenido del estuche de cosmética y hasta describir los contornos de quienes trabajan conmigo mejor que el hombre con quien comparten su vida. En la calle, las sigo y las observo con más ternura que un ligón; sé asociar un pliegue particular de las nalgas con determinado corte de braga, determinado contoneo con la altura de los tacones. Pero toda mi emoción se limita a la satisfacción escópica. Mas allá, tan sólo experimento una simpatía solidaria por las mujeres que pencan, por la vasta hermandad de las que llevan mi mismo nombre de pila (uno de los más comunes después de la guerra) y por las valientes de la liberación sexual. Como un día me declaró una de ellas, por lo demás una auténtica y afectuosa tortillera y, sin embargo, asidua de orgías sin hacer distinción, si ser colegas era compartir el pan, entonces éramos verdaderas colegas.

Hubo una excepción en una juerga improvisada en que una mitad de los participantes había reclutado a la otra, neófita. Pasé un largo rato a solas con una rubia, redonda por todas partes, las mejillas, el cuello, el pecho y, por descontado, las nalgas y hasta las pantorrillas, derrumbada sobre la espesa moqueta negra del cuarto de baño. Me había sorprendido su nombre magnífico: se llamaba Léone. Se había hecho de rogar un poco antes de decidirse a seguir la corriente. Ahora estaba completamente desnuda, como un buda dorado en su templo. Yo estaba un poco mas abajo que ella, porque se había instalado en el escalón que rodeaba la bañera elevada. ¿Cómo habíamos encallado en aquel rincón, si el apartamento era espacioso y confortable? ¿Quizá debido a su indecisión y al papel de iniciadora afable que yo, una vez mas, me creía obligada a desempeñar? Toda mi cara chapoteaba en su vulva espesa. Nunca en mi vida había sorbido un dobladillo tan inflado que, en efecto, me llenaba la boca tanto como un albaricoque gordo, como dicen los meridionales. Yo me adosaba a sus labios mayores como una sanguijuela y luego soltaba la fruta para estirar la lengua hasta rasgarme el frenillo y penetrar hasta lo mas hondo posible en la dulzura de su umbral, una dulzura comparada con la cual la punta de sus pechos o la redondez de sus hombros eran insípidas. No era de las que se encabritan, exhalaba breves y pequeños gemidos, tan suaves como el resto de su persona. Resonaban sinceros y me producían una exaltación tremenda. ¡Con qué ansiedad mamaba entonces la frambuesa prominente, cómo me abandonaba a la escucha de aquel rapto! Cuando nos vestíamos, con esa alegría y agitación del vestuario de un club de deportes, Paul, que decía las cosas con mas franqueza que todos los demas, se dirigió a Léone: ¿Y? Había sido bueno, ¿no? ¿No había valido la pena soltarse? Ella respondió, bajando los ojos y enfatizando la primera sílaba, que una persona le había hecho efecto. «¡Dios mío, que haya sido yo!», pensé.

Nos habíamos elaborado una filosofía somera leyendo a Bataille, pero, al recordar en compañía de Henri durante aquella época febril, creo que tengo motivos para decir que nuestra obsesión copuladora y nuestro proselitismo obedecían sobre todo a un ludismo juvenil. Cuando cuatro o cinco retozábamos en una cama que, en aquel apartamento minúsculo, estaba situada dentro de una recámara, lo que reforzaba la impresión de estar ovillados en un escondrijo, era que en la cena habíamos acabado «jugando a los médicos»; los comensales se habían cosquilleado los genitales por debajo de la mesa con la sola ayuda de los pies descalzos, o bien alguien había alzado ferozmente un dedo empapado en una salsa especialmente clara y ligeramente olorosa. Para Henri era un juego presentarse acompañado de una chica a la que acababa de conocer media hora antes al visitar una galería, así como era una aventura para nuestro grupito vagabundear a las cuatro de la mañana en busca del alojamiento de una amiga, resueltos a alborotar su fina ropa de cama. Una vez de cada dos, la expedición fallaba. La chica se dejaba meter mano, desabrochar el sujetador o quitar las medias, y luego terminaba la velada apalancada en una silla, explicando que ella no podía, pero que sí, que quería mirar, con eso se conformaba, y que sí, esperaría a que la llevásemos de vuelta en coche. En ocasiones he entrevisto a gente, hombres y mujeres por igual, refugiada en una silla intempestiva, o con las nalgas en equilibrio sobre el borde de un canapé, sin apartar la vista de los miembros claros que se agitan en el aire a unos pocos centímetros del mirón de turno, pero esos centímetros los hacen pertenecer a otro tiempo. Como no participan, no se puede decir que

estén fascinados. Son espectadores retrasados —o adelantados—, aplicados y pacientes, de un documental edificante.

El proselitismo era, desde luego, superficial, pues los pequeños desafíos se dirigían más a nosotros mismos que a aquellos a quienes pretendíamos convencer. Henri y yo vamos a parar a uno de esos grandes apartamentos burgueses del bulevar Beaumarchais donde viven intelectuales que conservan el parqué desnudo y crujiente y una iluminación cenital insuficiente. El amigo que nos recibe tiene una risa fija y permanente que le hiende la barba tupida, y está casado con una mujer moderna. Ésta, con todo, frunce el ceño y va a acostarse. Nosotros jugamos a la transgresión, y creo que vuelvo a verme estremecida y partiéndome de risa entre el chorro de orina de los dos. No, me corrige Henri, él, Henri, fue el único que me meó encima. De lo que no hay duda, en todo caso, es de que habíamos tomado la precaución de meternos en la bañera grande, de chapa esmaltada. A continuación, los tres salimos a folletear al balcón. Una amiga me hospeda durante varios meses. Duermo en un cuartito diminuto, abuhardillado, sin muebles, algunas veces en compañía de los gatos. Cuando su amigo viene a verla, ella deja la puerta de su habitación abierta de par en par y no refrenan ninguna de sus exclamaciones respectivas. No se me pasa por la cabeza unirme a la fiesta. No me inmiscuyo en los asuntos ajenos y además, acurrucada en mi cama estrecha, me considero un poco la hija de la casa. Pero con la terquedad que comparten los animales y los niños, me las apañó para embarcarles de lleno en mis propios asuntos. Puesto que en cierto modo comparto su vida, no hay razón para que mi anfitriona no reciba entre sus hermosos muslos, sistemáticamente, las mismas pollas que yo. La cosa funciona tres o cuatro veces. Ella se deja clavar decididamente los riñones contra la cama, con las piernas levantadas como las alas de una mariposa. Me gusta que ella, con la mirada directa y la voz fuerte, le declare a Jacques, cuyo arco vibra cuando se despega bruscamente del elastico de los calzoncillos, que tiene «una polla de caballo». Jacques, con quien, a partir de ese momento, empiezo a organizar mi vida. Es él quien me recuerda hoy que un día me entró un arrebató y la emprendí a patadas con él mientras se la follaba. Eso también lo había olvidado yo. Por el contrario, me acuerdo, desde luego, de la forma en que me asaltaban celos que nunca confesaba. Tengo la impresión de actuar en una película que narra la vida libre y ociosa de jóvenes burgueses cuando voy, por la mañana temprano, no sin haber pasado antes por la panadería, a despertar a Alexis, que vive en un bonito dúplex de la rue des Saints-Pères. Percibo mi propia frescura al perderla cerca de su pijama, húmedo hasta donde hace falta. Tiene por costumbre burlarse de mi conducta de folladora y declara que a esa hora, por lo menos, esta seguro de ser el primero que me penetra ese día. ¡Pues no, mira por dónde! He pasado la noche con otro, hemos follado antes de marcharme, tengo todavía su polen en el fondo del chocho. Sofoco contra la almohada mi rapto de alegría. Advierto que él esta un poco ofendido.

Claude me había dado a leer Historia de O y había tres motivos para que yo me identificase con la heroína: estaba siempre dispuesta; no tenía, desde luego, el coño precintado por una cadena, pero me sodomizaban con la misma frecuencia con que me poseían por delante; por último, me habría gustado muchísimo aquella vida recluida, en una casa aislada del mundo. En vez de eso, yo era muy activa profesional mente. Pero la camaradería del medio artístico, la facilidad con que, superando mis temores, hacía amistades y el hecho de que pudiesen cobrar, con toda normalidad, un carácter físico me inducían a considerar que el espacio en que se ejercía esta actividad era un mundo cerrado,

satinado, plasmagénico. Ya he empleado varias veces la palabra «familia». Ha resultado que la metáfora es sólo una metáfora. Conservé hasta bastante tarde esa disposición de los adolescentes a ejercitarse sexualmente dentro de un círculo familiar, cuando un chico o una chica salen con una chica o un chico, antes de dejarla o dejarle por su hermana, su hermano, su prima o su primo. Incluso tuve un lío con dos hermanos acompañados del tío de ambos. Yo era amiga del tío, que a menudo convocaba a sus sobrinos, poco más jóvenes que yo. A diferencia de las ocasiones en que un hombre me llevaba donde sus amigos, no había preámbulo ni puesta en escena. El tío me preparaba, los dos hermanos me empitonaban a fondo. Yo descansaba escuchando su conversación de hombres, a propósito de un chisme de bricolaje o de una novedad informática.

Sigo manteniendo relaciones amistosas con muchos hombres con los que antes tuve un frecuente trato sexual. Respecto a los demás, simplemente nos hemos perdido de vista. Recuerdo con verdadero placer la mayoría de aquellas relaciones. Trabajando con algunos, descubrí que la intimidad y la ternura que subsiste facilitaban la colaboración. (En una sola ocasión me enfadé por motivos profesionales graves.) Además, no aparto a nadie de su círculo de relaciones, de amistades, de su campo de actividades. Había conocido a Alexis dentro de una nebulosa de críticos y periodistas jóvenes y enfrascados en la fundación de diferentes publicaciones artísticas. Follaba con otros dos jóvenes que pertenecían a ese circuito, aunque Alexis me había preguntado, molesto, si yo me había impuesto el objetivo de «tirarme a toda la joven crítica francesa». Trabajábamos en un ambiente como el de la salida de clases, y mis otros dos colegas amantes, a diferencia de Alexis, estaban poco pulidos, pese a estar ya casados. Los dos tenían granos en la cara y no siempre iban perfectamente aseados. Me había entregado a uno de ellos porque, atraída a su casa con el pretexto de una traducción que revisar (siempre en esos pequeños apartamentos reclusos de Saint-Germain-des-Prés), se había quejado de que, como yo me acostaba con todo el mundo, sería una verdadera putada por mi parte no acostarme también con él. El otro había probado suerte con más aplomo. Me había citado en la editorial que publicaba sus libros, y la recepcionista le había anunciado mi llegada precisando, con la solicitud propia de las mujeres de ese oficio, que la joven que le aguardaba en el vestíbulo no llevaba sujetador debajo de la blusa. La relación sexual con el primero se cortó bastante rápidamente, y continuó durante años con el segundo. Más tarde, ambos llegaron a ser colaboradores de art press y lo siguieron siendo durante mucho tiempo.

He sugerido que me habían encaminado hacia Éric mi relación con sus amigos, entre ellos Robert, y los comentarios que hacían a mi respecto. Conocí a Robert con motivo de un reportaje sobre las fundiciones de esculturas. Como se trataba de fundiciones, me llevó a Creusot, donde le estaban fundiendo una escultura monumental. En el trayecto de regreso, de noche, Robert subió conmigo al asiento de atrás y se me echó encima. Yo no dije ni pío. El coche era estrecho, yo estaba sentada de costado, con la cabeza de Robert posada en mi abdomen y con mi pelvis como un voladizo con respecto al asiento para prestarme mejor a sus manoseos. De vez en cuando yo bajaba la cabeza para besarle y él a su vez me besuqueaba. Echando un vistazo por el retrovisor, el conductor dio a entender que yo no las tenía todas conmigo. A decir verdad, la situación me dejaba tan cortada como atónita me había dejado la visita a las fábricas y los hornos gigantes. Durante un tiempo bastante largo, veía a Robert casi a diario y me presentó a mucha gente. Un instinto me permitía distinguir entre las personas con las que la relación podía adquirir un sesgo sexual y

aquellas con las que no. Instinto que compartía Robert; para desalentar a algunos, se le había ocurrido prevenirles de que yo empezaba a ser una crítica de arte investida de cierto poder. Fue Robert quien me explicó quién era aquel mito de la vida parisina, Madame Claude. He concebido muchos fantasmas sobre la prostitución de lujo a sabiendas de que yo no era ni alta ni hermosa como decían que había que ser, ni lo bastante distinguida para poder dedicarme a ella. Robert se burlaba de mi apetito sexual combinado con mi curiosidad profesional; aseguraba que yo era capaz de escribir sobre fontanería si por casualidad salía con un fontanero. Siempre según él, la persona que yo debía conocer, en vista de mi temperamento, era Éric. Pero a la postre conocí a este último por mediación de un amigo de los dos, un chico muy nervioso, de esos que te machacan con una fuerza y un ritmo mecánicos, y con el que había pasado noches extenuantes. Por la mañana, como si no fuera suficiente, me llevaba al espacioso taller que compartía con un socio, donde, presa de un blando cansancio, me dejaba poseer también por éste, ahora de una forma casi grave y silenciosa. Una tarde, este amigo me invitó a cenar con Éric. Como sabemos, Éric es la persona por mediación de la cual he conocido a más hombres, relaciones amistosas, profesionales y desconocidos. Para ser exacta, añado que fue él quien, simultáneamente, me inició en un método de trabajo riguroso que sigo utilizando.

Por motivos evidentes, el cañamazo sobre el cual se encadenan los recuerdos de esos lazos, y en donde se recortan los detalles mismos de esos actos, se superpone a familias estéticas. Un amigo pintor, Gilbert, en cuya compañía rememoro mis comienzos, me recuerda que yo me limitaba a practicar fela- ciones púdicas cuando me reunía con él por la tarde en el apartamento donde vivía con su familia. Las penetraciones quedaban reservadas para sus visitas a mi casa. En la primera de ellas, por lo demás, «remató mal la faena», porque en el último instante le pedí que me la metiera por el culo. Ése era mi primitivo método anticonceptivo, apuntalado por una visión de mi cuerpo como un todo que no conocía jerarquía ni en el orden moral ni en el campo del placer, y en el que cada una de sus partes podía, en la medida de lo posible, reemplazar a otra. Ahora bien, fue precisamente otro pintor de la misma tendencia artística el que se preocupó de enseñarme a utilizar mejor mi coño. Aparecí por su taller, una mañana temprano, para una entrevista, sin saber que iba a encontrarme con un hombre guapo y solícito. Creo que no salí de allí hasta el día siguiente. Como es frecuente en los talleres de los artistas, la cama o el sofá estaba debajo de una vidriera o un ventanal, como si fuera necesario situar dentro de un marco de luz lo que ocurre en ellos. Conservo sobre los parpados la sensación de aquella luz que inunda mi cabeza recostada y me ciega. Debí de obedecer al mismo reflejo, deslizar la polla en el ano como si tal cosa. Después, él me habló. Me dijo, con enorme persuasión, que un día encontraría a un hombre que sabría entrarme por delante y hacerme gozar por ese conducto, que sería mejor que el posterior. Gilbert se cae de las nubes cuando le informo de que en aquella época yo mantenía una relación asidua con otro de sus amigos pintores (el miope cuya mirada me cautivaba), de quien él pensaba que nunca había engañado a su mujer; a su vez, Gilbert me trae de nuevo a la memoria a un tercero con el que yo participaba en sesiones de sexo a cuatro, siempre en el pequeño estudio de la rue Bonaparte, y que luego se las contaba a él, asegurando que los chicos tenían igualmente intercambio entre ellos. Estoy segura de que se trata de un fantasma.

Como William se asoció con un colectivo de artistas, pasé una noche con uno de los miembros del grupo, John. Yo ya le había visto varias veces y hasta habíamos dado

conferencias juntos. Me parecía deseable; pronunciaba parlamentos teóricos que mi comprensión aproximada del inglés volvía chuscos, y al mismo tiempo el movimiento de sus labios resaltaba sus pómulos juveniles. Yo había ido a Nueva York para ver a Sol LeWitt, que acababa de crear sus papeles arrugados y rasgados. Al llegar, había telefonado a William desde el aeropuerto para que me alojase. Vuelvo a vemos de pie en el loft adonde acababa de mudarse, devorándonos a besos y él animando a John a que le imitase. Paredes que llegaban a tres cuartas partes de la altura del techo, y colocadas en angulo recto, formaban cuartitos que parecían distribuidos al azar, como en un juego de cubos. Cuatro o cinco personas iban y venían, cada cual con aire de ocuparse de lo suyo. William me levantó y me llevó hasta un colchón que había detras de una pared. John tenía modales muy tiernos que contrastaban con el nerviosismo de William. Éste nos dejó a solas y John terminó durmiéndose. Estabamos enroscados el uno contra el otro y él tenía una mano posada en mi pubis. Por la mañana, temprano, tuve que liberarme del torno de su brazo mediante movimientos lentos y forzados de contorsionista y deslizarme fuera de la sabana hasta el parque, porque a pesar de la luz que entraba ya por todas las vidrieras, John dormía, y corrí a la calle, pillé un taxi para el aeropuerto y tomé el avión por los pelos. Aunque he seguido la obra del grupo, no volví a ver a John durante años. Cuando por fin nos vimos, con motivo de una retrospectiva, apenas cambiamos algunas palabras debido a mi dificultad para entender las suyas.

Andando el tiempo, el aburrimiento suplantó a la timidez que sentía en sociedad. Incluso cuando estoy con amigos cuya compañía me agrada, y aunque al principio sigo la conversación y ya no tengo miedo de intervenir en ella, siempre llega un momento en que, de repente, me desintereso. Es una cuestión de tiempo: de golpe, estoy harta; se aborden los temas que se aborden, creo que me anquiloso, como cuando veo uno de esos culebrones de la tele que tan bien reflejan el tedio de la vida doméstica. Es algo irreversible. En esos casos, unos gestos mudos y a veces ciegos constituyen una escapatoria. Aunque no soy muy atrevida, a menudo he improvisado una presión en el muslo o un roce de tobillos con mi vecino de mesa o, preferiblemente, con mi vecina (trae menos consecuencias), con objeto de sentirme por fin espectadora distante, por lo demas atareada, de la tertulia que se prolonga. En el contexto de una vida comunitaria, por ejemplo en vacaciones, cuando se realizan en grupo toda clase de actividades, muchas veces he sentido la necesidad de sortear de este modo salidas o cenas, si es necesario obrando a escondidas. Hubo veranos especialmente agitados, surcados por el transito incesante de compañeros sexuales, esporádicamente reunidos en pequeñas fiestas promiscuas, a pleno sol, detrás del murete de un jardín a pico sobre el mar, o de noche en las idas y venidas entre las numerosas habitaciones de un gran chalé. Una noche renuncio a seguir el ajetreo y Paul, que me conoce bien y se burla amablemente de mi comportamiento, que algunas veces se ha divertido teniéndome prisionera contra él, si ha hecho falta encerrándonos en los cuartos de baño, sólo para excitar mi impaciencia de entrar en el revoltijo de cuerpos, promete enviarme a un amigo suyo al que todavía no conozco; alguien que no tiene nada que ver con el medio de la pintura, un mecánico. Sabe que yo preferiría conocerle a él que ir al restaurante con los demás, antes que aguardar, presa de hastío, en una terraza o en un recoveco de club nocturno, a que ese hastío les invada a ellos también. Apenas presto atención a la propuesta y me dispongo a pasar una velada a solas. Hay suavidad en esos instantes en que el vacío a

tu alrededor libera no sólo el espacio sino también, al parecer, la inmensidad del tiempo futuro. Con una especie de economía inconsciente, aprovechamos la oportunidad que se nos brinda de ocupar tan sólo, perezosamente, un hueco del sillón, como dejando precisamente todo el sitio al tiempo. Voy a prepararme un bocadillo a la cocina, que está al fondo del chalé. Tengo la boca llena cuando el amigo de Paul aparece en el quicio de una puerta que da directamente al jardín. Es un chico grande, moreno y de ojos claros, vagamente impresionante en la oscuridad. Se disculpa amablemente, se da cuenta de que estoy comiendo, por él puedo seguir, desde luego... Me avergüenzo de las migas alojadas en las comisuras de mi boca. Digo que no, no, en realidad no tengo hambre, tiro furtivamente el bocadillo. Me lleva con él. Conduce su descapotable por la gran cornisa que sobrevuela Niza. Suelta una mano del volante para responder a la fricción de la mía sobre el bulto rugoso de su pantalón vaquero. La hinchazón entorpecida por la tela rígida y ceñida es siempre para mí un estímulo eficaz. ¿Me apetece ir a cenar a algún sitio? No. Creo que circula un poco más de lo necesario, da unos rodeos para llegar a su casa. Mira la carretera mientras le desabrocho el cinturón. Reconozco el movimiento hacia delante de la pelvis que el conductor debe hacer para facilitar el descenso de la cremallera. Acto seguido comienza la laboriosa liberación del miembro demasiado voluminoso para encontrar de golpe la salida de la doble envoltura de algodón. Hace falta tener una mano lo bastante ancha para abarcar de un solo gesto todas las partes. Siempre tengo miedo de hacer daño. Él tiene que ayudarme. Finalmente puedo meneársela a conciencia. Al principio nunca voy demasiado rápido, prefiero repasar bien toda la longitud, probar la elasticidad de la fina túnica de carne. Aplico a ella la boca. Trato de encoger mi cuerpo al máximo para no molestarle cuando cambia de marcha. Modero el ritmo. Sólo soy consciente a medias del riesgo que representa conducir en esas condiciones, y en consecuencia reprimo el placer de provocarle. Que yo recuerde, fue una relación muy agradable. Sin embargo, no quise quedarme a dormir en su casa y tuvo que llevarme de regreso al chalé incluso antes de que volviese la pandilla. No es que yo me prohibiese dormir fuera, sino que quería que el momento pasado con él fuera, como cuando en medio de una conversación el pensamiento se extravía en un ensueño, un cercado personal al que los demás, por una vez, no tuviesen acceso.

El lector ha comprendido que si bien, como he expuesto mas arriba, asumía el libre arbitrio de ese estilo de vida sexual, y aun cuando, como acabo de decir, me preparaba escapatorias, esta libertad, no obstante, sólo se medía en comparación con su contraria, la fatalidad de los encuentros, el determinismo de una cadena cuyo eslabón, un hombre, enlaza con otro que a su vez te une con un tercero, etc. Mi libertad no era de las que se ejercen al albur de las circunstancias de la vida, sino la que se expresa de forma contundente, en la aceptación de un destino al que te entregas sin reservas: ¡como una religiosa que profesa sus votos! Nunca he entablado una relación con un desconocido que me hubiese abordado en un tren o un pasillo del metro, pero muy a menudo he oído contar a mi alrededor historias de exaltación erótica iniciadas en lugares así, hasta en un ascensor o en los lavabos de un café. Siempre he cortado en seco, rápidamente. Desaliento con humor y afabilidad, espero, pero a la vez con tal desinterés que deben de tomarlo por firmeza. Internarme en los meandros del juego de la seducción, incurrir, aun brevemente, en las niñerías que necesariamente llenan el intervalo entre el encuentro fortuito con una

persona y la consumación del acto sexual con ella, sería algo superior a mis fuerzas. En última instancia, si fuese posible que la masa palpitante de un vestíbulo de estación o la horda organizada del metro aceptase en su presencia los arranques de placer mas crudos, del mismo modo que aceptan la exposición de la miseria mas abyecta, sería muy capaz de acoplarme así, como un animal. De ahí que no pertenezca a la categoría de mujeres que «buscan la aventura», y sólo en muy raras ocasiones han conseguido ligarme, pero jamas lo ha hecho un desconocido. En cambio, gustosamente he aceptado citas concertadas por voces que, por teléfono, aseguraban haberme conocido en talo cual velada, sin que yo consiguiera atribuirles un rostro. Era facil encontrarme; bastaba llamar al periódico. De esta forma, una noche me encontré asistiendo a una representación de La Boheme en la Ópera... Como llegué tarde, tuve que esperar hasta el final del primer cuadro antes de ir a sentarme en la oscuridad al lado de un cuasi desconocido. Nos habíamos conocido, por así decirlo, unos días antes en casa de un amigo común (cuando la relación vuelve a ser la de un posible encuentro a solas, un hombre rara vez pronuncia la palabra «partouze»), pero el perfil que yo distinguía, la calvicie, los mofletes no me decían nada. Sospeché que él sí había estado presente en aquella fiesta, pero que no me había abordado. Aventuró una mano sobre mi muslo, mirandome de reojo, con un aire casi inquieto. Nunca se desprendió de su aspecto cansado; tenía la manía de frotarse el craneo de la misma manera que pasaba sobre mí sus grandes manos huesudas, maquinalmente, quejándose de terribles dolores de cabeza. Yo pensaba que era un individuo un poco lastimoso y que le faltaba un tornillo. Volví a verle varias veces; me llevaba a espectáculos y a restaurantes muy caros donde no me disgustaba divertirme no tanto por el hecho de que pudiesen tomarme por una puta, sino por el de engañar a las acomodadoras, los camareros y los burgueses que nos rodeaban, ya que a fin de cuentas era con la pequeña intelectual con quien charlaba el señor calvo de piel fofa.

Todavía hoy, Hortense, la telefonista de artpress, a veces me anuncia un nombre que no me dice nada. «La persona insiste, dice que usted la conoce.» Me pongo al teléfono. Por las palabras prudentes, pronunciadas en tono cómplice, comprendo de inmediato que el extraño se dirige a la imagen de una determinada viciosilla, de esas, bueno, que te dejan un recuerdo cojonudo. (Igualmente, cuando en una inauguración o una cena me presentan a un hombre al que tengo la impresión de ver por primera vez, pero que hurga en mi mirada unos segundos más de lo necesario y declara: «Pero si ya nos hemos visto», tiendo a pensar que ha tenido, en otra de mis vidas, por lo que a mí atañe, todo el tiempo del mundo para observar mi cara mientras mi mirada quizá estuviese clavada en su vello púbico.) Ya no tengo la curiosidad de dar pie, pero sigo admirando profundamente, y me merece simpatía, el tiempo suspendido en que viven los folladores. Tal vez hayan pasado diez, ¿qué digo?, veinte años, si no más, desde que gozaron con una mujer, y te hablan de ella o se dirigen a ella como si hubiese sido ayer. Su placer es una flor vivaz que no conoce estaciones. Se desarrolla en un invernadero que la aísla de las contingencias exteriores y que les hace ver siempre inalterado el cuerpo que han estrechado contra el de ellos, por más que esté marchitado o amojamado dentro de un sayal. No obstante, la experiencia me ha enseñado que saben no oponerse al principio de la realidad cuando se les impone. Como no doy palique por teléfono, la pregunta surge como un sésamo que quizá funcione o no. Por ejemplo: «¿Ahora estás casada?» «Sí.» «Ah, muy bien. Oye, te llamo cuando vuelva a pasar

por París, quizá tengamos un momento para vernos.» Sé que nunca volveré a tener noticias de mi comunicante.

Por añadir otra cosa más sobre esos preliminares que muchas mujeres afirman que son la fase más deliciosa de una historia, y que yo siempre he procurado abreviar, precisaré que sólo los he disfrutado —y eso sin prolongarlos— en dos circunstancias concretas: cuando el deseo era el germen inconsciente de un amor profundo, y después de un tiempo de abstinencia relativamente largo; vale decir, en circunstancias excepcionales.

En el último caso, los signos fueron: una inopinada y crispada sesión de retratos fotográficos en mi despacho, de la que no habría de salir nada puesto que, obviamente, la luz no era la que habría tenido que ser; un trayecto en ascensor tan locuaz como un entierro; besos impalpables seguidos de mordiscos inacabados, dados deprisa y corriendo en lo alto de mi brazo desnudo cuando tenía que extenderlo encima de la mesa de maquetas... Yo respiraba esas emanaciones libidinosas en el estado de un asmático que hubiese cometido la imprudencia de entrar en un invernadero caliente. Sabedora de que hasta entonces había cultivado poco ese género de sensaciones, los atribuí a una especie de aburguesamiento de mi vida erótica.

El otro caso demuestra que la impresión sensual más viva puede abrirse camino por el menos sensible de nuestros accesos. A pesar de que carezco de oído, de que sólo voy a la ópera por motivos externos al arte musical, gracias a su voz Jacques empezó a ocupar espacio en algún punto de la vasta llanura de mi deseo. Su voz, sin embargo, no corresponde al estereotipo de la voz sensual, no es ni aterciopelada ni cascada. Alguien la había grabado leyendo un texto y a continuación me hizo escuchar la grabación por teléfono. Sigo recordando en mí el eco que irradió hasta la punta más inervada de mi cuerpo. Me abandoné a una voz que en sí misma da la impresión de delatar totalmente a su dueño por su claridad, por el latido apacible de sus inflexiones cortas, tan nítida y firme como una mano que cae para decir «eso es». Poco tiempo después, volví a oírla por teléfono, esta vez en directo, para señalarme un gazapo en un catálogo en el que Jacques había participado y del que yo era responsable. Jacques se brindó a venir a ayudarme a corregir los ejemplares. Pasamos horas dedicados a esta tarea, separados por unos centímetros en un despacho diminuto, yo muy enfadada por mi error y él haciendo creer que sólo se trataba de enmendarlo. Su actitud era obsequiosa pero sin ser cálida. Al final de una de aquellas sesiones enojosas, me propuso que le acompañara a cenar a casa de uno de sus mejores amigos. Después de la cena, como estábamos varios apretujados sobre una cama que hacía funciones de sofá, lo que obliga a estar medio tumbado en una postura incómoda, me acarició la muñeca con el envés de su índice. Fue un gesto inesperado, insólito y delicioso, que nunca ha dejado de emocionarme, incluso cuando el destinatario es otra piel distinta de la mía. Fui con Jacques al estudio donde vivía entonces. Por la mañana me preguntó con quién me acostaba. Respondí: «Con cantidad de gente.» Él dijo: «Caray, me estoy enamorando de una chica que se acuesta con cantidad de gente.»

El placer de narrar

Nunca he ocultado ni la amplitud ni el eclecticismo de mi vida sexual, salvo a mis padres. (De niña, cuando «la noche de bodas» no era mas que una fórmula vaga, sólo pensar que mi madre pudiese imaginarme cuando esa noche llegase para mí me producía un auténtico tormento.) He comprendido gradual y oscuramente lo que me proporcionaba ese estilo de vida: la ilusión de abrirme posibilidades oceanicas. Como por otra parte había que aceptar múltiples trabas (un trabajo absorbente y ansiogénico, un sino marcado por la falta de dinero y, lo que mas entorpece, el ovillo de los conflictos familiares y de relaciones), la garantía de tener relaciones sexuales en cualesquiera circunstancias, con todas las personas que se prestasen (en principio, la ilusión sólo se mantenía con la condición de excluir del horizonte a las que no querían), era el aire de mar con que te llenas los pulmones cuando vas hasta la punta de un espigón estrecho. Y como la realidad, en definitiva, imponía límites a esta libertad (yo no podía hacer más, y aunque hubiese podido, mis muslos sólo habrían cerrado la anilla de una ínfima parte de la cadena humana), era preciso que la palabra, la evocación aun rápida, sobre todo rápida, de episodios de mi vida sexual, desplegase en todo momento, en toda su amplitud, el panorama de las posibilidades. «Estoy aquí contigo, con vosotros, pero al contarlo descorro la cortina, abro un boquete en la pared de mi cuarto para que irrumpa el ejército a caballo que nos aliste.» Por lo general, a partir de la tercera o la cuarta cita, yo aventuraba algunos nombres de pila masculinos relacionados con actividades anodinas pero que podían interpretarse de forma ambigua, y cuando me sentía más segura, alusiones a algunas circunstancias pintorescas en las que había tenido ocasión de hacer el amor. Evaluaba la reacción. He dicho que no hacía proselitismo, y mucho menos provocación, salvo el que corresponde a una perversión bonachona y que no se dirige más que a personas ya identificadas como cómplices. Era de una sinceridad prudente, que se ajustaba a una dialéctica en tres términos: en cierto modo, me protegía de la relación nueva no insinuándome más que enlazada con mi comunidad de folladores; así comprobaba la pertenencia o no a esa comunidad del recién llegado; por último, fuera cual fuese su reacción, protegiéndome suscitaba su curiosidad.

Como corresponde, ese amigo que me hacía hablar tanto mientras fornicábamos exigía, con el mismo interés que las visiones fantasmáticas, historias verídicas. Tenía que darle nombres, describir lugares, decir exactamente cuántas veces. Si me abstenía de ser precisa al hablar de una nueva relación, enseguida saltaba la pregunta: «¿Te has acostado con él?» La curiosidad no se centraba exclusivamente en el inventario obsceno: «¿De qué color tenía el glande cuando le quitaste los calzoncillos? ¿Marrón? ¿Rojo? ¿Le trabajaste el culo? ¿Con la lengua? ¿Con los dedos? ¿Cuántos dedos le metiste en el culo?» Se refería también a los elementos banales de la situación y el entorno: «Visitábamos un apartamento en alquiler en la rue Beaubourg, la moqueta estaba llena de pelusa y me la calzó en seco, encima de un colchón que había allí.» «Es un gorila de seguridad del espectáculo de Johnny Halliday; total, que seguí el concierto desde un rincón del escenario, era como si tuviese los bafles en el bajo vientre. Volvimos en moto; la Harley no tiene asiento trasero, el cuadro me aserraba el chumino; al final, cuando follamos, yo estaba ya abierta como un pomelo reventado.» Un sentimentalismo elemental era bien acogido: «¿Está enamorado de ti?» «Hum.» «Estoy seguro de que sí.» «La otra mañana, yo fingía dormir y le oí murmurar: "Catherine, te quiero; Catherine, te quiero", acompañando el aliento con un movimiento del vientre, no como si follara, sino como un gato gordo que se sobresalta en sueños.» Sentimentalismo en el que se colaba una especie de celos por persona interpuesta: «¿Sabe

que follas con toda la pandilla? Esta celoso, ¿verdad?» La costumbre que había contraído otro amigo mío de follarme tumbada en su mesa de trabajo, justo en el centro de un taller high-tech, y ofreciéndome su polla como un pistilo monstruoso que emerge de la corola de unas bragas con volantes y una hendidura —toque barroco en aquel decorado austero—, le gustaba especialmente. Tuve que contárselo decenas de veces, sin verme obligada siquiera a introducir variaciones, y a pesar de que yo no frecuentaba ya a aquel otro amigo. También estaba bien si podía ir a verle después de haberme masturbado poco antes, al despertar por la mañana, o en el despacho, en tal o cual postura y tras haberme hecho gozar equis veces seguidas. Nunca he inventado una aventura que no haya sucedido, y mis informes no traicionaban la realidad mas de lo que toda transposición, automáticamente, lo hace. Como ya he tenido oportunidad de señalar, el ambito del fantasma y el de la vivencia, aun cuando presenten estructuras parecidas, no por eso son, en mí, menos independientes entre sí, como el cuadro de un paisaje y el rincón de naturaleza que representa; hay en la pintura mas de la visión interior del artista que de la propia realidad. Que, posteriormente, contemplemos esa realidad a través de la pantalla del cuadro no impide que los arboles crezcan ni que sus hojas caigan. En las fiestas promiscuas es frecuente que un hombre que toma posesión de un coñita ya bien baqueteado se interese por el efecto producido por sus antecesores. «Gritabas hace un momento, cuéntame, la tiene gorda, ¿eh? Ha tenido que forzar y a ti te gustaba eso. Te comportabas como una mujer enamorada. Sí, sí, que te he visto.» Debo reconocer que en ocasiones, contrariamente a lo que se esperaba, respondía con franqueza —no, su polla me gustaba tanto—, porque en ese momento no tenía el reflejo de corregir mi natural escrupuloso, y también porque al autor le cansa repetirse.

Pero lo habitual era que las crónicas se hiciesen mas bien fuera del trato carnal. En este caso, las palabras se depositan en el espacio que media entre los interlocutores, castillo de naipes que construyen en el juego de las preguntas y respuestas y que temerían que se desmoronase por culpa de una confidencia salaz de entrada, una indiscreta voluntad de saber demasiado aprisa. Así que se respeta una progresión. Mientras conducía un coche descuajeringado, un amigo me interrogaba brevemente: ¿a qué edad había yo empezado los intercambios? ¿Qué clase de personas asistían a orgías? ¿Burgueses? ¿Había muchas chicas? ¿Cuántos hombres me poseían en una velada? ¿Gozaba todas las veces? Mis respuestas eran igualmente factuales. A veces él paraba el coche en la acera, no para tocarnos, sino para continuar el interrogatorio, con semblante apacible y la mirada enfocada mucho mas al fondo de la calle. ¿Tenía varias metidas al mismo tiempo, en el chocho y en la boca? «Es el ensueño, y también hacer pajas con las dos manos.» Este amigo era periodista; terminó entrevistandome para una revista en la que colaboraba.

En mi círculo inmediato, se trataba de mantener verbalmente una excitación que permitiese a los miembros del club volver a verse clandestinamente en cualquier sitio, en una reunión de trabajo o en una fiesta, y de soportar el posible conformismo, por ejemplo durante la inauguración de una casa, donde los invitados son muy numerosos. Deambulan por el inmenso taller sin poder sentarse. «¿Aquel de allí es el tío con el que te lo pasas pipa? Es fantástico; no es un guaperas, pero eso no quiere decir nada. Pero ¿qué te hace?» Respondo con un movimiento de cabeza; es cierto que ese hombre es feo y que además desentona con la concurrencia. En mi ruta frecuento ambientes distintos y me gusta provocar que la gente se cruce. He hecho que le inviten aunque nadie le conozca. Alguien ha venido a preguntarme quién es ese tío que lleva esa túnica al estilo hippy, totalmente

hortera. Da igual. Cuando paso la noche con él en su cama, que está patas arriba ya desde antes de acostarnos, nos chupamos durante horas. Haciendo un sesenta y nueve, me pone cachondísima frotar con el pecho su vien-tre un poco gomoso. «Es cierto que tienes debilidad por los barrigones.» «¡He soñado que me encontraba con Raymond Barre en una orgía!... Y además tampoco me gustan muy limpios... Me da que no se lava nunca los dientes.» «Eres asquerosa. Está casado, ¿no?» «He visto una foto de su mujer. Un auténtico callo...» También eso me excita. El volumen de mi voz es normal, pero hago precisiones pausadas. Me regodeo en recordar esa mugre y esa fealdad contagiosas, al mismo tiempo que saboreo la ligera repugnancia de mi interlocutor. «Os chupáis. ¿Y luego?» «No te imaginas lo que gime... Cuando le lamo el culo... Se pone a gatas, tiene las nalgas muy blancas... Las cimbreo cuando hundo ahí la nariz ... Después me pongo yo a cuatro patas. Él se corre enseguida, a poquitos, ¿cómo te explicaría? Muy medidos.» Estoy hablando con un follador, pero coincide que nunca me he acostado con él. Tampoco me atrae especialmente. El tío del que hablo no es de los que me acosan a preguntas, pero me escucha y, a fin de cuentas, como todo quisque termina llamando por su nombre de pila al amigo de un amigo al que no ha visto nunca, le considero integrado en el círculo.

Cuanto más sociable me he vuelto, mejor he cultivado un pragmatismo innato en materia de intercambios sexuales. Adaptaba mis palabras tras haber sondeado, en los primeros encuentros, la receptividad del otro en los juegos triangulares. Con algunos bastaba una débil aureola lujuriosa en torno a mi persona, mientras que otros, como acabo de contar, tenían intención de acompañarme con el pensamiento hasta en el menor toqueo al que me entregaba. A esto se añade que el discurso de la verdad no es nunca, naturalmente, absoluto, sino que lo rectifica la evolución de los sentimientos. Parlanchina con Jacques al principio, tuve que apañármelas, más o menos bien y, de todos modos tarde, con la prohibición que pesó sobre aventuras y relatos de aventuras a partir del momento en que nuestra relación fue pensada y vivida como una relación de amor, y esto aunque tuviera ocasión de leer un par de veces en sus novelas la descripción de una escena erótica que no podía ser sino el reflejo de una anécdota referida por mí. Entre todos los hombres que frecuenté duraderamente, sólo dos cortaron en seco y de entrada mis relatos panorámicos. No obstante, estoy casi segura de que lo que no quisieron saber, y que por tanto les fue ocultado, siguió siendo un elemento integrante de nuestro intercambio.

Los que se rigen por principios morales están sin duda mejor equipados para afrontar las manifestaciones de los celos que aquellos a los que su filosofía libertina les deja desamparados ante las explosiones pasionales. La liberalidad más grande y más sincera de que alguien da prueba al compartir el placer gozado con el cuerpo del ser querido puede, sin que ningún signo lo haya anunciado, verse traspasada por una intolerancia exactamente proporcional. Los celos eran quizá una fuente que chapoteaba en los subsuelos de esa persona, y cuyas burbujas, al reventar, llegaban a irrigar, de forma subterránea y regular, el campo libidinal, hasta que, de golpe, forman un río y, entonces, es la conciencia entera, como ha sido descrito en infinidad de ocasiones, la que queda sumergida. Me lo han enseñado tanto la observación como la experiencia. Personalmente, he vivido la confrontación con estas manifestaciones con un alalamiento que ni siquiera la muerte de seres próximos, aunque haya sido brutal o agresiva, ha provocado en mí. Y tuve que leer a Victor Hugo, sí, tuve que ir a buscar esa figura de Dios Padre, para comprender que aquel

aturdimiento era de la misma naturaleza que una especie de introversión propia de la infancia. «Darse cuenta de los hechos no es infantil. [El niño percibe] impresiones a través de la acumulación del miedo, pero sin ligarlas en su mente y sin llegar a conclusiones», leí un día en *El hombre que ríe*, hallando por fin la explicación de mi embrutecimiento. Y doy fe de que, cuando se ha alcanzado un tamaño que no debería autorizar ya esos aumentos, se puede incluso sufrir lo que definiría así: la incompreensión de una injusticia que no permite siquiera acceder al sentimiento de dicha injusticia. A lo largo de todo el camino que va de la rue Las Cases al barrio de la iglesia Notre-Dame-des-Champs, fui golpeada, pisoteada en la cuneta, y cuando me levantaba, me obligaban a caminar a empujones propinados en los hombros y en la parte superior de la nuca, como se hacía antaño a los desdichados que eran conducidos al calabozo. Salíamos de una velada que no había cobrado el menor sesgo orgiástico, sino que tan sólo había sido agitada, en un momento determinado, por una cabalgata a la que me había arrastrado un señor vigilante que se aprovechó del paso a un salón a oscuras para arrojarme a un diván e inundarme la oreja de saliva. El amigo que me golpeó ya me había acompañado, sin embargo, a fiestas mucho más disolutas. Cuando, de noche, volví a desandar todo el trayecto, con la esperanza frustrada de encontrar una joya que se me había desprendido a causa de los golpes, mi pensamiento se concentró exclusivamente en esa pérdida. Otro día, uno de mis relatos, imprudentemente detallado, me valió una venganza menos colérica pero igualmente violenta: un navajazo asestado en el hombro derecho, mientras yo dormía boca abajo, pero no sin que la cuchilla hubiese sido previa y meticulosamente desinfectada por la llama de la cocina. La cicatriz que conservo, en forma de una boquita estúpida, ilustra muy bien lo que sentí.

Mis propios celos han sido esporádicos. Aunque me haya servido de mi itinerario sexual para satisfacer mi curiosidad intelectual y profesional, he mantenido, en cambio, una gran indiferencia por la vida sentimental, conyugal, de mis amigos. E incluso más que indiferencia: un poco de desdén. Sólo he tenido arrebatos de celos con los hombres con los que he compartido mi vida y, curiosamente, por razones muy distintas en los dos casos. Sufrí cada vez que a Claude le seducía una mujer que yo consideraba más bonita que yo. No soy fea, pero siempre que se aprecie en su totalidad mi físico, y no las características de mis atributos. Me enfurecía no poder perfeccionar mis prestaciones sexuales, en principio ilimitadas, mediante una apariencia que no admitiera reservas. Cuánto habría querido que la mamadora más experta, la que primero se lanzaba de todas las juerguistas, no fuese bajita, con los ojos demasiado cerca de una nariz demasiado larga, etc. Podría describir, con la mayor precisión, los rasgos físicos que encandilaron a Claude: la cara triangular y la melena de una Isolda secretaria, su tórax grácil que por contraste realzaba los hombros redondos y los pechos cónicos; los ojos claros de otra que, sin embargo, era morena como yo; las sienes lisas y las mejillas de muñeca de alguna otra. Huelga decir que la fuerza de la contradicción aportada al principio de la libertad sexual hacía inarticulable el dolor, y que yo daba entonces el espectáculo de accesos de sollozos tanto más inconsolables, arcos histéricos dignos de los dibujos de Paul Richer.

Con Jacques, los celos cobraban la forma de un terrible sentimiento de expulsión. Las representaciones que yo me forjaba de una mujer que en mi ausencia ocultaba con su grupa la perspectiva desde la punta del sexo de Jacques, en un paisaje que nos era familiar, o cuyo cuerpo femenino entero, macizo, materia en expansión, poblaba el más mínimo

detalle de nuestro entorno —el estribo del coche, los contornos de un ramaje sobre la funda de un sofá, el borde de un fregadero contra el que apoyas el vientre cuando vas a enjuagar una taza—, o incluso cuyos cabellos se pegaban dentro de mi casco de moto, daban pábulo a un dolor tan intenso que me impulsaba a buscarle la salida fantasmática más drástica. Me imaginaba que, tras haberles sorprendido, abandonaba la casa, enfilaba el bulevar Diderot hasta el Sena, muy cerca, y me arrojaba al agua. O bien seguía caminando hasta el agotamiento y me recogían en un hospital, muda e idiota. Otra escapatoria menos patética consistía en una actividad masturbatoria intensa. Ya que he empezado a revelar el contenido de los relatos que sostienen esta actividad, quizá sea interesante decir algo acerca de las modificaciones que sufrieron en un momento dado. Las peripecias en solares y los personajes de repartidores, aprovechados flemáticos, fueron suplantadas por un registro restringido de escenas en que yo ya no aparecía, y en las que Jacques era la única figura masculina, en compañía de alguna de sus amigas. Las escenas eran en parte imaginadas y en parte tejidas con migajas espigadas mediante sustracción en las libretas o la correspondencia de Jacques, pues él es muy poco locuaz al respecto. Apretujados en un Austin aparcado debajo de un puente ferroviario, Jacques le sujeta el craneo sobre su vientre, delicadamente, con las dos manos, como se manipula un globo de cristal que cubre un objeto precioso, hasta que percibe, en cuanto su minga se ha vertido en el fondo de la garganta, el hipo de la deglución un tanto renuente. O bien, cuando el gran culo blanco se desparrama como un champiñón gigantesco encima del canapé del salón, veo a Jacques hundirse dentro al tiempo que le propina azotes recios. Otra posibilidad es que la chica esté de pie, con un pie posado en un taburete, en la postura que adoptan algunas mujeres para colocarse un tampón; Jacques, asiéndole las caderas, arqueado sobre la punta de los pies, la ensarta de acuerdo con esta composición, es decir, por detrás. Mi orgasmo se desataba sistemáticamente en el instante en que mi relato autorizaba la eyaculación de Jacques, en que mi mirada mental reconocía la potente contracción asimétrica de su rostro en esos momentos. Esta usurpación de mis antiguos fantasmas acabó suscitando un reflejo de defensa, pero me hizo falta mucha perseverancia, mucho voluntarismo para reconquistar, como protagonista, este territorio de mi imaginación.

No puedo concluir este capítulo del comercio que, al igual que el capullo del gusano de seda, recubre y constituye la relación sexual sin mencionar mi única y fallida tentativa de prostitución. Por mucho que me abandonase, cuando oía hablar de Madame Claude, a ensueños fantasiosos acerca de la prostitución mundana, por mas pelusa que me diese el personaje de Catherine Deneuve en Belle de jour, habría sido incapaz de negociar el mas mínimo intercambio de ese tipo. Contaban que Lydie, la única mujer que he conocido que en las partouzes tomaba iniciativas de hombre, había permanecido varios días en un burdel de Palermo con el fin de ofrecer a un amigo suyo, con el dinero ganado, una magnífica fiesta. Para mí, aquello rayaba en el mito y me dejaba sin habla. Ya he hecho suficientes alusiones a mi timidez, a mi carácter en principio excesivamente reservado, como para que se comprendan las razones. Para establecer una relación de índole venal es preciso un intercambio de palabras o de gestos, o en todo caso una complicidad que es la de toda conversación normal y que, para mí, no habría sido tan distinta de los preliminares de la seducción, que yo rehuía. Tanto en uno como en el otro caso, para interpretar ese papel hay que saber tener en cuenta la actitud y las réplicas del compañero. Pues bien, en el momento

del primer contacto, sólo acertaba a focalizarme sobre un cuerpo. Hasta después, hasta que, en cierto modo, había hallado mis puntos de referencia y me había familiarizado con la textura y la pigmentación particulares de la piel, o hasta que había aprendido a adaptar mi propio cuerpo a ellas, mi atención no se elevaba, si se me permite la expresión, hacia la persona, a menudo, como he dicho, para una amistad sincera y perdurable. Pero entonces ya había pasado el momento de reclamar dinero.

Sin embargo, no me sobraba. Una antigua amiga del instituto quiso ayudarme. Un conocido le había propuesto que visitase a una mujer que buscaba mujeres muy jóvenes. Ella no se atrevía a ir, pero pensaba que a mí podría interesarme. Tenía la idea de que hacer eso con una mujer «traía menos consecuencias» que con un hombre. Conseguí una cita en un café de Montparnasse con un intermediario receloso, un hombre de unos treinta y cinco años que parecía un agente inmobiliario. Por precaución, un amigo me acompañaba a distancia. No recuerdo nada de lo que hablamos ni del arreglo pactado; me pareció que el tipo se andaba con pies de plomo al hablar de la mujer que debíamos encontrar, mientras que yo, como desde luego no conseguía ponerme en el lugar de la prostituta, invertía los papeles y me figuraba a la mujer con las facciones de una cali girl avejentada, con el pelo descolorido y una lencería que no se adhiere a la piel, recostada en una colcha que se deshilacha, silenciosamente autoritaria. Pese a mi ingenuidad, comprendí enseguida, cuando él me llevó a uno de los hotelitos, que yo conocía, de la rue Jules-Chaplain, que no vería nunca a la mujer. Quizá, el hecho de haber hablado tanto de ella la había inmediata y definitivamente relegado al espacio del imaginario. La habitación era gratamente acogedora; el hombre encendió las dos lámparas de cabecera, pero sin tomarse la molestia de apagar la del techo, se bajó en el acto la cremallera y me pidió que se la chupara, con el tono de quien, en el metro, se disculpa por haberte empujado pero al mismo tiempo tiene toda la pinta de pensar que ha sido culpa tuya. Yo me puse en acción, contentísima de no tener ya que ocuparme de su descortesía. Él se tendió sobre la colcha satinada, estaba muy empalmado, era fácil manejarlo. Le aspiraba con regularidad y sin fatiga, hincada con las rodillas perpendiculares a su pelvis, que es una de las posturas más cómodas. Tenía prisa por acabar porque los pensamientos se me agitaban confusamente en la cabeza. ¿Debía interrogarle de nuevo sobre la mujer con quien supuestamente teníamos que reunirnos? Sería una estupidez. ¿Tenía que pedirle dinero por aquella felación? ¿No debería habérselo pedido antes? ¿Qué iba a contarle al amigo que me esperaba? Me sorprendió la expresión sincera, juvenil, de abandono, que había en su cara cuando gozó, y que contrastaba con su comportamiento; fue la única vez en mi vida en que he transportado a la cima del placer a un hombre que me caía antipático. Conservé una visión clara de la habitación después de habernos marchado, el cubrecama impecable, los asientos que no habíamos tocado, la limpieza superflua de las repisas debajo de la pantalla de las lámparas. Lo negué, pero no pude ocultar al amigo solícito con quien me reuní en una terraza que acababa de utilizar profusamente mi boca. Una mamada, sobre todo si se ejecuta a conciencia, lastima el interior de los labios. Si se les imprime un vaivén ininterrumpido, más vale proteger el miembro activado doblándolos sobre los dientes; es lo que yo he hecho siempre, en todo caso. «Tienes los labios completamente hinchados», me dijo el amigo, que me tachó de imbécil. El joven con facha de agente inmobiliario me había seguido. Nos insultó, alegando que habíamos querido jugarle una mala pasada. No entendí bien cual. Él no insistió.

¡Lo que han podido reírse de mí con el pretexto de que me era facilísimo entregar mi cuerpo y no sabía sacarle provecho! Frecuentaba a hombres relativamente desahogados, pero no tenía temple para la pequeña comedia que habría habido que interpretar si hubiese querido obtener de ellos beneficios materiales que, por otra parte, debían de dispensar a otras. Si tuviera que confeccionar la lista —a semejanza de los jefes de Estado que en teoría deben llevar el registro de los regalos recibidos de embajadores o de otros jefes de Estado extranjeros—, el botín sería desolador: un par de medias de color naranja, irisadas, que nunca me he puesto, tres gruesas pulseras de baquelita de 1930, unos shorts, indiscutiblemente uno de los primeros modelos salidos del pret-a-porter del invierno de 1970, de malla color blanco roto, con túnica a juego; un auténtico vestido de novia berebere, un reloj comprado en un estanco, un broche de plástico de geometría barroca, típica de comienzos de los años ochenta, un collar y un anillo Zolotas que por desgracia perdieron su lustre muy pronto, un pareo con flecos de perlas, un vibrador eléctrico de marca japonesa y también tres bolitas metálicas que se introducen en la vagina y que supuestamente provocan excitación al caminar, pero que nunca han sido eficaces... Debo añadir una participación en el precio del primer vestido comprado en una tienda Yves Saint Laurent, una toalla de baño, también de Saint Laurent, y sofisticados arreglos dentales que nunca he tenido que pagar, así como un préstamo de varios miles de francos que nunca tuve que devolver. Siempre me han pagado el taxi, el billete de avión. «Tenías aire de extraviada», me dice alguien que me conoce desde muy joven, «y no podíamos evitar darte un billete de cien francos.» Toda mi vida he debido de dar siempre esta impresión a los hombres, no de mujer interesada, lejos de eso, sino de adolescente incapaz de ganar dinero, y a la que había que ayudar dándole algo de dinero de bolsillo. De este recuento excluyo, por supuesto, todos los regalos que me ha hecho Jacques, como corresponde a nuestra relación, que es de un carácter distinto, y pongo aparte las obras obsequiadas por artistas y de las que no puedo por menos de pensar, como las muchas veces en que mis intereses profesionales se han entrecruzado con mis relaciones sexuales, que recompensaban tanto a la crítica de arte como, si se terciaba, a la amante.

Sólo primeras veces

¡No se lleva, en todos los momentos de la vida, el mismo régimen sexual! Puede que esto se deba a circunstancias amorosas —una sola persona canaliza todo tu deseo—, pero también a esos lapsos en los que la conciencia se repliega en sí misma y, gracias a cambios que sobrevienen en sectores que no son forzosamente los de la vida sentimental —una mudanza, una enfermedad, un nuevo ambiente profesional o intelectual...—, una se desvía del rumbo que había emprendido. En dos ocasiones se vio frenada mi dispersión sexual. Cuando Jacques y yo nos disponíamos a compartir alojamiento, él me escribió que era imperativo que no nos ocultásemos nada, que no nos mintiéramos. Ahora bien, coincidió que yo acababa de entablar unas relaciones que pensé que le disgustarían. Logré evitar una o dos, espaciaba las veladas pasadas en partouzes y viví las demás con una culpabilidad que apenas había conocido hasta entonces y que tuvo un efecto inhibitorio, ciertamente relativo pero igualmente real. Por otra parte, una orgía cuyo desarrollo fue, con todo, trivial marcó para mí un giro. Yo consideraba a la pareja de nuestros anfitriones, porque él acababa de

asumir la dirección de un gran periódico y ella era cantante, una parodia de los personajes de Ciudadano Kane. Ya había follado, si no con los dos, por lo menos con él. Los invitados eran distinguidos y se dividían en dos grupos: uno en el dormitorio y el otro sobre un sofá curiosamente colocado en medio de un salón iluminado por una araña. Yo estaba en el sofá, optando resueltamente por la parte mas iluminada y normalmente activa. Me gustaba bastante la verga del anfitrión, rechoncha, acorde con proporciones que la convertían en un formato reducido de todo su cuerpo bajo de estatura. Se produjo un movimiento en dirección a la alcoba, donde una joven, hundida en el edredón, con los miembros al aire como un bebé que patalea en su capazo, desaparecía bajo los dorsos espesos que sucesivamente la cubrían, y lanzaba alaridos que resonaban en todo el apartamento. Observo con placidez esa clase de extraversión. La admiración que expresó uno de los participantes, diciendo que «ella sí que enrolla», era tonta. Volví para tenderme en el sofá. Pensé que aquella muchacha ocupaba un lugar central que hasta entonces había sido el mío y que debía estar celosa, pero mis celos eran moderados. Por primerísima vez, hacía una pausa en una de esas veladas en las que desde siempre había actuado sin tregua. Y apreciaba esta pausa igual que cuando me replegaba sobre mí misma durante una cena o una reunión entre amigos. No dejé de interrogarme sobre esta reacción nueva. La respuesta que encontré era que al hablar, siempre abiertamente, de estas practicas con interlocutores que se entregaban o no a ellas, al comentarlas e interpretarlas, la mayoría de las veces con el arsenal de un psicoanálisis mas o menos silvestre —y que en mí causaba el efecto de un regimiento de caballería que se abalanza contra un campamento de indios insumisos—, en suma, al haber yo también acabado recorriendo tres veces por semana el trayecto hasta un divan donde ya no se trataba de follar, sino de hablar de ello, había obtenido sin darme cuenta un puesto que no era sólo de miembro activo sino asimismo de observadora.

Y cuando me hube apartado del centro de la espiral hice un descubrimiento: mi placer no era nunca tan vivo como el de la primera vez, no que hacía el amor con alguien, sino que nos besabamos; e incluso que el primer abrazo me bastaba. Hubo excepciones, desde luego. Sin embargo, la mayor parte de las veces, aunque la continuación no fuese desagradable, tenía el sabor del barquillo que masticas cuando ya no queda bola de helado que derretir en la lengua, el atractivo del cuadro que uno admira pero en el que recrea la mirada por decimoquinta vez. Si me tomaban por sorpresa, la voluptuosidad era absoluta. Son esas ocasiones las que me procuran muchos de mis recuerdos mas claros de orgasmos. Puedo citar: cuando atravieso, a altas horas de la noche, el vestíbulo inmenso de un hotel Intercontinental; el asistente elegante y distinguido que me acompaña desde hace dos semanas en un periplo por el país me agarra del brazo cuando acabamos de darnos las buenas noches, me aprieta contra él y me besa en la boca. «Mañana por la mañana iré a verte a tu cuarto.» Noto el espasmo que sube hasta el estómago y al encaminarme hacia las lejanas y pequeñas recepcionistas me tuerzo un tobillo. Otra vez, me lanzo a ras de la moqueta hacia un anfitrión un poco borracho, que se revuelca en medio de otros invitados, y que me atrae hacia él tirando del cuello de mi suéter y me besa largamente, con uno de esos besos de cine que te hacen dar cabezadas; no es una velada destinada a desembocar en orgía, su mujer habla en la habitación contigua, uno de los amigos del dueño de la casa, sentado en el suelo como nosotros, con la cara, por descuido, muy cerca de las nuestras, nos mira desconcertado. Termino de cabrearme. También: la visita al «Último Picasso» en el centro Georges-Pompidou en compañía de Bruno, con quien mis relaciones son muy

aleatorias. Cuando sale de mi campo de visión en el momento en que me acerco a un cuadro, la presencia de Bruno se vuelve mas imponente y me pilla desprevenida una descarga secretora, breve pero muy definida. Sigo recorriendo la exposición y siento mis pantis pegajosos contra los labios de mi vagina y luego contra la dilatación en la cara interior de los muslos, a medida que los pasos se alternan al andar. Ahora bien, mientras que durante un primer período de mi vida me dejaba bastante indiferente el hecho de recobrar o no la misma sensación en las caricias mas logradas, o bien durante la penetración, en una segunda época, cuando tuve conciencia de su limitación singular, empecé a esperar que esa apretura lejana en una zona indefinible del bajo vientre y la onda famosa que la disipa pudiesen renovarse igualmente en la prosecución de las relaciones.

Al acercarme a la mitad de mi vida, encadené dos relaciones, una despreocupada, la otra llena de afecto, pero que no obstante se desarrollaron según una pauta comparable: me tomaba el tiempo de cobrar conciencia del deseo que experimentaba por el otro, y este deseo era tanto mas ardiente; al final del deseo, había momentos de copulación apasionada, pero a lo largo de los cuales mi satisfacción no era nunca tan plena como en el curso del contacto inaugural. Durante largos años, mantuve fielmente con quien me acompañaba a la exposición de Picasso una amistad amenazada por fases en las que había arranques de deseo mal asumidos, contrariados, agresivos, etc. Fue mi única experiencia caótica. Me recibía a diario en su casa durante semanas y un buen día yo llamaba a la puerta y nadie contestaba; la puerta permanecía cerrada durante varias semanas, incluso varios meses. Y así hasta que mi testarudez incrédula se viera por fin recompensada, al otro extremo del teléfono, por una interjección ronca que me autorizaba a comparecer de nuevo ante su presencia. Sin duda a causa de este clima de incertidumbre, el orgasmo instantaneo se repitió con él muy a menudo. Hablábamos por los codos, cambiábamos impresiones de lecturas, con frecuencia de pie en un interior donde habría podido vivir un cuaquero. El tiempo pasaba, yo me aproximaba. «¿Tienes ganas de unos mimos?», preguntaba él con el tono distraído pero cariñoso de un adulto atareado al que un niño incordia. Entonces su mano me quitaba las bragas y dos falanges, cuatro, me arrancaban un grito de dolor, porque había en aquello tanto placer como sorpresa sofocante. Él también daba muestras de deleite al descubrir el pasaje ya inundado. Éramos pródigos en caricias y en besos. Él era de gestos amplios. Si yo estaba acostada, retiraba la sabana con el mismo movimiento con que recorría mi pecho de un lado al otro; tumbada de espaldas, yo podía permanecer derecha e inmóvil mientras su palma me barría de un solo trazo, como si yo no fuese mas que un boceto. Cuando llegaba mi turno, yo, por el contrario, le exploraba con minucia, preferiblemente los pliegues corporales, detras de la oreja, la ingle y las axilas, la ranura de las nalgas. Incluso le buscaba los surcos de líneas en sus manos entreabiertas. Todo el tiempo que duraban estos preambulos, yo pensaba en lo delicioso que sería cuando se decidiese a darme la vuelta para poseerme como a mí me gusta, por detras, y me agarrase las nalgas para apretarlas contra su pelvis mediante movimientos bruscos y sonoros. Me gusta especialmente que la polla entre y salga a sacudidas; una de cada tres o cuatro veces, el golpe un poco mas fuerte provoca una sorpresa que me encanta. Sin embargo, sólo excepcionalmente he conocido un deleite tan intenso como cuando los dedos habían abierto la vía. Entonces me ponía a pensar que la próxima vez lo consentiría, me instalaba

en esa espera y me ocupaba, si era necesario, de forzar la resistencia de la puerta cerrada o de la lección moral.

Anteriormente había tenido una historia con el autor de las fotos fallidas que habían sido sacadas en mi despacho. Me citaba en un hotel del barrio de Gobélins o en el apartamento desocupado que le prestaban, cerca de la estación del Este, a horas impropias para quien ejerza una actividad profesional que en alguna medida dependa de horarios de oficina: entre las once y el mediodía, entre las tres y media y las cuatro y media ... Y la víspera sentía el nerviosismo de mi sexo sometido a la trepidación del asiento del metro, al tiempo que anticipaba nuestro reencuentro. La sensación podía ser tan crispante que a veces prefería apearme algunas paradas antes y sosegarme caminando. Aquel hombre me lamía la vagina sin descanso. Su lengua operaba languidamente, separaba con cuidado todos los repliegues de la vulva, sabía describir circunvoluciones alrededor del clítoris y después aplicar largas lamidas de perro cachorro sobre la abertura. La ansiedad de que su sexo la cicatrizase se volvía perentoria. Cuando por fin penetraba, con tanta dulzura y hurgando con tanta meticulosidad como la lengua, mi placer no alcanzaba la altura que me había procurado el crescendo del deseo.

Debido a los desplazamientos motivados por esas citas en cortos lapsos de tiempo, sucedía que nos echábamos de menos. Si él no acudía, yo me quedaba tumbada en la cama, con los pies colgando, el apetito dolorosamente clavado entre los muslos como una riostra que me impidiese cerrados. Le seguía una opresión que me resultaba insuperable, que me impediría realizar las tareas de la jornada, volver al despacho, telefonar, decidir o no cosas importantes. ¿Cómo podría, hasta la próxima cita, llevar una vida normal, como si no pasara nada? El deseo impaciente me convierte en un títere de madera al que han dejado caer, con los brazos y las piernas separados, rígidos, incapaz de moverse por sí mismo. Pero no dura, por suerte, esta astenia que me acecha siempre, más o menos obsesiva según las circunstancias. La puerta del despacho es siempre, sin que necesite decidido, una esclusa perfectamente estanca, y por más que tenga la entrepierna empapada (o que acabe de vivir un acontecimiento del carácter que fuere), poseo la afortunada facultad de enfrascarme con la misma facilidad en el trabajo.

¿Habría concebido la idea de escribir este libro, que empieza con un capítulo titulado «El número», si no hubiese conocido la experiencia de haber sido en un tiempo un satélite minúsculo, salido de repente de la órbita en que lo mantenía una red de conexiones que ya no lo controla? La salida de la órbita se efectuó en dos etapas. Primero, de vez en cuando, empecé a descubrir con mayor frecuencia la satisfacción, y a vivirla de una forma aún más terca que la que acabo de referir. La excitación podía llegar muy alto. Los signos que yo tomaba como un presagio cierto de placer total eran: los labios fríos, la piel de gallina (hablaré más adelante, y con más detalle, de estas sensaciones). Si, como muchas veces ocurría, el proceso se frustraba, se alzaba ante mí un obstáculo infranqueable en lugar del vasto desenlace esperado. Una y otra vez, en el instante mismo en que el otro se separaba y yo cerraba las piernas, con la misma terquedad con que me esfuerzo en describir correctamente un objeto en un artículo, intentaba definir lo que me habitaba y para lo cual me faltaban las palabras. ¿Cómo nombrar ese sentimiento exclusivo? Era la pregunta que me hacía. Se trataba de odio, ciertamente, hacia el que estaba a mi lado, pero por supuesto independiente de los sentimientos que experimentaba por él. Un odio, con todo, que en

aquel momento me embargaba tan completamente como un metal fundido se adhiere a su molde. Como me obstinaba en describirlo, me acuerdo de haberlo comparado alguna vez con otro tipo de escultura: el dado hermético de Tony Smith. Felizmente, de la misma manera que la opresión que me asaltaba tras una cita fallida no se prolongaba más allá del trayecto en taxi o en metro, aquel odio fulminante no resistía el reflejo que te empuja hacia el lavabo. Y creo que fue así, ocupada en pasarme una toalla por el sexo, como se me ocurrió pensar que habría que decir la verdad de todo esto.

Durante un periodo que calculo que duró tres años, quizá cuatro, las relaciones sexuales que pudiese tener se hicieron cada vez más infrecuentes y, cuando las había, eran más o menos de la índole que acabo de exponer. Sucedió que también he pasado, sola en París, semanas de verano divididas en largas jornadas de trabajo y en noches abreviadas tanto por el calor como por las clásicas angustias. Fue entonces cuando saqué de debajo de un montón de lencería el vibrador que me habían regalado años antes y que todavía nunca había utilizado. Tiene dos funciones que se eligen por medio de dos velocidades. La extremidad es una cabeza de muñeca con la frente marcada por una estrella y cuyos cabellos forman una muesca que corresponde al anillo del glande. Esta cabeza traza círculos más o menos amplios, mientras que una especie de jabalí pequeño, que se despega a medias del cilindro, hace vibrar más o menos rápido su lengua muy larga, destinada a solicitar el clítoris. La primera vez que me serví del artilugio gocé al instante, con un espasmo muy largo, perfectamente identificable, mensurable, y sin que tuviese que contarme historias. Me quedé trastornadísima. El orgasmo, digamos que incluso el orgasmo de la calidad más pura, podía, por tanto, producirse sin que hubiera que recurrir perpetuamente al sobrecogimiento original de la «primera vez» para así recobrar sus pormenores, y sin haber tenido siquiera el tiempo de convocar con la imaginación a obreros y repartidores. He sollozado numerosas veces, a continuación de esas sesiones presurosas. En ellas se mezclaban la dolorosa violencia del placer y esa delectación de la soledad que ya he mencionado, apenas acrecentada aquí por un toque de amargura. El contraste entre lo que tan bien correspondía a lo que llaman el placer solitario y mi afición habitual a la pluralidad era cómico. En una ocasión pensé que si debía «decir la verdad de todo esto», el libro se titularía *La vida sexual de Catherine M.* La idea me hizo reírme yo sola.

Mal dotada, en principio, por la naturaleza, gozo hoy de una dentición muy sana, gracias a haber sido atendida por un excelente dentista que no me ha enviado nunca la nota de sus honorarios. La primera vez que, al recibirme como de costumbre en su consulta, me pasó a una sala de espera que no era la misma en que normalmente yo esperaba mi turno, sino una habitación más grande y amueblada con un estilo muy distinto, de mobiliario clásico y no moderno, experimenté una impresión de extrañeza; se habría dicho que, al franquear una puerta conocida, me veía transportada por arte de magia a un decorado de película, o a un sueño. Me dejó sola. Luego irrumpió, me descubrió el pecho y el culo, me acarició, desapareció. Volvió diez minutos más tarde acompañado de una joven. Follamos los tres juntos. Hasta más adelante no supe que la consulta era doble, con dos salas de espera que daban acceso a dos gabinetes contiguos. Julien pasaba del uno al otro, atendía a un paciente mientras se acababa la cura practicada a otro. Si era yo, o alguna amiga suya, supongo, o una y otra al mismo tiempo, las que estaban sentadas en uno de los sillones, él

podía, con reflejos de prestidigitador, excitarse la polla con el conejito de una o de la otra, guardársela, pasar al otro lado del tabique, volver. En general, se corría nada más entrar en la funda. Había concebido y diseñado él solo, tarde por la noche, después de marcharse el último cliente, la decoración de su doble consulta. Los fines de semana competía en torneos de tenis de un nivel bastante alto. A veces me citaba a media tarde, tras haber reservado una habitación en un hotel internacional. Yo hacía el check-in, él se reunía conmigo durante un cuarto de hora, me dejaba dinero para el check-out Me inspiraba simpatía. Me conmovía el motivo misterioso que le impulsaba a aquella actividad incesante. Y me identificaba un poco con él, yo que no paraba y que, en cuanto estaba en un sitio, me apetecía al instante estar en otro distinto, ir a ver lo que había al otro lado del muro.

Al volver de un paseo, detesto recorrer el mismo trayecto que a la ida. Estudio los mapas detenidamente para descubrir una carretera nueva que me conduzca a un paisaje, un edificio, una curiosidad que todavía no he visto. Cuando fui a Australia, que es lo más lejos que puedo ir en la tierra desde mi casa, me percaté de que la percepción que tenía de esa distancia era equiparable a la idea de no hallar barreras sexuales. Durante esa misma reflexión, me pregunté si la alegría de tener hijos pertenecería a la misma familia de sentimientos. Asocio a estos recuerdos la conducta de Éric, que tanto se esforzaba en organizar el desarrollo de nuestras veladas como lo habría hecho —empleo sus palabras— un «tour—operador». Precisaba que había que «agrandar el espacio».

2. EL ESPACIO

¿No podría ser materia de estudio la razón por la que eminentes historiadores del arte (pienso en André Chastel y en Giulio Carlo Argan) han dedicado al hilo de sus trabajos una creciente atención a la arquitectura? ¿Cómo se produjo esa transición desde el análisis de los espacios representados en la pintura al ordenamiento del espacio real? Como crítica de arte, puede que hubiese sido más proclive a seguir su ejemplo si no hubiera encontrado en el arte moderno y contemporáneo obras pictóricas de las que cabe decir que se sitúan en el umbral entre el espacio imaginario y el espacio que habitamos, ya se trate de las inmensas y perentorias extensiones coloreadas de Barnett Newman (que decía: «Yo declaro el espacio»), del azul irradiante de Yves Klein, que se presentaba como «el pintor del espacio», o de las superficies y los objetos topológicos de Alain Jacquet, que se abren a abismos de paradojas. Lo que caracteriza a esas obras no es que abran el espacio, sino que lo abren y lo vuelven a cerrar, Newman recomprimiendo zips, Klein aplastando los cuerpos de las antropometrías, Jacquet con la soldadura de una cinta de Moebius. Si uno se deja atrapar, es como estar dentro de un pulmón incomensurable.

Portes de París

El aparcamiento de la Porte de Saint—Cloud está situado al borde del bulevar periférico, del que sólo lo separa parcialmente un muro calado. No llevaba encima nada más que los zapatos, pues me había quitado, al apearme del coche, el impermeable cuyo forro me helaba la piel. Primero, como ya he dicho, me colocaron contra un muro perpendicular. Éric me vio «clavada por las pollas como una mariposa». Dos hombres me sujetaban por debajo de los brazos y las piernas, mientras los otros se turnaban contra la pelvis a la que me había visto reducida. En esas condiciones de inseguridad —y de número—, los hombres solían follar rápido y fuerte. Yo notaba las asperezas del muro de perpiaño que me entraban en la espalda y los riñones. A pesar de la hora tardía, todavía había tráfico. El zumbido de los coches, que parecían rozarnos, me producía el sopor en que me sumen las largas esperas en los aeropuertos. Me replegaba en mi fuero interno, con el cuerpo encogido y a la vez liberado de la gravedad. A intervalos, percibía a través de los ojos entrecerrados la luz de los faros que me barría la cara. Los que me sostenían se apartaron del muro y me sentí levantada por dos potentes y simultáneos gatos hidráulicos. Un fantasma activo, que nutría desde hacía mucho tiempo mis sesiones de masturbación, a saber, que dos desconocidos me arrastraban al portal de un inmueble oscuro y me empalaban juntos, como emparedada, uno por el coño y el otro por el culo, cobraba así consistencia en un ambiente opaco en que la realidad y las imágenes fabricadas en mi cerebro se interpenetraban blandamente.

Tuve que despertarme, por así decirlo, cuando mi cuerpo encontró un apoyo normal. Alguien extendió un abrigo sobre el capó de un coche y me tumbaron encima. No es un sitio donde sea fácil sujetarse; resbalaba, no había nada a lo que aferrarme. No me acomodaba

siempre bien a las pollas que buscaban el conducto viscoso. Era el invisible punto de convergencia de un teatro de sombras, salvo cuando los faros arrojaban sobre la escena su luz amarilla como orina. Allí, entreveía al grupo sorprendentemente disperso, podía creer que los que ya habían vertido su lefa se desinteresaban de la continuación de los acontecimientos. Frente a mí se dibujaba la silueta de un vehículo mucho mas alto que los demas, sin duda una camioneta, que quiza habían escogido a modo de toscó biombo.

La llegada al estadio de Vélizy-Villacoublay constituye un recuerdo francamente gracioso. El trayecto había sido tan largo, el conductor de la comitiva se había mostrado tan misterioso sobre nuestro destino, que al descubrir el paraje que se abría como un espacioso claro en medio de los bosques nos reímos a carcajadas. La noche era clara. Cuando uno se esfuerza tanto en encontrar un sitio, ¡suele ser para elegir un espacio menos al descubierto, mas propicio a la complicidad! Además, todo el mundo se dio cuenta de que íbamos a fornicar en medio de los fantasmas de los adolescentes que iban allí los miércoles por la tarde a jugar al fútbol. A las preguntas que no dejaron de hacerle, nuestro guía respondió que, en efecto, conocía el lugar porque muchas veces se había entrenado allí. Parecía cortado, como si le hubiesen obligado a confesar un fantaseo antiguo. ¿Quién no ha soñado con mancillar, con sesiones de jodienda, los lugares mas normalmente inocentes que frecuenta? El grupo se refugió debajo de la pendiente de gradas, tan contrario es a la naturaleza humana copular frente al horizonte o a toda perspectiva demasiado lejana. En cualquier caso, nos protegemos menos de las miradas, que pueden, si es preciso, y mas aún que unos cuerpos, formar una barrera muy segura. Los que follan en una playa, en verano al claro de luna, se sitúan mentalmente en una intimidad que les abstrae de la inmensidad circundante. Nuestro grupo era demasiado numeroso y disipado para crear por sí mismo esa intimidad. Recibí las pollas de pie, agarrada a algún asidero de las gradas, con el vestido simplemente remangado, porque tenía miedo de desnudarme del todo a causa del aire fresco, pero con las nalgas bien al descubierto. Como tengo el talle especialmente arqueado, me presto bien a esta postura. Había, por tanto, una alegre agitación en el perímetro alrededor de mi culo expuesto, mientras que mi mirada, disociada, atravesaba el recuadro de las tablas sobre el césped vacío.

Me parece que de todos modos tuve que estar desnuda. Hubo una broma a propósito de los vestuarios disponibles: por qué no aprovecharlos. Estaban detras de una garita, en cuya fachada había un mostrador porque también debía de utilizarse como cantina. Me tumbé encima, brevemente, por el placer ambivalente de que me palparan y voltearan como a una mercancía de lujo. Yo pataleaba, respiraba profundamente el aire húmedo. El techo de la garita se prolongaba en un toldo suspendido sobre el mostrador. Las paredes de tablas estaban parejas, limpias, no tenían ningún letrero pegado en ellas, y el conjunto poseía una simplicidad minimalista, como esos decorados de teatro, que los escenógrafos conciben muy lejos del realismo, como planos. Me correspondieron las últimas caricias, algunos lameteos de la vulva situada a una altura conveniente y luego, como realmente el trayecto había sido largo, los coches no tardaron en ponerse en marcha.

Muchas de esas aventuras acontecían de noche porque, naturalmente, a esas horas los lugares públicos donde puede reunirse mucha gente, y que se prestan como teatros divertidos para un repertorio que no está previsto, son más accesibles, posiblemente menos vigilados o al menos gozan de una vigilancia complaciente. Así, una amiga de Éric se acordaba de la sensación glacial pero estimulante que una hebilla de cinturón le había

impreso en las nalgas tras haber sido pactado de buenas maneras un trueque entre la pareja y el grupo de motoristas que hacía una ronda por el Bois. También se cree que la oscuridad protege. Pero, para ciertos caracteres como el mío, permite al mismo tiempo agrandar hasta el infinito un espacio cuyos límites no percibe la vista. El seto de árboles que hay a algunos metros deja de ser un obstáculo. De hecho, la oscuridad total apenas existe, y la gente, de todas formas, suele preferir la imprecisión de la penumbra. A mí me gustaría la tiniebla absoluta, a causa del placer que me produciría ser engullida por una capa de carne indistinta. En su defecto, puedo servirme de una luz brutal, porque la ceguera que produce y la imposibilidad en que te hallas entonces de localizar su origen te sumergen en una atmósfera algodonosa donde se disuelven las fronteras corporales. En otras palabras, no temo ser vista por sorpresa, porque mi cuerpo forma parte de la misma trama que el polvo en el aire y que los demás cuerpos fundidos con él dentro de un contínuum. No puedo, por tanto, concebir que haya miradas exteriores.

Durante un paseo, después de cenar, un instinto nos había conducido a Bruno y a mí hasta un terraplén en las inmediaciones del bosque de Vincennes, una zona incierta donde el césped, detenido como por una acera por una franja de hormigón, era seco y ralo. Había allí un banco. Empezamos a estrecharnos sin prestar atención al hecho de que el lugar estaba iluminado por una farola y el lindero del bosque estaba lejos. Podría haber sido una escena de una película de posguerra, en que la cámara se aleja y aísla a los personajes en medio de un halo. Cuando Bruno me levantó el vestido y comenzó a hacerme una paja enérgica, los árboles quedaban fuera de mi campo visual. Aunque no nos dábamos excesiva cuenta de nuestra posible imprudencia, no hablábamos e intentábamos reducir el espacio no haciendo más que gestos cortos, ocupándonos por turnos el uno del otro. Sus dedos horadaban al fondo de mi entrepierna y yo estaba acurrucada contra él, con las piernas cruzadas y apretadas hasta donde permitía la posición de su brazo. Yo había mantenido el pecho cubierto. Cuando era yo la que me inclinaba sobre la turgencia de su pantalón vaquero, él se inmovilizaba, con la cabeza en el respaldo del banco y el cuerpo recto como una tabla. Emprendí una mamada concienzuda, evitando los cambios de ritmo para no suscitar reacciones demasiado vivas. De pronto, una segunda luz, potente, enfocada sobre nosotros, se encendió a lo lejos. Permanecemos expectantes durante un breve instante, incapaces de identificar la naturaleza exacta de aquel rayo ni a qué distancia estaba su origen. Una conducta habitual de Bruno consistía en primero dejarse chupar pasivamente, como a regañadientes, interrumpiendo a veces mi acción y luego provocando su continuación sin previo aviso, agarrándose el sexo él mismo y dirigiéndolo a mi boca, casi como si hubiese preferido introducirlo en ella por la fuerza. Es lo que hizo esta vez, empujando mi cabeza levantada por medio de una presión en la nuca. Mis labios y mi mano recobraron su movimiento acompasado. No sucedió nada que hubiese podido anunciar la iluminación brutal de nuestros fantasmas conjuntados. La luz que me daba de costado era tan fuerte que me deslumbraba a través de mis parpados cerrados. Ejecuté la tranquila felación en el semisilencio de las respiraciones y el baile de las manchas doradas y negras que tenía delante de mis ojos. Luego regresamos, sin comentar demasiado nuestra divertida perplejidad común. ¿Nos habían enfocado los faros de un coche? ¿Era un coche de la policía o el de un mirón? ¿Se había encendido automáticamente un reflector defectuoso? Nunca he acertado a explicarme aquella luz tan bien enfocada.

Al aire libre

Si oyese decir de mí «folla como respira», asentaría tanto mas gustosa cuanto que la expresión podría entenderse en su sentido propio. Mis primeras experiencias sexuales, y muchas otras posteriores, estuvieron situadas en entornas que inducen a pensar que el oxígeno actúa sobre mí como un afrodisíaco. Siento mi desnudez mas completa al aire libre que en un recinto cerrado. Cuando un fragmento de piel —el hueco de los riñones, pongamos— percibe cualquier temperatura ambiente que no sea la normal, el cuerpo deja de entorpecer el aire que entonces lo atraviesa y lo hace mas abierto, mas receptivo. Cuando la atmósfera que abraza el vasto mundo se adhiere como lo harían mil ventosas a la superficie de mi piel, mi vulva también parece aspirada y se dilata deliciosamente.

Cuando un poco de viento se desliza sobre su umbral, la sensación se amplifica: los labios mayores me parecen aún mas grandes, impregnados del aire que los roza. Mas adelante, y con mas pormenores, hablaré de las zonas erógenas. Ya desde ahora sepamos que la menor caricia capaz de despertar ese pasaje descuidado que une la pequeña depresión anal con el triangulo donde se juntan los labios mayores, ese carril menospreciado entre el agujero del culo y la cavidad del coño, es una de las que con mayor seguridad me subyugan, y el aire que se hace palpable en ese punto me embriaga mas que las grandes alturas. Me gusta ofrecer al aire que circula la separación entre mis nalgas y mis piernas.

Debe de haber, en general, un lazo intrínseco entre la idea de desplazarse en el espacio, de viajar, y la idea de follar, pues de lo contrario no se habría inventado esa expresión tan difundida, «despatarrarse»⁴. Todo eso que se suma, las terrazas, los arcones de carretera, los campos rasos, y todos esos espacios concebidos únicamente para ser atravesados, vestíbulos o aparcamientos, son lugares (Marc Augé califica a estos últimos de «no—lugares») donde me sienta bien, a semejanza de lo que son, estar abierta.

La primera vez que me despojé de todo lo que llevaba encima delante de varios pares de ojos yo estaba en medio de un jardín rodeado de una verja sencilla. Ya he contado el episodio. He aludido asimismo a aquel otro jardín cuyo emplazamiento a pico sobre el mar era especialmente interesante. Se extendía delante de la casa y, a pesar de hallarse en el sur de Francia, era poco umbroso. Una parte del suelo, delante de todo, compuesto de piedras planas, servía de solarío. No parabamos de follar allí, incluso a pleno sol. A alguien que hubiese sobrevolado el lugar le habría divertido, como ocurre en un avión, la yuxtaposición de espectáculos diversos. Siempre es curioso divisar las hileras locas de coches en la periferia de la ciudad que se abandona y, de un mismo vistazo, el desierto de los campos. No sólo porque es abrupto el empalme entre las dos imagenes en la intersección de una autopista, sino porque describen cosas que se oponen, se ignoran casi con hostilidad; los automóviles veloces, imantados, parecen despreciar al vehículo aislado que huye hacia el campo. Por encima de Saint-Jean-Cap-Ferrat, se habría podido ver a un grupito humano agolpado a la orilla de una casona enigmáticamente abandonada, pero muy cerca de una carretera donde se cruzaban ininterrumpidamente los coches que se dirigían hacia el cabo con los que volvían de él. Sólo con esfuerzo habrían discernido la frontera que hacía tan mutuamente indiferentes a aquel grupo y aquellos coches. El murete, muy bajo, de piedras grises que cerraba el jardín daba poca sombra, y habría sido difícil advertir que la carretera

se encontraba varios metros mas abajo. Aquel verano yo tenía dos acólitas: mi amiga homosexual y una de esas chicas encontradas por azar en una salida y que, como nos parecían simpáticas, formaban parte del grupo durante las vacaciones. Salvo para dormir y preparar la comida, ocupábamos muy poco del chalé, y la frecuencia de nuestros baños de sol habían hecho de ese pedazo del jardín con terraza el lugar de encuentro que la gente de una casa elige, ¡Y que no es necesariamente el salón ni tampoco el rincón mas cómodo! Todos los días llegaban visitantes nuevos. Con algunos, no con todos, desde luego, el baño de solo la siesta deparaban otras cosas. Era una especie de actividad estival desenvuelta, como si hubiéramos ido a dar un paseo en barco. Judith, que prefería las mujeres, acogía, sin embargo, a cualquiera de los dos sexos que manifestase el apetito de hacerlo con idéntico buen humor, no desprovisto de un vago desapego. Era una chica grandullona, de las que pasan por hermosas porque, como se dice, están bien proporcionadas, moldeadas por un pantógrafo que se hubiese conformado con amplificar el modelo de una chica delgada. Sus pechos no eran pesados sino que tenían forma de sombreros chinos y las aréolas bien centradas. La otra chica, por el contrario, tenía los pechos caídos por encima de un talle y una pelvis alrededor de los cuales dos manos habrían podido juntarse. Yo, tumbada de espaldas, liberando la cara del hombro que la tapaba, vi su busto raquíptico a contraluz sobre el fondo del cielo, las gruesas bolsas de sus pechos agitadas por un movimiento de resaca. Yo pensaba que los bajos de su cuerpo nunca podrían contener lo que tragaban cabalgando a uno de nuestros compañeros particularmente bien dotado. Ella tenía también un carácter angelical, y formábamos un trío sin problemas, de un apetito constante y sin aspavientos. Sucedió que una amiga que nos sacaba a todas la cabeza y que follaba con el cuerpo enroscado, como para dejar más sitio al hombre, más bajo que ella, que la machacaba con entusiasmo, hizo estallar un collar de perlas con la presión de su cuello congestionado. Nada turbaba nunca el tránsito de aquellos compactos pedazos de la tarde, cuyo ritmo lentificaba aún más el ronquido de los motores absorbido por el chirrido de los insectos, y aunque el tintineo de las perlas por el suelo apenas hubiese sido perceptible, y aun cuando la amiga desfalleciente no gimiese más fuerte que las otras, a mí me sorprendió su raptó. Me puse a pensar: «¿Es posible que una mujer conozca un placer tan desbordante que en su cuerpo se opere semejante transformación exterior?» Yo tenía tiempo de observar la mueca pintada en el rostro de algunos hombres o, en otros, la máscara cerrada, ausente, en el momento en que el cuerpo alcanza su máxima tensión, cuando, por ejemplo en la postura clásica, se arquea desde los riñones hasta la nuca, separándose del cuerpo ajeno con el mismo y vigoroso impulso ascensional que la proa de una goleta sobre el mar. Pero miraba mucho menos a las mujeres y, privada del espejo que podrían haberme ofrecido, no me había forjado, pese a que no carezco de tendencias narcisistas, ninguna imagen de mi propio cuerpo en esos instantes. Sabía adoptar la mejor posición y conocía los gestos; más allá, todo se diluía en sensaciones que yo no vinculaba con manifestaciones visibles. Por decirlo así, esas sensaciones no cobraban cuerpo, y menos aún en la suavidad de la intemperie. En las ocasiones en que agradezco que me dejen sola, solía despegarme del gran miriápodo que se movía sobre los colchones de playa para tenderme, tal como estaba, encima del murete. La luz era demasiado fuerte para mirar al cielo. Girando la cabeza hacia un costado, tenía el horizonte a la altura de los ojos; por el otro lado, tenía que cerrarlos debido a la reverberación sobre el suelo de piedras claras.

Combar los riñones y despejar el acceso a mi agujero de delante para que me lo taponen las partes del que está plantado detrás de mí, mientras que ante mi vista se despliega una vasta panorámica: una situación que me encanta. No me privo de ellas, puesto que Jacques tiene predilección por los polvos improvisados en el campo. En la región donde veraneamos, muchos caminos entre viñas no tienen salida. Al llegar a una de ellas, situada en una altura y abandonada, nos acercamos precavidamente para evitar las zarzas y la tapia de piedras secas. Como me da miedo quitarme las zapatillas de deporte, separo todo lo posible los bordes de las bragas para no mancharlas cuando me las quito por los pies. Llevo un vestido camisero que Jacques levanta sobre mi espalda. Con los brazos extendidos y las bragas enrolladas en una mano, tomo un apoyo precario sobre las piedras que oscilan. En esas condiciones no siempre hay preámbulos; Jacques se introduce en la vulva que se ensancha poco a poco, apretando muy fuerte con sus puños la carne a su alcance debajo de mi cintura. Con la cabeza colgante, veo en la cámara oscura de mi cuerpo doblado mis pechos que cuelgan y se bambolean, las ondulaciones rítmicas del estómago y el vientre y luego, al fondo de la estrecha galería, donde la luz reaparece, un poco nada más de la superficie arrugada de sus cojones y, a intervalos, la base de su miembro. Observar el brevísimo, muy acompasado, movimiento de vaivén intensifica mi excitación tanto, si no más, que pulir el manubrio.

Ahueco aún más la espalda y levanto la cabeza para oponer resistencia a la pelvis de Jacques, que me golpea con más ímpetu el culo. En esa ladera del montículo sobre el cual estamos, la maleza ha suplantado a la viña. Cuando el coño se me ha puesto profundamente sensible, no tengo más remedio que bajar las párpados y, a través de las pestañas, entreveo a la derecha el pueblo de Latour-de-France. Conservo la facultad de decirme: «Ahí está Latour-de-France», y de advertir una vez más su situación pintoresca sobre un altozano en medio del valle. El paisaje se ensancha. Conozco el momento en que mi placer ya no aumentará (cuando he tenido bastante, como se suele decir, sea cual sea la intensidad) y dejo correrse a Jacques, cuyas embestidas son ahora más espaciadas, hasta las tres o cuatro sacudidas del orgasmo, mientras me abandono a otro placer creciente: libre, circula y se apega al contorno de cada colina, las distingue unas de otras, y se deja cautivar por la magia de la tinta de las montañas en segundo plano. Amo tanto este paisaje móvil que se revela por paneles que caen pesadamente unos ante de otros, y me hace feliz allí, simultáneamente, verme inundada y rebosante del esperma que brota en alguna parte del fondo de mi vientre.

En una región que se ha conservado silvestre, Céret es una ciudad de porte noble. Tiene muy buenos restaurantes donde cenar. Cuando Jacques y yo llegamos, al caer la tarde, demasiado pronto para sentarnos a la mesa, decidimos subir hasta un camino de arena, que como poco tiene cuatro o cinco metros de ancho. La pendiente es suave, el suelo está nivelado y no tengo que quitarme los zapatos de charol negro y tacón muy alto que me he puesto para la ocasión. Muy cerca del crepúsculo, se acentúa el contraste entre la blancura del camino y la vegetación alta y sombría que lo orilla. Por el lado del vacío, algunos claros nos permiten dominar la imbricación de los planos de tejas rústicas que se opone a la percepción que tenemos de la ciudad cuando, entre sus dignas fachadas de estilo siglo XVIII, caminamos por avenidas bajo un techo de sombra aportado por platanos de treinta metros de altura. Se diría que la llanura, empujada por el mar como un pontón inmenso, ha obligado a la ciudad a acurrucarse contra la montaña. Nos detenemos,

plantados uno delante del otro, y jugamos a localizar, como en un mapa, otros pueblos plantados uno delante del otro. Los hombres cautelosos te ciñen primero los hombros y el pecho, te cosquillean con los labios la base del cuello. Jacques, en cambio, empieza siempre por apoderarse de las nalgas. Comprende de inmediato que no hay nada debajo del vestido de pata de gallo, muy chic, del que me despojo en un santiamén, como si fuese una muda. Su cabecita buscona, que se desliza por detrás, sin tratar de penetrar, me palpa suavemente el coño. Aprieto la espalda contra Jacques. La temperatura del aire es ideal. Se establece una especie de correspondencia entre la extensión que nos circunda y el desplazamiento de las manos de Jacques en su amplio recorrido por mi busto y mi vientre. Me sustraigo, no obstante, a esas caricias porque, incluso cuando la polla esta ya bien tiesa, no me la meto en el coño sin antes haberle consagrado por lo menos una breve felación. Por último, vuelvo a ofrecer el culo. En equilibrio sobre mis talones, con las piernas ligeramente dobladas para estar a la altura del hermoso manubrio lubricado, descanso las manos, con los dedos separados, en mis muslos contraídos. Mantener la postura sin ningún otro apoyo es bastante cansado. ¡Pero qué buen revolcón recibí aquella noche, con el trasero apesado, comprimido, amasado, y el torso proyectado hacia delante, por encima de la llanura del Rosellón, que se disolvía lentamente! Recuerdo claramente que me dije, durante aquellos minutos, en un arranque de conciencia que cristaliza el placer, que algún día tendría que encontrar la manera de fijar por escrito el júbilo extremo que se experimenta cuando los cuerpos acoplados tienen la sensación de desdoblarse. Para comprenderlo, basta imaginar cómo, en las películas dedicadas a las maravillas de la naturaleza, y gracias a un procedimiento de aceleración, los pétalos de rosas inhalan el oxígeno y se desfruncen metódicamente.

Estamos sometidos a leyes sociales, vinculados por ritos familiares: nos atenemos a lo que ahora se llama una «cultura de empresa», y hasta en la intimidad de la vida sexual contraemos costumbres, establecemos un código de uso exclusivo para dos personas, una «cultura de pareja», como si dijéramos. La copulación al aire libre forma parte, pues, de esa «cultura» que tenemos Jacques y yo. De la misma manera que alguna vez he marcado en un mapamundi, con alfileres de cabeza coloreada, las ciudades del mundo donde he estado, podría señalar con un trazo, en mapas del IGN⁵, las ruinas, las rocas, las curvas de un camino, los sotos en que un observador habría podido sorprender, apuntando con sus prismáticos, las trepidaciones de una minúscula silueta bicéfala. Temprano por la mañana, se nos acerca un hombre, sobre el fondo de leche cuajada de las rocas de una montaña escarpada: yo estoy con el cuerpo en escuadra, como de costumbre, con los pantalones cortos apenas remangados, y agarrada al tronco estrecho de un árbol joven y de follaje escaso: ¿estamos de vacaciones en la región? ¿Nos hemos perdido? Cuando se aleja, conjeturamos que tiene encomendado, para evitar posibles robos, vigilar la ermita que era, en efecto, la meta de nuestra escalada. Otra capilla, esta vez en ruinas, pero que todavía conserva muros altos que se yerguen en medio de una planicie rasa, y toda una cuadrícula de muretes en torno, los de una sacristía que se ha desmoronado y por donde apetece pasear soñando con sus habitantes, como en unas ruinas antiguas. La nave, corta, está a pleno sol, el coro en la sombra, el altar, de piedra de color antracita, en perfecto estado. Me tumbo encima de espaldas, demasiado alta para que me ensarten. Jacques se inclina para abrirme el sexo con unos lameteos lúdicos, y yo tengo los ojos abiertos de par en par sobre el cielo recortado por la línea divisoria de los muros negros; es como si estuviera en el

fondo de un pozo. Una vez más terminaremos de pie, en un recinto donde cabe justo nuestro cuerpo, y del que no entendemos bien a qué función habría estado destinado. ¿Rellano? ¿Hornacina de una estatua desaparecida?

Otras ruinas, otro terreno llano, las de una enorme granja fortificada y sus dependencias, y la de la planicie que parece, al borde de la abrupta pendiente, defender todavía. Debo precisar este otro dato de nuestra «cultura de pareja»: una de cada dos o tres veces, la fusión sexual es la guinda de una sesión de fotos. La última, en esta ocasión, ha sido larga y complicada. He llevado diversas vestimentas, algunas frágiles, que me da miedo colgar en los arbustos y los montones de piedras. Siento el mismo temor cuando tengo que cambiarme entre dos poses, sobre todo con un vestido de muselina de seda que se retuerce al viento. Jacques busca contrastes de luz y me hace explorar todas las anfractuosidades de las ruinas. Camino con prudencia sobre el suelo de guijarros porque calzo zapatos de tacón muy fino y con unas punteras que me lastiman un poco. También debo sortear las cagarrutas de cabra, porque antes de que utilizásemos estas ruinas como estudio fotográfico ha servido de pastizal a un rebaño. Escalo los muros descalza, repetidamente, y luego Jacques me tiende los zapatos y yo me los pongo para algunas poses. Para cada una hay que encontrar un término medio entre las posiciones concretas que pide Jacques, a un centímetro casi de la liberación del pubis y la separación de los muslos, o de la adherencia de la blusa transparente, y el más mínimo dolor de mis pies en equilibrio, de mis nalgas posadas junto a unas matas de espinos. Mientras mi mirada recorre los 390º del panorama, mi cuerpo ve reducido hasta un límite estrechísimo su margen de maniobra. Una vez colocada, sólo obedezco ya a mi instructor mediante gestos vacilantes. Le pido, a mi vez, antes de que se agote la provisión de carretes, que me tome algunas fotos finales caminando desnuda por el ancho camino que en suave declive desciende hacia el coche estacionado en mitad del llano. Después de la coerción, necesito avanzar en el aire caliente como un animal de la sabana.

La portezuela abierta del 4 × 4 servirá de biombo inútil; hemos comprobado que no había coche alguno en las proximidades de la única casa habitada de la planicie; que sus habitantes, por tanto, debían de estar ausentes. ¿Es por culpa de las dos horas expuesta a mil agresiones ínfimas de la naturaleza, o más bien se debe a la suspicacia que me asalta de que Jacques haya aferrado recientemente más culos que el mío detrás de esa misma pantalla de chapa? Mi sexo no está preparado. En tales casos, con mano pronta, despego los labios mojándolos con un escupitajo subrepticamente recogido con la punta de los dedos. Habrá todavía un poco de resistencia, pero en cuanto el glande haya forzado la entrada, la mecánica secretora se pondrá en marcha y el cipote entero no tardará en implantarse en un coño perfectamente húmedo. Creo que primero adelanté una pierna para apoyarla en el estribo, tal vez para separar mejor la vulva, pero desde luego, cuando tengo que ponerme de espaldas a mi compañero, nada me gusta tanto como proyectar a empujones hacia él el culo. Para eso debo tener la cintura flexible, y entonces es mejor tener los pies juntos. Cuanto más hacia atrás proyecto el culo, más le concedo fantasmáticamente la autonomía que se le atribuye a la cabeza, porque es la sede del pensamiento que vive su vida, liberada del resto del cuerpo; y mi culo es entonces igual que mi cabeza. En el preciso momento en que iba al encuentro del sexo de Jacques, como si tuviera que uncirlo al mío, con el cuerpo colindante y todo lo circundante, vi mi cara en el retrovisor. Cuando me veo durante el acto, veo facciones desprovistas de expresión. Tiene que haber momentos en que hago muecas,

como todo el mundo, pero cuando por azar topo con mi reflejo en un cristal o un espejo, mi aspecto es algo distinto de lo que creo ser en ese instante; mi mirada es vaga, penetra en sí misma como lo haría en un espacio sin bordes, pero con-fiada, buscando ahí, aunque sin insistir, alguna referencia.

La practica del polvo al aire libre arraigó en la organización de nuestra vida desde el origen de nuestra relación. Las visitas a la abuela de Jacques, en una pequeña ciudad indistinta de la Beauce, incluían la parada obligatoria a la orilla de la carretera. Estacionaba el 2CV en el arcén, cruzabamos un seto, descubríamos el campo que se elevaba lentamente hasta el horizonte, nos zambullíamos en la hierba. Había que pernear de lo lindo para desembarazarse del vaquero estrecho. Extendía mi cazadora debajo de la cabeza por miedo a los bichos, y usaba la de Jacques para protegerme los riñones. Como no había tenido una adolescencia campestre, aprovechaba ingenuamente aquellos retozos precipitados de dos mitades del cuerpo únicamente; de repente mis piernas y mis nalgas no estaban a la misma temperatura que la parte superior cobijada, y Jacques tenía que apañarselas con los muslos trabados por los calzoncillos y el cinturón de los pantalones. Da un placer infantil hacer gozar así las zonas desvestidas, como si las que están resguardadas les brindasen una coartada.

El paisaje mediterráneo en el que pasamos desde entonces unas semanas al año es muy accidentado, pero sus viñedos y su monte bajo no ofrecen apenas escondrijos y menos aún un lecho natural. No hay hierba y, a falta de un árbol, muchas veces he tenido que agarrarme a la portezuela sin cristal de un coche desguazado o al larguero de la abertura de una choza de pastores, con el trasero tanto más saliente hacia afuera porque mis ojos y mi nariz tenían que soportar la podredumbre que contenían.

Hemos recorrido muchas veces un camino que subía hasta las viñas nuevas plantadas sobre roca blanca triturada, camino que por lo demás ahora está parcialmente borrado desde que lo abandonamos. A lo largo de ese trecho elegimos, con el tiempo, algunos lugares favoritos. A media altura, justo antes de hacerse más empinado, se ensanchaba en una plataforma cuya arena, sobre un lado entero, se apartaba para descubrir un grupo de rocas abombadas; habríamos podido divertirnos viendo allí grupas de hipopótamo reventando un río fangoso que, por otra parte, arrastraría bidones abollados y algunas paletas rotas. Allí pude acostarme sobre la superficie lisa de las rocas, y Jacques, apoyándose en los brazos, como un toldo por encima de mí, me asestaba algunos golpes secos de su miembro. Pero de aquel modo no le resultaba fácil entrar suficientemente hondo. La solución era que yo me voltease y me pusiera a gatas, que imitara a la pequeña loba romana que recibe en su peana la ofrenda especialísima de su sacerdote oficial.

Más arriba, el camino formaba un codo. Por un lado daba a un foso utilizado como vertedero cuyo contenido comprobamos, cada vez que pasábamos, que cambiaba misteriosamente: carrocería de máquina agrícola, la cabeza de cíclope de una lavadora, etc. Por el otro lado, lo bordeaba a lo largo de unos metros una roca clara, cortada a pico como una pared. A pesar de la reverberación intensa, fue uno de los remansos que elegimos, pues allí la roca lisa protegía mis palmas, y, por qué no, porque inconscientemente necesitábamos sentir que nuestros cuerpos se desgajaban, en el fondo de aquella pantalla, del batiburrillo circundante. Como no había follaje para procuramos algo con que limpiarnos el sexo, y como no siempre pensábamos en abastecernos de pañuelos, yo me quedaba algunos instantes de bruces sobre la roca, con las piernas separadas, mirando el

esperma salir de mi conejo y caer al suelo como una baba perezosa, del mismo color blanquecino que los guijarros. Más arriba todavía, en la cima de la meseta, el camino moría en un soto donde residuos de un picnic se mezclaban a veces con matas secas, y que quizá hubiese proporcionado más frescura. Pero rara vez nos detuvimos allí. Había que llegar a él y, para cuando llegábamos, a menudo la cosa ya estaba hecha. Jacques no había resistido al cimbreo de las nalgas que le precedían, bajo la falda o los shorts, que es la segunda respiración del cuerpo y que acompasa la marcha, mientras que yo, pensando absorta durante la escalada en su mirada sobre mí, había tenido todo el tiempo de preparar un sexo cuya abertura sólo puedo comparar con la de un pajarilla con el pico incansablemente abierto.

Así pues, por alguna razón indiscernible, la «cultura de pareja» de que hablo devana sus historias en escenarios principalmente bucólicos. Es cierto que follar en caminos vacíos entraña menos riesgos que follar en el portal de una casa. Ello no es óbice para que Jacques con otras y yo con otros hayamos practicado también en parajes urbanos. Pero los pasillos del metro (donde un empleado se aprovecha de la multitud para rozarme imperceptiblemente las nalgas, invitación tacita a seguirle al interior de un cuchitril repleto de cubos y de escobas), los cafés de las afueras (donde hombres taciturnos se reparten mi cuerpo sobre un asiento al fondo de la sala), sólo los he frecuentado, estando con Jacques, en la imaginación. Y además era yo la que le llevaba a esos lugares. He perdido esa costumbre, pero hubo un tiempo en que me gustaba tapizar las paredes de nuestra habitación con esas fantasmagorías, desgranando lentamente las situaciones y las posturas a las que me prestaba, con un tono más bien interrogante, porque aguardaba la aquiescencia de Jacques, otorgada con voz neutra y con la indiferente espontaneidad de quien está pensando en otra cosa —pero no hay duda de que por su parte era una indiferencia fingida—, en tanto su verga me ensartaba suave y largamente. De estas anotaciones extraigo dos conclusiones.

La primera es que cada miembro de una pareja aporta sus deseos y sus fantasmas propios, que se combinan en hábitos comunes, y que al hacerla se modulan, se adaptan unos a otros y, según el grado de realización que espera cada uno, traspasan sin perder intensidad la frontera entre el ensueño y la realidad. Mi obsesión por el número pudo plasmarse en la práctica de una sexualidad de grupo con Claude, con Éric, porque sus propios deseos entroncaban con los míos. Por el contrario, nunca he sentido la menor frustración por no haber participado nunca en fiestas libertinas en compañía de Jacques (ni siquiera cuando él me informó de que lo había hecho sin mí); no era ahí, debo creer, donde se inscribía el reparto de nuestra sexualidad. Bastaba que yo le contase mis aventuras y que adivinara que encontraban un eco en su vida fantasmática, de igual manera que a él le bastaba con tener en mí a una cómplice dócil para sus reportajes fotográficos en campos más o menos contaminados, y un exhibicionismo complacido de exponerse ante su objetivo: aun cuando mi narcisismo habría preferido entornas más halagadores y retratos más idealizados...

La segunda conclusión es que el espacio natural no satisface los mismos fantasmas que el urbano. Puesto que éste es por definición el espacio social, es el terreno donde se expresa el deseo de transgredir los códigos y las pulsiones exhibicionistas/voyeuristas; presupone presencias, miradas desconocidas y fortuitas que podrán penetrar en el aura de intimidad que emana de un cuerpo parcialmente desnudado o de dos cuerpos ayuntados. Bajo las

nubes, con sólo Dios por testigo, buscan una sensación casi inversa; no para que el mundo entre en la bolsa de aire donde se mezclan sus respiraciones rápidas, sino para, por obra y gracia de su soledad edénica, deleitarse en medio de toda la extensión visible. La ilusión, en este caso, consiste en que ambos gozan a escala de esa extensión, que su habitáculo corporal se dilata hasta el infinito. Quizá el balanceo en esa aniquilación que se llama la pequeña muerte sea más sensible cuando los cuerpos están en contacto con la tierra hormigueante de vida invisible donde todo se sepulta. Naturalmente, la mayoría de mis fantasmas masturbatorios se desarrolla en un decorado urbano (amén de los ya mencionados, el siguiente, con frecuencia convocado: un hombre, en el metro atestado, me aprieta su bragueta contra el culo y logra remangarme la ropa para calzarme la polla; la maniobra no pasa inadvertida a otros, que se abren paso entre el gentío con ánimo de relevarle; el vagón se divide entonces entre gozadores y ofuscados que se pelean...: ¡busquen un fantasma más parisino!), y he sabido adaptarme a los arcones de las grandes arterias o a los aparcamientos de la capital. No obstante, creo tener, en definitiva, una preferencia por la amplitud. Ahora bien, la ciudad, la noche, brindan esa ilusión. Al comienzo de nuestra vida en común, cuando Claude y yo volvíamos tarde a nuestro pequeño apartamento de la periferia, había veces en que yo caminaba delante de él y me subía sin previo aviso la falda hasta por encima del orbe desnudo, no para invitarle a que me follase in situ (creo que nunca lo hicimos), ni para escandalizar a un hipotético viandante, sino para aspirar la calle, para absorber su estela fresca con mi fisura temblorosa. De hecho, me pregunto si los hombres de los bosquecillos y los parkings, debido a su número y a su estatuto de sombras, no están hechos de la misma estofa que el espacio, si no iba yo a frotarme contra jirones del tejido del aire cuya trama es sólo, en ese punto, más prieta. Más concretamente: no tengo rival para encontrar mi camino en carreteras extrañas. Tal vez la aptitud para pasar, dentro de un grupo, de un hombre a otro, o para navegar, como ocurrió durante determinados periodos de mi vida, entre varias relaciones amorosas, pertenezca a la misma familia de predisposiciones psicológicas que el sentido de la orientación.

Ciudades y hombres

A lo largo de los primeros años de mi vida adulta, mis experiencias sexuales son indisociables de la necesidad de tomar el aire. Incluso tienen su origen en ella. Perdí la virginidad durante mi primera huida. Había vuelto a pelearme con mis padres. Claude, a quien aún no conocía, llamó a la puerta del apartamento para avisarme de que un amigo con el que yo estaba citada no podía venir. Me propuso que saliera con él. De hecho, su 4L nos llevó hasta Dieppe. Levantamos la tienda a la orilla de la playa.

Algún tiempo después, me enamoré de un estudiante berlinés. No hacía el amor con él (era un joven prudente y yo no expresaba el deseo de hacerlo), pero el armazón de su largo cuerpo extendido contra el mío, sus grandes manos blancas me hacían desfallecer. Quería irme a vivir a Berlín Oeste. El ancho Kudam que ascendía hasta la catedral azul espejeante, los parques de esa ciudad, aunque enclavada, me hacían soñar. Y luego el estudiante me escribió que no era razonable que nos comprometiéramos tan jóvenes. Nueva huida, de nuevo con Claude, a quien seguía viendo, y su 4L. Destino, Berlín, para hablar con el que

quiere romper. Nueva tentativa tonta de cruzar clandestinamente la frontera entre Alemania occidental y Alemania oriental, porque no tengo los documentos exigidos. Entonces el estudiante viene a la frontera para la explicación, y mi primera historia sentimental concluye en una cafetería de un aparcamiento inmenso situado en medio de un bosque, mientras filas de gente y colas de automóviles aguardan ante las garitas de tabloneros.

Conservé, por desgracia, durante años esta propensión a escaparme sin avisar, lo que no era correcto ni con respecto a la persona con quien vivía en pareja ni frente a los que me habían llevado consigo o con los que yo había ido a reunirme, ya los que dejaba para volver a mi casa. Había en ese hormigueo itinerante parte de esa atención alocada de gatito que Claude, Henri, algunos otros y yo prestábamos al Nuevo Mundo del sexo, y que de cuando en cuando nos incitaba a alejarnos en solitario de la fraternidad. La ley tácita habría estipulado que el explorador, a su regreso, contase su aventura. No siempre era así, por supuesto, y de ahí la emulsión de aceite y de agua que componían por un lado nuestros deseos desperdigados y nuestro espíritu libertario por el otro. Partir dos días lejos acompañada por un hombre al que apenas conocía, o bien, como hice durante varios años, mantener una relación asidua con un colega que vivía en Milan, significaba tanto el viaje y la expatriación como la promesa de que iban a acostarme, tocarme y ensartarme de maneras a las que yo no estaba acostumbrada. Si hubiera sido posible, me habría gustado abrir los ojos cada mañana y ver las sombras en un techo todavía inexplorado y, al salir de las sabanas, permanecer unos segundos titubeante en la tierra de nadie de un apartamento del que se ha olvidado desde la víspera en qué dirección esta el pasillo que lleva al cuarto de baño. En ese instante, el cuerpo extendido que dejas a tu espalda, aunque sólo le conozcas desde hace unas horas, pero de cuya consistencia y cuyo olor te han nutrido en ese lapso, es lo único que te proporciona el bienestar inefable del contacto familiar. Cuantas veces no habré pensado, cuando fantaseaba laxamente sobre la vida de las prostitutas de lujo, que eso era una de las ventajas de su oficio. En cuanto al viaje propiamente dicho, en el lapso de tiempo en que se habita cuando ya no se ocupa un lugar y aún no se ha llegado a ocupar otro, reside quizá la fuente de un placer que se mide según la misma escala que el erótico. En el taxi en que bruscamente remite toda la agitación que precede a la partida, o bien en la semiinconsciencia en que me sume la espera en un aeropuerto, llego a experimentar esa sensación perfectamente identificable de que una mano de gigante, desde dentro de mi cuerpo, prensa sus entrañas y arranca de ellas un rapto voluptuoso que irriga hasta las terminaciones más finas, exactamente igual que cuando un hombre posa en mí una mirada indicadora de que se me aproxima mentalmente.

Aun así, nunca he aprovechado los viajes frecuentes y lejanos que ocasiona mi trabajo para multiplicar los amantes. He follado infinitamente menos cuando disponía de un empleo del tiempo más flexible que en París, y cuando hubiese podido beneficiarme de la despreocupación de las relaciones sin futuro. Por más que hurgue en la memoria, no encuentro más que a dos hombres conocidos en el curso de un viaje y con los que haya tenido una relación sexual incluida en el tiempo de ese viaje. Y cuando hablo de una relación, hablo de una sola, entre el desayuno y la primera cita de la jornada con uno, y durante el resto de la noche con otro.

Hay dos explicaciones. Primera, al principio mismo de mi vida profesional, una compañera de trabajo más experimentada me había dado a entender que los coloquios,

seminarios y reuniones restringidas de personas temporalmente cortadas de sus ataduras eran un chollo para el trasiego furtivo en los pasillos de hotel. Yo frecuentaba lugares de citas sexuales mucho más especializados y de una concentración mucho mayor; sin embargo, esto me había chocado tanto como las ropas informes que se ponen, para indicar que están de vacaciones, personas por lo demás cuidadosas de su indumentaria. Con una intransigencia de joven neófita, yo consideraba que follarse —es decir, follarse con frecuencia y con una buena disposición psicológica, independientemente de quién o quiénes fuesen el o los compañeros— era un estilo de vida. Si no, si era algo permitido sólo en determinadas condiciones, durante periodos concretos, ¡entonces era carnaval! (Abro un paréntesis para relativizar este juicio severo. Está ya demostrado que nuestras tendencias sexuales pueden voltearse a la manera de un paraguas viejo, y que el bastidor que nos protege mientras el viento sopla en el sentido de la realidad se vuelve del revés y nos deja empapados en la borrasca de los fantasmas. Una vez más, acercaré en este libro hechos y fantasmas, ahora para poner de manifiesto una chistosa antinomia: a pesar de la moraleja que acabo de expresar, me he excitado mucho imaginando que soy la muñeca hinchable de una pandilla de congresistas nerviosos que me jodían a escondidas unos de otros, en el recoveco de un bar de hotel y hasta en una cabina telefónica, con el cóctel en una mano, y sin interrumpir la consabida conversación con la esposa: «Sí querida, todo va bien, la comida es lo único que no...» Etcétera. Es uno de los fantaseos que con mayor seguridad pueden llevarme a gozar de un estado de degradación suprema.)

En el orden de la realidad, con todo, las aventuras exóticas de la espeleología de los aparcamientos parisinos caben en dos párrafos. El asistente, que enfáticamente me había estrechado contra él en pleno vestíbulo de un hotel, vino en efecto a despertarme a la mañana siguiente. Razonable, me había dejado descansar de nuestros desplazamientos reiterados —era en Canadá— los días anteriores. Empujaba su pelvis con calma. Yo le dejaba hacer sin excesiva convicción, pero le alentaba casi como habría hecho una mercenaria, escogiendo simplemente mi vocabulario en el repertorio más bien amoroso que obsceno. Después, sin afectación, dijo que pensaba en ello desde hacía varios días, pero que había esperado hasta el final de nuestra estancia para no perturbar nuestro trabajo. Tuvimos otras ocasiones de trabajar juntos. Nunca más hizo un gesto de solicitud sexual, ni yo tampoco. Era la primera vez que una relación sexual consumada con alguien a quien volvería a ver no se prolongaba, no impregnaba de una forma natural el mantillo de las relaciones amistosas y profesionales. Debo decir que era en la época de mi vida en que yo intentaba, con más o menos éxito, si no ser fiel, por lo menos refrenarme. Pensaba que aquello eran quizá los deslices veniales de las personas que no eran libertinas. Es la única vez en mi vida que he lamentado vagamente un acto sexual.

Una historia brasileña me deparó un sentimiento más complejo. Era la primera vez que desembarcaba en Río de Janeiro y, de toda la lista de números de teléfono que me habían dado, el de aquel artista fue el único que respondió. Quiso el azar que él conociese muy bien un pedazo de historia de la cultura francesa que era un poco el mío, y charlamos hasta tarde en una terraza tétrica de Ipanema. Transcurrieron varios años, él vino a París, yo volví una o dos veces a Brasil. En Sao Paulo, a la salida de una fiesta organizada con motivo de la Bienal, cogimos el mismo taxi. Dio la dirección de mi hotel. Sin quitar los ojos de la nuca del taxista, le di unos toquecitos en el muslo. Él dio la dirección de su hotel. La cama estaba colocada cerca de un ventanal, y unos rótulos arrojaban sobre él reflejos

amarillos, a lo Hopper. Él no me cubría, sembraba sobre mi cuerpo fragmentos del suyo, cerciorándose de mi presencia con sus manos, sus labios y su sexo, así como con la frente, la barbilla, los hombros, las piernas. Yo me encontraba bien, después de haber caído en el fondo de una migraña que le sobresaltó. Le oía murmurar algo sobre el tiempo, sobre todo aquel tiempo. Con él tampoco hubo una segunda vez. Más tarde, a bordo de otro taxi, esta vez parisiense, mientras yo le miraba, más que le escuchaba, pronunciar palabras solícitas, me asaltó un júbilo intenso: pensaba en la distancia geográfica entre nosotros, en los largos intervalos temporales que separaban nuestros encuentros, sin embargo regulares —de paso por Río, alguna vez me contenté con una llamada por teléfono—, pensaba en aquella ocasión única en que el espacio y el tiempo se habían aunado, y en que todo el conjunto formaba una arquitectura perfecta.

La otra explicación de la parquedad de mis cuadernos de viaje se refiere a cuestiones que he abordado en el primer capítulo. Me gustaban los descubrimientos... siempre que tuviese un guía. Me convenía que un hombre me fuese presentado por otro. Contaba con las relaciones de los unos y los otros en lugar de tener que interrogarme sobre mis deseos y los medios de saciarlos. Por otra parte, tener relaciones sexuales y experimentar deseo eran casi dos actividades separadas; podía desear muy fuertemente a hombres con los que no se consumaba nada y no sentir, empero, la menor frustración. Era una soñadora, dotada para la fabulación; una parte muy grande de mi vida erótica consistía en eso, espoleada por la fricción de la vulva asida entre el pulgar y el índice. Copular realmente respondía a una necesidad mas amplia: abrirme un camino sin asperezas en el mundo. Como he tenido oportunidad de exponer, me movía en el confort de una especie de complicidad familiar, algo que no encuentras cuando pisas por primera vez (y sin recomendación especial) una ciudad lejana.

De muchos hombres, de lo que suelo acordarme sobre todo es de su casa. Esto no me autoriza a despreciar los otros recuerdos que me hayan dejado, es mas bien que no son dissociables de su ambiente y que a partir de una reconstrucción espontanea de este último rememoro un momento de amistad amorosa o detalles de la disposición de los cuerpos. El lector quizá se haya percatado: planto enseguida el decorado. Allí donde mi fisura íntima ha consentido acceso, abro de par en par los ojos. Cuando era muy joven aprendí de esta manera, entre otras, a orientarme en París. Un amigo arquitecto que me recibía en su picadero parisino, situado en el último piso de un edificio nuevo, lo bastante alto como para que la vista, desde la cama, se zambullera en el cielo, me señaló que, desde mi casa, en la orilla derecha, rue Saint—Martin, hasta la suya, en la ribera izquierda, arriba de la rue Saint—Jacques, sólo había que seguir una línea recta. Empecé a amar los Inválidos acompañando a mi amigo dentista a casa de una amiga suya. Ella había sido una cantante de variedades famosa en los años cincuenta y había conservado el encanto insulso y afectado de las fundas de disco de aquella época. Ella se dejaba hacer, tibiamente, y yo me distraía jugando sola a la esteta, despreciando los veladores repletos de una colección de tortugas de todos los tamaños, de piedra o porcelana, y buscando a través de las ventanas las proporciones sublimes de los edificios de la explanada. Cada vivienda orienta una circulación específica de la mirada. En casa de Éric, la cama era el centro de expedición de un caleidoscopio de objetivos de cámara, de pantallas y de espejos; en la de Bruno, conforme al modelo del taller de Mondrian, un búcaro con flores era el único punto de focalización de un espacio en que los largueros de puertas, las vigas, la hechura de los

armarios y muebles parecían de una sola pieza y todos homotéticos, como si el mismo volumen repetido hubiese servido para funciones distintas, y la mesa grande, por ejemplo, hubiera sido la réplica de la cama sobrealzada.

Llevo conmigo la dulce nostalgia de grandes pisos situados en grandes ciudades italianas. Cuando comenzó mi colaboración con Enzo, él vivía en Roma, me parece que en un barrio periférico, en uno de esos edificios de color ocre separados por zonas inciertas. Comparando ese barrio con el de extrarradio donde pasé mi infancia, me asombró que hubiese tantos espacios yermos. Una especie de urbanismo feudal debía de imponer que cada fachada proyectase por la noche su sombra completa sobre el suelo. En el interior, las dimensiones de los cuartos eran mucho más grandes que las de pisos en edificios de categoría equiparable en Francia. La voz resonaba en el cuarto de baño, y el embaldosado que cubría el suelo del apartamento daba la impresión, por su limpieza, de que el espacio era aún más perceptible, como si alguien acabase de lavarlo en homenaje a tu visita. Al cabo de uno o dos años, Enzo se afincó en Milan. Los edificios eran más antiguos, los pisos aún más espaciosos, los techos más altos. No había más mobiliario. ¡Qué agradable era deambular sin nada encima, tan nueva como la pintura clara de las paredes, tan cerca de tu propia esencia como la habitación ocupada únicamente por una cama y una maleta abierta! Quitarte el jersey, dejar caer la falda provocaban una demanda de aire que me vivificaba el cuerpo.

En el umbral

Al saber que nací en una familia de cinco miembros alojados en un apartamento de tres piezas se comprenderá que haya asociado hasta este extremo el amor físico con la conquista del espacio. Así que la primera vez que huí de aquel lugar fue la primera vez que follé. No me marché para eso, pero así ocurrieron las cosas. Los que se han criado en familias más pudientes, donde cada cual dispone de una habitación propia y la intimidad, por lo menos, se respeta, o también los que han podido seguir el camino de los escolares en el campo, quizá no hayan vivido la misma experiencia. El descubrimiento del propio cuerpo no ha sido tan tributario de la necesidad de ensanchar el espacio en que el cuerpo se desplaza. Yo, por el contrario, he tenido que recorrer distancias geográficas para acceder a partes de mí misma. He hecho en 4L el trayecto París-Dieppe y dormido frente al mar para aprender que poseía en alguna parte, en una región que no podía ver y que todavía no había imaginado, una abertura, una cavidad tan flexible y tan profunda que la prolongación de carne que hacía que un chico fuese un chico, y que yo no lo fuese, podía guarecerse dentro.

La expresión ha caído en desuso, pero antiguamente se decía que un chico o una chica de los que se pensaba que ignoraban el proceso en virtud del cual se reproduce la especie humana, y en consecuencia el modo en que se mezclan el amor y la satisfacción de los sentidos, eran «inocentes». Yo permanecí «inocente» casi hasta vivir la experiencia directa del primer acto de ese proceso. A los doce años tuve las primeras reglas. Mi madre y mi abuela se alarmaron, llamaron al médico, mi padre asomó la cabeza por la puerta y me preguntó riéndose si sangraba por la nariz. Ésa fue toda mi educación sexual. Yo no sabía muy bien de dónde venía aquella sangre y no sabía distinguir entre el conducto por el que

salía la orina y la vía por donde llegaban las reglas. Un día, el médico me explicó con tacto que tenía que lavarme un poco mas profundamente de lo que lo hacía con el guante de baño, porque si no, me dijo olisqueando el dedo envuelto en goma que me había examinado, «no huele muy bien». Terminé sospechando algo con ocasión de un escandalo provocado por un concierto de rock. Mi madre y sus amigas habían comentado el suceso en mi presencia. El concierto había ocasionado violencias y la policía había intervenido. «¡Por lo visto había chicas desenfrenadas que se apoderaron de las porras de los polis para metérselas!» ¿Metérselas dónde? ¿Por qué las porras, precisamente? Estas preguntas me acosaron largo tiempo.

Era una adolescente, pero persistía en la misma ignorancia que la que envolvía mi onanismo infantil. Desde muy pequeña, había comprendido que ciertos juegos me proporcionaban una sensación exquisita que no admitía comparación con nada. Jugaba a las muñecas de una forma peculiar. Formaba con la entrepierna de mis bragas una franja de tela espesa que encajaba en el surco entre los muslos y hasta la divisoria de las nalgas, y me sentaba de tal manera que el tejido penetrase un poco en la carne. Acomodada así, cogía la minúscula mano cóncava de un muñequito de celuloide y la paseaba sobre una muñeca Barbie desnuda. Mas tarde, sustituí la acción de las bragas comprimida por la fricción de dos abultamientos delante del surco. Ya no jugaba a muñecas, sino que me colocaba en una situación analoga a la de la Barbie y disfrutaba del mismo régimen de caricias. Tal vez porque esta actividad me procuraba una satisfacción tan grande no intentaba averiguar mas cosas sobre la manera en que un hombre y una mujer estan juntos. Pues bien, a esto quería yo llegar: mientras que, en mi cerebro, las manos de varios chicos me recorrían todo el cuerpo, éste, en la realidad, permanecía acurrucado, casi paralizado, salvo por el movimiento de vaivén, de apenas unos milímetros, de mi mano hundida en la ingle. Mi madre ya no dormía con mi padre desde hacía varios años. Él se había quedado en el antiguo dormitorio de matrimonio y ella compartía conmigo una cama grande en la segunda habitación, y mi hermano ocupaba una cama pequeña colocada al lado. Aunque no nos hayan dicho nada, sabemos por instinto qué actividades debemos ocultar. ¡A qué paradójica pericia no habré tenido que recurrir yo para lograr darme placer en una cuasi inmovilidad, casi en apnea, para que el cuerpo de mi madre, que me tocaba al darse la vuelta, no notase que yo vibraba! Quiza la obligación de excitarme mas con imagenes mentales que con caricias explícitas propiciara el desarrollo de mi imaginación. Pese a todo, ocurrió: he aquí que mi madre me zarandeaba llamandome pequeña viciosa. Cuando acompañé a Claude hasta Dieppe, ya no dormía con mi madre en la misma cama, pero había conservado —durante largo tiempo— la costumbre de masturbarme con el cuerpo ovillado como un perro de caza. Por último, podría decir que, cuando abrí mi cuerpo, aprendí ante todo a desplegado.

El espacio rara vez se abre de golpe. Incluso en el teatro, cuando hay todavía un telón que se levanta, levantarlos es en ocasiones laborioso, la tela pesada se alza lentamente o bien, con el escenario revelado a medias, el mecanismo se agarrota, una resistencia oculta posterga unos segundos la entrada del espectador en la acción en la que va a participar mentalmente. Es bien sabido que concedemos un valor especial a los momentos y a los lugares de transición. La voluptuosidad que experimento en las salas de espera de los aeropuertos es quizá el eco lejano de aquel acto de emancipación de mí misma que cumplí al aceptar la invitación de Claude a seguirle y al franquear la puerta sin saber lo que me

esperaba al final del viaje. Pero el espacio nunca es más que un inconmensurable globo perforado. Inflalo brutalmente y puede que te juegue la mala pasada de contraerse con igual brusquedad.

Debía de tener trece o catorce años cuando presencié una tardía «escena primitiva». Al salir al pasillo, vi en el umbral de la puerta de entrada a mi madre y al amigo al que recibía en casa cuando no estaba mi padre. Se dieron un besito nimio, pero ella tenía los párpados bajados y los riñones arqueados. Me lo tomé a mal. Ella se tomó a mal que me lo tomase así. Tres o cuatro años más tarde, vi a Claude por primera vez en el quicio de la misma puerta. Era en el mes de junio. Llegamos tarde a Dieppe y encontramos una plaza en un camping. Apenas se veía lo suficiente para montar la tienda. En aquella época, era corriente que los estudiantes, la víspera de un examen, tomaran anfetaminas que los mantenían despiertos y les permitían estudiar de noche. Claude debía de haber tomado alguna para no sentir el cansancio al volante, y me ofreció un comprimido. Dentro ya de la tienda, no dormimos. Cuando me preguntó en voz baja si podía penetrar, yo temblaba. No sabría decir si era a causa de lo que iba a ocurrir o de lo que había ingerido. De todos modos, estaba en la incertidumbre más total respecto a mi estado. Unos meses antes, había tenido un ligue un tanto fuerte. El chico había puesto su sexo sobre mi vientre desnudo; eyaculó allí. Al día siguiente me vino la regla. Mis conocimientos de fisiología eran tan confusos que pensé que se trataba, quizá, de la sangre de la desfloración. ¡Sobre todo porque luego estuve esperando mucho tiempo las reglas siguientes (el ciclo de las jovencitas es con frecuencia irregular y se trastorna por choques emocionales) y creí que estaba embarazada! Le dije a Claude que «sí» si volvía a preguntármelo llamándome por mi nombre de pila. Él no debía de esperarse una condición semejante, y de buena gana repitió varias veces: «Catherine.» Cuando se retiró, vi apenas una fina huella parda en lo alto de mi muslo.

A la mañana siguiente, prácticamente no salimos de la tienda, que tenía el sitio justo para los dos. Nos montábamos el uno al otro y nos volteábamos, separados de la gente que había al lado, encima, tan sólo por la tela a través de la cual se filtraba una luz color de arena. En una tienda vecina había una familia. Oí a la mujer que preguntaba con tono irritado: «¿Pero qué hacen ahí dentro? ¿No salen nunca?» Y el hombre, apacible, le respondió: «¡Déjales! Están cansados. Descansan.» No obstante, abandonamos nuestra guarida para comer algo en una terracita. Yo estaba un poco flipada. Al volver a la tienda, observé que la playa y el terreno de camping en la retaguardia estaban totalmente cortados por un acantilado perpendicular al mar.

Ya no recuerdo exactamente cómo me recuperaron mis padres, pero no fue sin drama ni por mucho tiempo. Unas semanas más tarde sucedió el episodio del jardín de Lyon que se refiere al principio de este libro. Varias semanas después, me fui a vivir con Claude. La escapada a Dieppe me había «convertido en mujer» y había conquistado el derecho inherente a ir y venir a mi antojo. Sin embargo, vistos a distancia, los retozos en la tienda parecen un juego de niños. Me recuerdan cómo me ocultaba a la vista de los adultos tapándome con la sabana para crear el espacio angosto, pero vital, de una casita propia. Entregarse a una actividad prohibida en un lugar regido por la ley común, mal protegido por una pantalla demasiado delgada o imperfecta, por una fronda, hasta por un seto humano cómplice, pertenece, al menos en parte, a un mismo ludismo. Es un mecanismo de transgresión absolutamente elemental que, paradójicamente, tiene menos de extraversión que de introversión; no nos exhibimos, nos replegamos sobre nuestro placer íntimo

fingiendo desconocer que accidentalmente puede hacer irrupción ante espectadores que no están preparados para contemplarlo o que incluso podrían malograrlo.

3. EL ESPACIO REPLEGADO

Nichos diversos

LA exploración de los cotos vedados de la periferia parisina no me producía solamente la euforia de los grandes espacios, sino que se transformaba en la del juego del escondite: el corolario. Así, en una calle bastante despejada, a dos pasos de la embajada de la URSS, hallé refugio en la trasera de una camioneta del ayuntamiento de París, evidentemente porque en el grupo figuraba un empleado municipal. Los hombres entraban por turnos. Yo estaba en cuclillas para chuparles o acostada y encogida de costado, tratando de ofrecer mejor el culo para facilitar su penetración. Detrás, no había nada pensado para suavizar el contacto con la chapa ondulada, y las sacudidas me hacían bastante daño. Pero habría podido permanecer agazapada allí toda la noche, menos anquilosada a causa de la penosa postura que entumecida por la atmósfera del nicho inadecuado en que estaba ovillada y en el que me hundía, como parece que ocurre en ciertos sueños opacos, y miraba cómo me hundía. No tenía que cambiar de sitio: a intervalos regulares la puerta de atrás se levantaba, el hombre saltaba dentro, una nueva silueta se colaba. En el pequeño vehículo bamboleante, yo era el ídolo inmóvil que recibe sin pestañear los homenajes de una serie de fieles. Era la que me imaginaba ser en algunos de mis fantasmas, por ejemplo en el que me encontraba en una garita de portero, sin nada más que el culo asomando tras la cortina que oculta la cama, ofrecida a una larga cola de hombres que se calientan los pies golpeando el suelo y se increpan. Una camioneta 2CV vale igual que una portería. Pero abandoné mi baldaquín de chapa antes de que todo el mundo hubiera desfilado. Éric, que montaba guardia, me lo explicó al día siguiente: por un lado, los tíos, muy excitados, comenzaban a observar un comportamiento imprudente; por otro, la camioneta amenazaba con volcar.

Las cabinas de un semirremolque están mejor adaptadas, ya que disponen, en particular, de una litera. Nunca veo a las chicas que esperan a la orilla de la carretera, con el cuerpo hecho de una colección de accesorios desaparejos, de un balconnet que brilla en el escote de la blusa, que desentona con la minifalda, y de ligas que se escapan por debajo de esta última... sin pensar en el pequeño impulso que deberán imprimir a una pierna cuando tengan que subir al estribo y reunirse con el cliente que haya parado su vehículo. He conocido ese impulso que hay que dar al cuerpo y la breve ascensión que sigue y que lo eleva hasta dos forzudos que lo reciben con bastante delicadeza, acostumbrados como están a medir sus gestos en el estrecho habitáculo. Yo tenía la suerte de no tener que anunciar un precio ni haber tenido que esperar en el frío. Tampoco hacía grandes dispendios en ropa. Sólo llevaba encima un abrigo o un impermeable, que se abría como si fuera un albornoz en el momento de trepar. En una ocasión, en el hueco de la litera —era, por azar, un camión de International Art Transport, uno de los transportistas principales de arte, que estacionaba cerca de la Porte d'Auteuil—, recibí caricias sofisticadas. Aquella vez

me atendió uno solo de los camioneros, y se tomó tanto tiempo que me sorprendió que me besara en la boca y siguiera acariciándome después de haber gozado. El otro miraba al principio, ajustando el retrovisor, y luego se volvió de costado, pero no me tocó. Nos demoramos, hablamos, fue una relación muy cordial.

La litera en que te acurrucas pertenece, por excelencia, al universo infantil. Jacques y yo compartimos una, en un vagón de segunda clase, al volver de Venecia en época de huelga, atrapados en compañía de una familia numerosa. Tuvimos que organizarnos. Nos habíamos agenciado una sola litera para los dos, situada arriba del todo, donde hace más calor y a la que se accede tras una gesticulación peligrosa y ridícula. Los padres se habían reservado las dos literas de abajo, y los niños se repartieron como pudieron en las tres restantes. Adoptamos entonces una de esas posturas indolentes de las que la humanidad continuará extrayendo durante largo tiempo la delectación más cierta, aunque para ello tuviese que olvidar la enciclopedia del Kamasutra, a saber, que nuestros cuerpos estaban apretados en un arco cóncavo y yo me calentaba las nalgas contra el regazo de Jacques. Cuando todas las luces estuvieron apagadas, nos bajamos los pantalones y follamos a fondo. Sin decir palabra y sin siquiera un breve gemido camuflado de suspiro de gusto, sin más movimiento que la imperceptible contracción de las nalgas que apenas provoca un balanceo de la pelvis. Sabe de lo que hablo quien se haya visto obligado a alcanzar el placer en una promiscuidad indeseada (dormitorio de internado, domicilio familiar exiguo...): el placer se alcanza porque uno ha asumido el silencio absoluto y la práctica teta- nización de los cuerpos, condiciones previas para obtenerlo, y que lo vuelven tanto más intenso. Se comprende que uno pueda luego tratar de recrear, más o menos artificialmente, esta situación de promiscuidad, y que algunos escojan para ello los recovecos más insospechados y los más expuestos.

En aquella litera, atenta a las respiraciones que cerca de nosotros suspendían su ritmo acompasado cuando el tren daba un traqueteo un poco más brusco, tuve miedo —yo, que no habría dudado, quizá, en levantarme la falda en el andén si Jacques me lo hubiese pedido—, miedo a que los niños adivinasen lo que estábamos haciendo. Se habían cambiado las tornas con respecto a la cohabitación con mi madre en la cama; seguía siendo, desde luego, la misma que se entregaba a la actividad clandestina, pero me había convertido en la adulta capaz de menospreciar la reacción del niño. A decir verdad, no había olvidado el pudor que entonces sentía, un pudor que a esa edad es más intransigente de lo que se cree, y que adoptamos precisamente porque entraña una superioridad de la infancia sobre la edad adulta. En otras palabras, no temía el juicio de los adultos, pero sí el de los niños. Temía mostrar ante sus ojos no algo que ellos no debían conocer todavía, sino algo serio, precioso, que no se divulga a tontas y a locas. Debido a que mantenía relaciones con padres de familia, en dos ocasiones estuve a punto de ofrecer a niños un espectáculo más consumado que la escena del beso a hurtadillas de mi madre con su amigo. La primera noche —la única, de hecho— que pasé con Robert en su casa, le vi atrancar la puerta de la habitación con el respaldo de una silla. Me digo a mí misma: «Vaya, ¡conque funcionan esas artimañas que se ven en las viejas películas de aventuras!» Por la mañana, su hija sacudió la puerta, reclamando ver a su padre antes de irse a la escuela. Él le gritó muy fuerte que fuera a prepararse, que enseguida la vería. Y así lo hizo. En vacaciones, a la hora de la siesta, el hijo de Éric llamó a su padre desde detrás de la cortina de cotonada que aislaba el cuarto. Éric se despegó de mi pecho, apoyándose en un codo, a la manera en que la tapadera de una

caja gira sobre una bisagra, y fue como si el diablo saltara de la caja. «Lárgate», tronó, desquiciado. «¡Vete de aquí, déjame dormir!» Las dos veces tomé partido por el niño regañado.

Cuando adelantas en moto a un vehículo muy grande, por poco viento que haya sobreviene un instante preciso en que el aire se apodera de ti. Ese instante surge cuando ya has alcanzando la cabina del camión, justo antes de que empieces a girar a la derecha. La corriente de aire que se produce imprime al tronco un doble movimiento de torsión. Un hombro se proyecta hacia delante, el otro hacia atrás, y el movimiento se invierte con la misma brusquedad. Eres una vela que flamea al viento. Unos segundos antes hendías el espacio que tenías delante. De repente, ese espacio se cierra y te zarandea, te incordia. Me gusta esa sensación y sé identificada en otras circunstancias muy distintas: sentirse en el corazón de un espacio que se abre y se cierra, se expande y se encoge. Y al igual que una goma que estiras y que luego sueltas por descuido vuelve para azotarte la mano que la sujeta, así también eres en ese espacio, durante breves secuencias, alternativamente un sujeto que apresa lo que le circunda (aunque sólo sea con la mirada) y un objeto apresado. Así ocurrió en un sex-shop. Me agradaba visitarlos con Éric. Mientras él entretenía al vendedor con sus pedidos siempre sumamente concretos, porque se mantenía al corriente de las últimas novedades, sobre todo en el campo de los vídeos, yo daba vueltas por la tienda. La primera imagen captada, sea la que sea (una chica que separa con los dedos manicurados su vulva carmesí, con la cabeza ligeramente alzada vista en perspectiva, la mirada flotante por encima del cuerpo y la misma expresión que la de un enfermo que se busca los pies en el extremo de la camilla; otra sentada sobre los talones, en la pose tradicional de la pin-up y que se sostiene con las palmas abiertas la tetambre más gruesa que su cabeza; el joven vestido con un terno que empuña su polla en dirección a una mujer madura en cuclillas al borde de su escritorio [ella es abogada o directora de empresa]; y hasta los culturistas destinados a la clientela homosexual, con tapabarros ceñidos que parecen proporcionalmente minúsculos), cualquier imagen, gráfica, fotográfica, cinematográfica, realista o caricaturesca (un maniquí que posa en las páginas de calzoncillos de un catálogo de venta por correspondencia; las gruesas gotas de una eyaculación que desborda los márgenes de un cómic), toda imagen, digo, me produce al primer golpe de vista el desfallecimiento característico en lo más hondo de la entropía. Hojeaba las revistas disponibles, giraba, circunspecta, las envueltas en celofán. ¿No es algo fantástico poder excitarse libremente, a la vista de todos los demás clientes que hacen lo mismo, aunque se comporten como si fisgonearan en los expositores giratorios de un quiosco de prensa? ¿No es de admirar el aparente desapego con que en esos locales se examinan fotos u objetos que, en tu propia casa, te hacen perder la compostura? Jugaba a trasplantarme a un mundo mítico en el que todas las tiendas ofrecían, entre otras, el mismo género de mercancías, y donde, como si nada, te dejabas invadir por una sensación cálida, absorta en la contemplación de órganos cuya cuatricromía reproducía perfectamente la humedad y que se exponían a continuación, sin vergüenza, a la vista de los vecinos de compartimento. «Perdone, ¿puede prestarme su periódico?» «Faltaría más.» Etc. La tranquila evidencia que reina en un sex-shop se extendía al conjunto de la vida social.

Entrar en la trastienda donde está el peep-show es como llegar tarde al teatro. Te encuentras sumergida en la oscuridad, en un pasillo circular que da acceso a «palcos». No hay que dar propina a la acomodadora; en cambio, has llevado monedas para alimentar la

iluminación de la ventana pantalla que da sobre un plató en el centro del tinglado, en el cual una chica o una pareja realizan contorsiones de una lentitud irreal. En la cabina esta tan oscuro que nunca he conseguido percibir nada de nada, ni siquiera los tabiques; es como estar en un vacío. Del plató, sin embargo, emana una luz tenue, azulada, un rayo de la cual se posa en la base del miembro que he tomado en la boca, de suerte que mi espacio perceptible se reduce a ese trozo de carne arrugada y erizada de pelos que trago rítmicamente. Puede que Éric llame al cajero para cambiar un billete por mas monedas de diez francos. Vuelta hacia el lado de la ventana, no reconozco las manos que empiezan a deslizarse sobre mis nalgas al descubierto, manos y también nalgas de las que podría creer que estan muy lejos de mí, ellas también al otro lado de una pantalla. Justo después de haber entrado en la cabina, nos palpamos como ciegos, con la mirada concentrada en el espectáculo que hemos comentado. Estamos de acuerdo en que la chica tiene un hermoso felpudo. El tío esta un poco demasiado bueno. A Éric le gustaría vernos a mí y a la chica haciéndonos una paja mutua. Pregunto si podríamos verla después, etc. Luego nos atrapa la aceleración de nuestra propia mecanica: la pareja en la luz azul se desencarna; no es mas que la proyección lejana, apenas consciente, de las imágenes que forjan en su cerebro los que se manipulan en la oscuridad. «Ah», exhala sordamente la sombra que se columpia encima de mi espalda, plantandose en mi culo con un poco mas de firmeza.

El intercambio fantasmático entre el espectáculo y la acción real, en un peep-show, cuando se folla allí, no tiene la fluidez de lo que ocurre cuando se mira un vídeo o una película en la televisión, aflojando de vez en cuando el propio abrazo para seguir el desarrollo de la acción en la pantalla y encontrar en ella el pretexto de un cambio de postura. Mientras que el hormigueo de los pixels borra las fronteras hasta el punto de que el espacio que se ahonda en ellos es casi una extensión del espacio que uno ocupa, el cristal del peep-show es una cesura que materializa la separación entre las dos partes simétricas, que es franqueable pero que sigue siendo tangible. Otros dos factores coadyuvan a esta impresión: la película pornográfica posee una trama, por esquemática que sea, que absorbe la atención, mientras que la acción en un peep-show es poco evolutiva; por último, se puede proyectar la película continuamente o pasar la noche delante del televisor, pero la cabina sin fondo tiene un límite: el del tiempo que en ella está medido, sincopado por las paradas del interruptor eléctrico.

¿Quién no tiene en sus recuerdos esos besos voraces entre lenguas que, utilizando de pronto sus propiedades de músculos, dotadas de una longitud y de una fuerza de adherencia monstruosas, se exploran entre sí y también el relieve completo de la boca y los labios del compañero, y que confieren pleno sentido a la expresión «morrean»? ¿Ese alarde obsceno no se realiza acaso en el umbral de una puerta, al pie de la escalera de un edificio o en el rincón de un portal, donde están los interruptores que precisamente no hemos pulsado? Cuando eres adolescente no sueles disponer de un espacio propio y no tienes más remedio que proceder al despelote carnal en lugares semipúblicos como las puertas cocheras, los huecos de escalera y los rellanos. He hablado más arriba de la necesidad que tiene en particular la población púber urbana de conquistar su propia esfera íntima en espacios prohibidos. El instinto sexual que la civilización ha relegado al secreto fluye al principio y espontáneamente no detrás de la puerta de una alcoba, sino en zonas de paso que pertenecen a todo el mundo y donde los usos de la cortesía alcanzan su más alto grado

de contención: «Buenos días. Buenas tardes. Disculpe, por favor. Usted primero...» Etc. Cuántas veces una mano palurda me habrá manoseado un pecho en el mismo lugar en que los vecinos solían sujetarme la puerta. Incluso llegada al estatuto de adulta emancipada, era capaz todavía de mostrar bastante impaciencia masoquista para, en un vestíbulo enlosado, iluminado a través de un tragaluz por la luz de las farolas, dejarme zarandear como un saco, mientras permanecía sentada sobre el radiador, con las rodillas debajo del mentón y los tubos de hierro marcándoseme, a cada empellón, un poco más en la grasa del culo. Por consiguiente, ¿no podemos preguntarnos si el gusto por la transgresión que empuja a los adultos a escoger lugares semejantes, y otros aún más frecuentados, incómodos o insólitos, para consumir el acto sexual, no corresponde a una transgresión que podríamos llamar «primaria», y si su «perversidad» no es imputable a una inmadurez venial?

Antes de que me fuera dado conocer esos juegos de pistas que se juegan en el Bois de Boulogne o el tiiovivo de la Porte Dauphine, los recorridos en compañía de Henri y de Claude me permitieron practicar el magreo a hurtadillas, a veces bastante osado, en las partes comunes de las viviendas parisinas. A la hora de los ladrones, nos perdemos en un conjunto de edificios en busca del piso de una amiga. Aunque sea una artista y muestre un comportamiento desenvuelto y travieso, es una burguesa —estamos en el bulevar Exelmans—, que además es la amiguita de un hombre que es el «jefe» de Henri y el mío. El objetivo es pueril. Vamos a llamar a su puerta y hacernos perdonar nuestra irrupción con carantoñas. La intención oculta es que uno de los chicos, como mínimo, consiga clavar su minga tenaz en el fondo de la almohadilla de carne húmeda, impregnada de olor a sueño. Pero necesitamos saber exactamente en qué edificio y en qué piso esta la durmiente. Seguro de sí mismo, Claude comienza a explorar planta por planta uno de los edificios, permitiendo, adrede, sin la menor duda, que Henri y yo nos entretengamos en otro donde la búsqueda resulta infructuosa. Henri tiene siempre gestos tiernos, dedos un poco yertos que parecen servirle más para designar las cosas que para cogerlas. Yo actúo, por lo general, de una forma más directa. De pie, pegados uno a otro, empezamos por roces de nalgas. Las mías están desnudas debajo de la falda. Él no posee una corpulencia mucho mayor que la mía y me agrada coger con la mano el culo de un hombre, así como enlazar con facilidad su cuerpo. He frecuentado a hombres grandes y fuertes pero no he desdeñado la seducción de los pequeños. El equilibrio entre el volumen de un hombre y el mío, el reparto, que puedo creer equitativo, del esfuerzo físico en el acoplamiento, me proporcionan un arrebató especial que probablemente contiene un deseo de feminizar al hombre en cuestión, y hasta una ilusión narcisista: al besar a un hombre experimento el mismo placer que él al besarme a mí.

En las páginas que siguen, espero describir como es debido la embriaguez que me embarga cuando me llena la boca un miembro turgente; uno de los componentes de esa ebriedad es identificar mi placer con el del otro; cuanto más se inflama, cuanto más netos son los gemidos, los estertores o las palabras de aliento, tanto más me parece que exterioriza el apetito loco que se manifiesta en el fondo de mi propio sexo. De momento me afano en recrear la escena con Henri, sabiendo que le mamé con un ardor, me dijo él, que le asombró. ¿Cómo me conduje? ¿En respuesta a la presión instintiva de los pubis respectivos me dejé caer a sus pies, deslizando el anillo de mis brazos a lo largo de su cuerpo sin soltarlo e, hincada de rodillas, como tengo por costumbre, primero paseé mi cara, mejillas, frente, barbilla, por un relieve cuya forma y dureza siempre me han hecho pensar en un

grueso huevo de zurcir? La luz se apagó. Henri se me unió sobre la alfombra en el suelo y nos acurrucamos al pie de las escaleras, frente al hueco del ascensor. Liberé el objeto aprisionado detrás de la botonera tirante de la bragueta y le ayudé a cobrar la forma conveniente por medio de un movimiento lento y regular de la mano. Después, con mi cabeza agachada entre sus piernas dobladas, tuve que proseguir con un vaivén similar de los labios. Interrumpió mi acción la luz que volvió a encenderse. Sentí el martillo del miedo que me golpeaba en el pecho y resonaba en mis oídos, y su eco que llegaba hasta zonas voluptuosas del bajo vientre... La luz no produjo ningún ruido. Durante la espera, mantuve la mano, por reflejo, posada como una tapa sobre la verga demasiado hinchada para regresar a su decente alojamiento. Luego, tranquilizados, nos acomodamos mejor sobre los peldaños. Algunas normas de la jodienda, sobre todo cuando el escenario se presta mal a las efusiones, se asemejan a las de la cortesía: cada miembro de la pareja, por turnos, se consagra al otro cuerpo, retirando transitoriamente el suyo del alcance del otro, como hacen dos personas que intercambian expresiones de gratitud o cumplidos deshilvanados, en un torneo de atenciones desinteresadas. Los dedos de Henri engranaron una verdadera mecánica de biela dentro de mi coño, mientras que yo me adosaba a la arista del peldaño y mi boca no sorbía ya más que la luz ambiente, y aunque yo seguía siendo firmemente su miembro, mi mano había dejado de trazar un movimiento ascendente y descendente. Luego, consideré que por el momento ya estaba colmada y que me tocaba a mí, cerrando los muslos, hundir de nuevo mi cabeza entre los suyos. Con nuestros gestos no ocupábamos más espacio que el de ambos cuerpos ensamblados. La luz volvió a encenderse dos o tres veces. En los intervalos, se hubiese dicho que la oscuridad nos ocultaba dentro de una grieta de la pared del pozo que formaba la caja de la escalera. La plena luz me azotaba la frente para que acelerase mi bombeo. Ya no sé si Henri se vertió de «día» o de «noche». Los consabidos toquecitos con la palma de la mano para alisar la ropa y poner los cabellos en su sitio. Cuando Claude y yo pasábamos una velada con amigos, y coincidía que yo, como ocurrió esta vez, follaba inopinadamente fuera de su vista, al comparecer ante él de nuevo lo hacía con un malestar difuso. Creo que le pasaba lo mismo al que había sido mi compañero. Claude nos esperaba al pie de la escalera; hizo como si llegara de otro edificio. Henri le encontró un aire raro. Habíamos renunciado a descubrir qué puerta era la acertada.

Enfermedad, suciedad

Todo nicho en que el cuerpo conoce una plenitud inversamente proporcional al sitio de que dispone, en que se refocila tanto más porque está encogido, despierta nuestra nostalgia del estado fetal. Y nunca le sacamos más provecho que cuando, en el secreto de ese nicho, la vida orgánica recobra sus derechos, fueran los que fueren, y podemos abandonarnos a algo que se parece mucho al comienzo de una regresión. Considérese: la higiene no imponía que los excusados se convirtieran en lugares de aislamiento, en retretes, concretamente, y el pudor ha sido el pretexto de que llegaran a serlo, pero el motivo oculto de este pudor no es ni el afán de preservar nuestra dignidad ni el de no molestar al prójimo, sino la libertad de experimentar sin trabas el placer de la defecación, de inhalar la propia fetidez fragante o incluso el de examinar meticulosamente nuestras

heces, a semejanza de Salvador Dalí, que nos ha dejado descripciones comparativas y muy graficas. No me dispongo a contar historias escatológicas, solamente quiero recordar aquí circunstancias banales en las que las funciones de mi cuerpo han entrado en conflicto. Y como nunca he topado con un amante declarado de mis pedos o mis heces, al igual que tampoco he intentado saborear los de otros, estas confrontaciones han adquirido el cariz de un combate incierto entre el placer y el displacer, el gozo y el dolor.

Padezco migraña. Al llegar en avión a Casablanca, en el aeropuerto me asfixio de calor mientras aguardo largo tiempo la entrega de mi equipaje. El viaje no ha terminado; Basile, el amigo arquitecto que me ha invitado, me lleva en coche hasta el centro de vacaciones que ha construido y donde posee una casita. Hacemos una parada en un camino apartado de la carretera. Hace un tiempo espléndido, una fronda desparramada se agita a nuestro alrededor, bajo una luz clara. A cuatro patas sobre el asiento trasero, como siempre estiro tanto el culo que podría imaginarmelo como un globo que sobresale fuera del coche, listo para desprenderse del resto del cuerpo y salir volando. Experimento los primeros síntomas mientras una de las pollas mas aceradas que he conocido me traspasa el globo. Una especie de fogonazos me empañan la vista y acentúan la impresión de que la luz mariposea. Para la última acometida, mi cuerpo, salvo el culo, ha dejado de existir, vaciado de sustancia como una fruta a la que se ha dejado resecar, disgregada en el espejeo. O, mas exactamente, ya no hay nada entre mi craneo mineralizado en la tenaza del dolor y la epidermia de mis nalgas, que reciben las últimas caricias. No fui ya capaz de articular palabra. Al llegar a nuestro destino, me acosté, rígida, en la cama alta y profunda. A las dos pesadas terminaciones a las que había quedado reducido mi cuerpo, una que lo aniquilaba de dolor, otra a la que el placer había sumido en un letargo, se había añadido el peso de la nausea que acompaña a los dolores muy fuertes de cabeza. De modo que yo no era ya mas que una simple apariencia de cuerpo, lastrado en tres puntos de los tres únicos órganos que me quedaban, y alrededor del cual se atareaba en silencio un hombre inquieto. Ahora bien, cuando la migraña me postra así en el fondo de una habitación sumergida en la oscuridad, y no tengo ni siquiera fuerzas para desprender de mi piel la sabana impregnada del sudor acumulado a veces durante una noche y un día enteros, y respiro el tufo atenuado de mi vomitona como la sola percepción que conservo que no provoca un dolor intolerable, me ocurre que imagino con mis postreros recursos mentales que, en ese estado, la cavidad de las órbitas dilatada por discos grisáceos, el angulo interno de los parpados y la raíz de la nariz oprimidos por un mismo pellizco, estoy expuesta a ojos ajenos. Jacques esta demasiado acostumbrado y un médico posee demasiada distancia clínica. Quisiera que Jacques me sacase fotografías en esos trances y que fueran publicadas y vistas, por ejemplo, por lectores de mis artículos y libros. En cierto modo, cuando un sufrimiento sobremanera intenso me reduce a una total impotencia, habría como una compensación en el hecho de rematar mi declive físico inscribiéndolo en la mirada de los demás. La relación con Basile fue siempre ligera y jovial, y el placer completo. Si tuviera que estar enferma en su presencia, tendría que ser con la misma simplicidad con la que yo consentía cuando me penetraba por detrás, y ello después de haber comido bien y de haberme permitido la licencia de que mi vientre inflado expulsase algunos pedos. Era un hombre agudo y perspicaz, con quien las conversaciones resultaban fluidas, que un buen día había tenido la gentileza de alabar esta narizota que me acomplejaba pero que él pensaba que imprimía carácter a mi rostro. Era también alguien que gozaba sobre todo en mi culo, pero no sin

haber estimulado antes con un índice certero el punto más sensible de mi cuerpo. No siendo ya capaz de cambiar ni una palabra con él, ni de reaccionar al contacto de sus manos, me quedaba la capacidad de ofrecerle el espectáculo en que yo capitulaba ante una absoluta retracción de mi persona.

Las cefaleas tienen a menudo causas sumamente difíciles de detectar, como saben muy bien quienes las padecen, y esto, en cierto modo, les dispensa de remordimientos cuando la causa es evidente y son ellos mismos los responsables: abuso de alcohol o exposición al sol. En toda mi vida, sólo he estado borracha dos o tres veces. Una de ellas estaba con Lucien, que se había abalanzado sobre mí, en la alfombra de su sala, delante de sus amigos y sin que su mujer lo supiera. Me había llevado a cenar fuera de París a casa de una joven pareja amiga suya. Sin darme cuenta bebí demasiado champán. La pareja vivía en un gran pabellón en el que se entraba directamente por la cocina, que hacía también de comedor. Al fondo había dos puertas contiguas que daban a sendas habitaciones. La velada debió de prolongarse, al principio, en el dormitorio de los anfitriones. Trato de reconstruirlo: Lucien me arrastra a la cama con la complicidad del chico; empiezan a manosearme, yo concentro mi atención en la exploración de las braguetas. La joven permanece un poco aparte, su amigo la coge por los hombros, la besa, la anima a que venga a acostarse con nosotros. Ella va al cuarto de baño, él la sigue, vuelve explicando que «a Christine no le enrolla esto, pero podemos hacer lo que queramos, no le importa». Asisto al tejemaneje como seguiría involuntariamente un serial radiofónico que resuena en el patio de vecinos, en verano, cuando las ventanas están abiertas. Sin duda por respeto a Christine, que sin embargo no reaparece —¿se manipula delante del espejo que hay encima del lavabo? ¿Está sentada, indecisa, en el borde de la bañera?—, pasamos a la segunda habitación.

No me acuerdo en absoluto de si nuestro anfitrión me penetró, pero sé, en cambio, que, apática, me entregué a Lucien. El edredón era un abismo en el que se hundía mi bajo vientre; mi vagina, arada sin percances por Lucien, que debía de darse cuenta de que yo no estaba bien, se ablandaba, huía, aspirada por aquella profundidad, mientras que un poder paralizador mantenía la cabeza, la nuca y los hombros y hasta los brazos ligeramente separados sobre un plano horizontal. Reuní, con todo, la fuerza para levantarme. ¿Cuántas veces esa noche? ¿Cuatro, cinco? Atravesaba la cocina, desnuda, y salía al jardín. Llovía a mares. De pie, vomitaba sin buscar una espesura, en medio del camino, directamente en el suelo. Hay que saber que cada espasmo transforma la labor de forja, debajo de la caja craneana, en algo que se percibe como un desgarrón último en el metal golpeado. El cuerpo entero se mete en la masa de la cabeza y se convierte en un puño armado de una cuchilla. La lluvia fría aplacaba el dolor por un momento. Al volver a la habitación, de paso por la cocina, me enjuagaba la boca en el fregadero. A la mañana siguiente, cuando me trajeron de casa del farmacéutico al médico salvador, cuando todo hubo acabado, Lucien me aseguró que me había follado varias veces durante la noche y que yo tenía aspecto de haberlo disfrutado. Fue una de las raras circunstancias en que actué en estado de inconsciencia. Algunos meses más tarde, recibí la visita de la joven. Ella y su amigo habían sufrido un terrible accidente de automóvil. Él había muerto y su familia la había expulsado de la casa donde vivía con él. Me inspiró una compasión sincera, al mismo tiempo que experimentaba la extrañeza de una pesadilla que prosigue.

La proximidad de estos episodios resucita otro. No fue después de haber comido bien, como con Basile, sino un día en que, por el contrario, había consumido quizá un alimento

que no estaba fresco y tenía los intestinos revueltos. Lucien se obcecaba en tomarme por detras. Por mas que me escabullese y emprendiera una felación ferviente, no pude impedirle que introdujera los dedos lo mas cerca de la parte afectada y me di cuenta, avergonzada, de que sacaba un poco de materia líquida. Me calzó la polla. El placer que proporciona esta utilización del recto es obviamente de la misma familia que el que se experimenta durante los segundos que preceden a la expulsión de las materias fecales, pero en este caso la combinación de las dos cosas fue demasiado estrecha como para que no rayase en un suplicio. Nunca me he entregado, ni de manera espontanea ni arrastrada por hombres que los hubiesen practicado, a juegos escatológicos. Por eso la observación que se me ocurre a propósito de estos incidentes es, a lo sumo, que se produjeron cuando estaba en compañía de hombres mucho mayores que yo, y que los dos podían asimilarse, por razones distintas, a figuras paternas. Después de haberse retirado, Lucien fue a lavarse sin hacer mas comentario que el de que yo había sido una tonta por andarme con remilgos, ya que había sido delicioso. Yo me sentí segura.

Del bienestar tan perfecto que se goza cuando, en el placer, te has deshecho de tu cuerpo, por así decirlo, cerca del de otro, cabe reconocer ciertos aspectos cuando te deshaces similarmente de ese cuerpo pero en el displacer, la abyección o incluso el dolor mas vivo. He hablado del tema del espacio abierto del que uno se apropia, de la tentación de captar miradas desconocidas sobre tu desnudez, como en un escaparate. En tales casos, por otra parte, la desnudez es un ornato, y exhibida muestra una excitación comparable a la que se manifiesta, a la inversa, cuando se acicala el cuerpo, se lo viste, se lo maquilla para seducir. Y es sin duda excitación, un ascenso del deseo tenso hacia la respuesta que le dará el mundo exterior. No es, desde luego, excitación cuando te encierras en la cápsula cerrada del dolor o de la inmediata satisfacción de las funciones elementales: cuando el cuerpo no tiene fuerzas para ocupar más espacio que la hondonada ya formada en el colchón, cuando el chorro del vómito te salpica la punta de los pies, cuando un poco de mierda rezuma entre las nalgas. Si hay en ello voluptuosidad no es porque el cuerpo se sienta devorado por algo más grande que él, sino porque el cuerpo se percibe a sí mismo como carente de fondo, como si exteriorizar la actividad de tus entrañas significase que pudieras hacer que todo lo que te rodea penetrase en ellas.

Si bien uno de los significados de la palabra «espacio» es el vacío, si bien cuando se emplea sin calificativo evoca prioritariamente un cielo puro o un desierto, el espacio exiguo se ve también, casi automáticamente, como un espacio lleno. Cuando se me antoja dirigir mi aspiración hacia los vastos horizontes, mi imaginación me envía, de buen grado, a un vertedero de basuras. Casi siempre el del edificio donde vivía de niña. Recostada la espalda en la pared, hago que me coloque entre basureros de hierro acanalado un hombre que, para la ocasión, deposita en el suelo un cubo lleno de inmundicias. No he realizado nunca este fantasma, pero frecuenté asiduamente a un hombre que vivía en una leonera tan desordenada y sucia que el ideal de la basura debía de ocupar un lugar en su inconsciente. Él, a su vez, era un esteta, un teórico claro y sosegado, y hasta de expresión ampulosa. El apartamento constaba de dos habitaciones diminutas, con las paredes totalmente recubiertas de estanterías atestadas de un desbarajuste de libros y discos, y algunas habían cedido bajo su peso. Ocupaba tres cuartas partes de uno de los cuartos una cama cuya sábana encimera y cuya manta sólo llegué a ver recogidas en un hatillo, y en donde no podías acostarte hasta después de haber retirado libros, periódicos y papeles. En la otra

habitación, no sólo era el escritorio lo que parecía haber sufrido la venganza de un ladrón enfurecido por no haber encontrado su botín, sino también el suelo; caminabas sobre un matorral compuesto de pilas de libros y catálogos que se habían desplomado, de montones de sobres abiertos y hojas arrugadas, de páginas en abanico de las que cabía sospechar que aún tuvieran alguna utilidad. Todo esto, aparte del polvo, no habría sido grave de no haber sido porque unos vasos, cuyo fondo conservaba la película marrón de una bebida desecada, servían de pisapeles y habían dejado la huella de cercos circulares y pringosos en otros papeles, de no haber sido porque una camiseta grisácea o una toalla de felpa endurecida se enredaban con las sábanas, y si, para desprender un pedazo de jabón en el fregadero, no hubiera habido que sondear capas arqueológicas de platillos y de tazas llenos de migas que habían formado una costra, como la tierra sobre un vestigio recién exhumado: todo aquello daba grima. Pasé muchas noches en aquella pocilga. Su inquilino no desmerecía. Fue para mí una fuente jamás agotada de perplejidad comprobar que no debía de realizar el acto elemental de confort y de urbanidad de cepillarse los dientes. Cuando se reía, su labio superior alzaba un telón sobre un emplasto amarillo moteado aquí y al la de puntos negros. Como yo no dudaba de que toda madre enseña a sus hijos los hábitos de higiene, me preguntaba hasta qué grado de amnesia de su infancia habría podido llegar. Le gustaba mucho que le trabajasen el culo. De entrada, se ponía a gatas, ofreciendo un culo amplio, mas bien blanco, y su cara, durante la espera, adoptaba un aire serio. Entonces yo me colocaba a su lado, vertical sobre mis rodillas separadas, con la mano izquierda posada livianamente en su espalda o su cadera, y con la derecha humedecida comenzaba un masaje en el contorno del ano, y luego introducía dos, tres, cuatro dedos. Con la espalda encorvada y el movimiento frenético del brazo, habría hecho pensar rápidamente en un ama de casa que se apresura a arreglar una salsa, en un manitas que pule su obra. Sus gemidos tenían la misma sonoridad nasal que su risa. Observar, escuchándolos, el fruto de mi esfuerzo sostenido me causaba una sobreexcitación tal que sólo a disgusto abandonaba un movimiento que se había vuelto doloroso. Después encadenábamos posturas con la lógica de acróbatas que, al pasar de una figura a otra, terminan trocando los respectivos puestos. Yo reemplazaba los dedos con la lengua, luego me deslizaba debajo de él para componer lo que se conoce como un sesenta y nueve, y luego me tocaba a mí ponerme a cuatro patas. El agudo grado de placer que yo alcanzaba entonces fue también objeto de interrogación recurrente. Pocas personas conocían el antro, y revolcarse allí resucitaba, sin duda alguna, la predilección infantil por la cloaca. La cloaca es un lugar oculto, no tanto porque sería humillante que te vieses en él, sino porque, a semejanza de esos animales que desprenden un olor infecto para ahuyentar al predador, te cubres con él como si fuese una envoltura protectora, te refugias allí como en un nido tanto mas seguro cuanto que esta tejido en parte con sus propias excreciones. Sin embargo, mi círculo de amistades estaba en condiciones de comprobar que el hombre en cuestión era mas sucio de lo que generalmente se admite en un intelectual a menudo negligente en su aspecto físico. Yo no desalentaba las preguntas ni los comentarios. En mi reacción había un desafío controlado. «Pues sí, tal como me veis, duchada esta mañana y con unas bragas nuevas, me restriego con ese cochino». Y, si hacía falta: «Me restriego con él como me acurruco con vosotros.»

No hay que ser un gran psicólogo para detectar en este comportamiento una inclinación a envilecerse uno mismo, mezclada con la intención perversa de arrastrar contigo al otro. Pero la tendencia no se detenía ahí; me movía la convicción de disfrutar de

una fantástica libertad. Follar venciendo toda repugnancia no sólo era rebajarse, sino, invirtiendo ese movimiento, elevarse por encima de los prejuicios. Hay quienes transgreden prohibiciones tan poderosas como el incesto. Yo me conformé con no tener que elegir a mis compañeros, fuera cual fuese su número (teniendo en cuenta las condiciones en que me entregaba, si mi padre hubiese formado parte de ese «número», yo no le hubiese reconocido), puedo decir que con independencia de su sexo y de sus cualidades físicas y morales (de la misma manera que no intentaba evitar a un hombre que no se lavaba, he frecuentado, con pleno conocimiento, a tres o cuatro cretinos y abúlicos). Y ello a la espera de tener un día encima a un perro adiestrado, cosa que me prometía Éric y que no llegó a realizarse nunca, sin que yo sepa si perdimos la ocasión o si él consideraba que aquello debía permanecer en el terreno de la fabulación. Ya he emprendido en este libro mi reflexión sobre el tema del espacio. Acabo de hablar de lo animal y de la inmersión en la animalidad humana. ¿Cómo resumir de la mejor manera posible el contraste de experiencias en que se mezclan el goce que te desborda y la mancilla que te empequeñece? Quizá del modo siguiente: en ciertos trayectos de avión, me gusta contemplar largo tiempo, a través de la ventanilla, un paisaje desierto. En vuelos de larga distancia, el encierro en la cabina propicia el apoltronamiento de todos los pasajeros y, en la promiscuidad, terminas intercambiando con tus vecinos el olor de los sobacos húmedos y de los pies calientes. Me maravilla entonces la oportunidad que se me concede de abarcar con la mirada simultáneamente un pedazo de Siberia o del desierto de Gobi, y el embeleso es mayor porque estoy entorpecida menos por el cinturón atado que por ese baño demasiado espeso en el que estoy sumergida.

En el despacho

Necesidad de suturar el corte entre el interior y el exterior de mi cuerpo y, sin llegar hasta una franca analidad, facultad de encontrarme cómoda en la suciedad: algunos rasgos de mi personalidad sexual contienen pequeñas tendencias regresivas. A ellas remitiré asimismo la costumbre de consumir el acto sexual en un máximo de puntos del espacio conocido. Algunos de esos puntos son los que permiten a la pareja manifestar la urgencia del deseo y ensayar al mismo tiempo posiciones inéditas, entre la salida del ascensor y la entrada del piso, en la bañera o sobre la mesa de la cocina. Entre los más excitantes figuran los espacios de trabajo. Ahí se articulan el espacio íntimo y el espacio público. Un amigo, con quien me veía en su despacho, que daba a la calle de Rennes, se la hacía mamar de buena gana delante del tabique de cristal que llegaba hasta el suelo, y la eufórica agitación del barrio, que ascendía hasta mí, arrodillada a contraluz, participaba claramente en mi placer. En la ciudad, a falta de un horizonte lejano, me agrada tener un punto de mira desde una ventana o un balcón cuando aprisiono en una cavidad secreta una polla lánguida. En casa, paseo una mirada vaga por encima del patio estrecho y por las ventanas de los vecinos; desde un despacho que ocupaba en el bulevar Saint-Germain contemplaba la fachada maciza del Ministerio de Asuntos Exteriores. He hablado también de algunos de esos puntos al mencionar el temor exquisito de exponerse a la mirada de testigos involuntarios. Yo añadiría a esta tentación exhibicionista la pulsión de marcar mi territorio, como haría un animal. A semejanza del lemur que define con unos chorros de orina el

espacio que sera suyo, dejas caer unas gotas de esperma en un peldaño de la escalera o la moqueta de un despacho, impregnas con tu efluvio el cuchitril donde todo el mundo deposita sus cosas. Al inscribir sobre ese territorio el acto por el cual el cuerpo trasciende sus pro-prios límites, uno se lo apropia por ósmosis. Y te adueñas del espacio del prójimo. No hay duda de que en esta conducta hay una parte de provocación y hasta de agresividad indirectas hacia los demas. La libertad parece tanto mayor cuanto que te la otorgas en un lugar donde la cohabitación profesional impone normalmente reglas, limitaciones, aunque compartas ese lugar con las personas mas discretas y tolerantes. Sin contar con que al anexionar eventualmente a tu esfera muy privada pertenencias ajenas, un jersey que alguien ha olvidado allí y que utilizas para asentar el trasero, la toalla de los lavabos del piso con que te vas a restregar la entrepierna, los involucras en cierto modo, sin que ellos lo sepan. Hay lugares que yo he ocupado así, con el sentimiento de que estaba mas en mi sitio que quienes pasaban allí la mayor parte de su tiempo activo, porque había impreso la huella húmeda de mis nalgas allí donde ellos colocaban sus expedientes y sus pertrechos. Lo cual no impedía que se me pasase por las mientes la idea de que ellos también, quiza, habían trastocado la función de su espacio de trabajo, y que de este modo follabamos unos en la estela de los otros.

He balizado metódicamente un territorio sexual en el interior de los espacios profesionales. Algunos lugares son especialmente propicios, como el local en que se instala el cuarto de revelado o los grandes recintos ciegos en los que suelen almacenarse los fardos de periódicos. Una cortina encubridora cierra el primero. Su estrechez obliga a permanecer de pie, bañado en una luz de ca- baré. Esa luz aterciopela la piel y esa percepción óptica exarcerba el tacto; basta con que las caricias sean roces. Sobre todo porque los cuerpos se desencarnan: la luz roja presta una transparencia a la piel clara y elimina las partes sombrías, los cabellos o la ropa que conservas puesta.

En un coto vedado, lo que mas desconcierta es tener que elegir el emplazamiento. El espacio recortado en pasillos paralelos por las estanterías es uniforme, ya no estas mas a resguardo de una mirada intrusa en un pasillo que en otro, y de todas formas los espacios vacíos entre las pilas de papel permitirían que esa mirada se infiltrase. En efecto, te sitúas en ese lugar de almacenamiento tan arbitrariamente como lo harías en un espacio desnudo, y no sin haber girado primero un poco sobre ti mismo. La felación era preferible para mí en esos recintos, por ser el acto que mas rápidamente puede interrumpirse. Creo que eso se debe al aspecto mustio del lugar. En un bosque, en un camino desierto, en cualquier recinto público, hay siempre un buen motivo para colocarse detras de determinado bosquecillo, en algún quicio de puerta, ya porque ofrecen mas comodidad o seguridad, ya porque ejercen un atractivo lúdico o estético. Allí, nada de eso. De modo que el alto que se hace ahí es forzosamente breve, porque igualmente podrías situarte unos metros mas al la y emigrar así de un emplazamiento a otro. A lo cual se añade que, aun cuando se desee arrostrar el riesgo de que te sorprendan en flagrante delito en un lugar pintoresco, habría casi una humillación en que te pillen en un sitio tan feo.

Me gusta mucho la atmósfera de los despachos vacíos; reina en ellos una calma que no es la de una parada sino la de una tregua. El hostigamiento del mundo laboral ha terminado, pero su amenaza persiste en forma de un insistente timbrazo de teléfono, la jeta de una pantalla de ordenador, un expediente que se ha quedado abierto. Todos los instrumentos, toda la materia, todo el espacio a mi entera disposición me proporcionan la

sensación ilusoria pero apaciguadora de disponer de una fuerza de trabajo ilimitada. Como ya he dicho, cuando los demás desocupan el espacio, liberan el tiempo, y es como si yo dispusiera de la eternidad para aprender a utilizar todos los aparatos, para analizar y resolver todos los problemas, y como si la posibilidad de entrar en un despacho sin tener que anunciarme ni disculparme hiciera más fluida mi vida a tirones. En estas condiciones, y cuando se sumaba a mi soledad un colaborador desdoblado en compañero sexual, sólo en casos excepcionales aprovechaba el confort a medias de la moqueta. Son más bien las superficies de trabajo las que me han servido de peana. Cabría pensar que se debe a que la posición, la mujer sentada al borde de la mesa, el hombre de pie con las piernas separadas, es más fácil de modificar en caso de que se produzca la irrupción de un colega. No es así. Lo cierto es que los gestos se encadenan. Con Vincent, que era maquetista, sucedía que examinábamos juntos unos textos compaginados sin tomarnos la molestia de sentarnos, porque él era un hombre con prisas, y quizá porque se cree tener una mejor apreciación con treinta centímetros de distancia adicionales. La más ínfima vacilación en el desarrollo del trabajo y yo me volvía. Un ligero sobresalto y, con los glúteos al lo de las maquetas, tenía el pubis a la altura adecuada. La altura es importante. Por lo general el momento propicio para pasar de un diálogo profesional a un abrazo mudo suele ser cuando la concentración se relaja, cuando, por ejemplo, hay que buscar un documento en un cajón situado en la parte inferior de un mueble. Al inclinarme para cogerlo, mis nalgas sobresalen. No piden nada mejor que sentirse apesadas por dos manos firmes. A continuación, buscan un apoyo en un escritorio; soy siempre precavida a la hora de despejar todo el espacio alrededor para tenderme de espaldas. Pero no todas las superficies de trabajo están situadas a buena altura, muchas son demasiado bajas, y hay escritorios sobre los que no he vuelto a tumbarme. Un grafista al que veía en su agencia había resuelto astutamente el problema gracias a las sillas con un asiento de altura graduable que se ajustan casi al centímetro. Me sentaba enfrente de él, con el sexo exactamente frente al suyo. Detrás de él poníamos una mesa para que yo pudiese descansar los pies. De este modo podíamos pasar un rato larguísimo sin que ninguno de los dos se cansara, yo como si estuviera en una tumbona, y él con la cintura tan flexible como si hiciera girar un hula-hop. A intervalos, él sustituía su propio movimiento por el del asiento, que agarraba con las dos manos y movía de un lado a otro.

Tabúes

Rara vez he temido que me sorprendan en flagrante delito de jodienda. En las páginas que preceden he aludido varias veces a la conciencia del riesgo que se corre cuando emprendes una ocupación sexual donde no se debe, puesto que esta conciencia también contribuye al placer. Dicho esto, el riesgo es casi siempre moderado, está limitado por convenciones implícitas: un asiduo del Bois sabrá trazar el mapa de los lugares prohibidos en que la cosa es sin embargo posible y de otros en que es radicalmente imposible, yo apenas he utilizado los despachos más que fuera de los horarios de trabajo... De un modo prosaico, la convicción de que la sexualidad, en cualquier forma en que se manifieste, es la cosa mejor compartida del mundo me fortifica en la idea de que no sucederá nada desagradable. El testigo involuntario de un acto sexual, cuando no se le incita a participar,

se verá no obstante lo bastante afectado en sus propias pulsiones para no manifestar nada, para observar una reserva púdica. A Jacques, que se inquieta, sonriente, al pensar en la reacción que habría podido tener el joven excursionista que acaba de saludarnos si se hubiese cruzado con nosotros dos minutos antes —es decir, cuando teníamos la cintura del pantalón en los tobillos y los zarandeos de nuestros cuerpos generaban rumores de matorrales a la orilla del camino, exactamente como hace un animalito cuando le molestan—, le respondo que no hubiera pasado nada.

Yo añadiría que solamente temo a quienes conozco demasiado bien, no a los anónimos que me traen sin cuidado, y creo que en esto no soy la única. En este sentido, el tabú es para mí utilizar la vivienda que compartes con alguna otra persona cuando ésta está ausente y lo ignora. A primera hora de una tarde, Claude volvió al piso —un gran piso burgués donde acabábamos de instalarnos— y entró en el cuarto de invitados que estaba cerca de la entrada. Interrumpió una cópula a la que yo no había resistido. Era la primera vez que gozaba plenamente, fuera de un grupo, del corpachón de Paul, bajo el cual me asfixiaba gratamente. Claude salió sin decir nada. Vi que Paul se levantaba, su espalda tapaba la anchura de la puerta, sus nalgas eran proporcionalmente muy pequeñas, y que salía desnudo en pos de Claude. A través de la puerta, le oí decir: «Perdona, amigo.» Me chocó el escaso énfasis con que expresaba su turbación real. En cambio, por lo que a mí respecta, aun cuando ya había follado con Paul en presencia de Claude, y aunque este último jamás me hablase del incidente, durante muchísimo tiempo no logré pensar en él sin sentir una culpabilidad tenaz. Cuando menos, podía considerar que el cuarto de invitados era un territorio relativa-mente neutro. La habitación común, el lecho «conyugal», representa una prohibición absoluta. Una vez, esa delicuescencia de todo mi cuerpo y de mi voluntad de la que he hablado como de mi reacción fatal a los primeros toqueteos de un hombre, me condujo hasta el umbral de ese dormitorio que sigue siendo el nuestro, de Jacques y el mío. Pero he aquí que ni siquiera pude apoyarme en el marco de la puerta, presa de un miedo inconsciente de activar el mecanismo de una trampa. Entonces me puse a dar saltitos hacia atrás a la pata coja, porque el hombre arrodillado delante de mí, al tratar de liberar la breva de debajo de la falda, me había plantado sin mas un muslo encima de su hombro. Perdí el equilibrio al pie de la cama. Una mirada incrédula me taladró a través de la V de mis piernas en vilo. Puse fin al ejercicio y me levanté, moqueando.

Tales son los límites fijados por una moral mas tributaria de una superstición que de una inteligencia clara de lo que estaría bien y lo que estaría mal. En primer lugar, esos límites sólo emiten señales desde un lado; nunca he tenido escrúpulo, por la mañana en un cuarto de baño ajeno, en eliminar la fetidez de la noche utilizando la pastilla de jabón perfumado de una ausente. En segundo término, puede que haya engañado de una forma que, confesada al engañado, pudiese dolerle mucho mas que saber que nos habíamos revolcado en sus sabanas. Atribuyo al otro esta adherencia al entorno que yo misma experimento y que convierte todo objeto íntimo, o que haya servido para un fin íntimo, en una especie de extensión del cuerpo, en una prótesis sensible. Si, en ausencia de una persona, se toca un objeto que la toca, ese contacto, por contigüidad, se transmite a ella. Era muy posible que mi lengua, en una partouze, limpiase un conejito donde acababa de correrse alguien que antes se había excitado encima de mí, pero la idea de lavarme con una toalla que una mujer, llegada clandestinamente a mi casa, se hubiese pasado entre los muslos, o de que Jacques utilizase la misma que un invitado de quien ignorase la visita me

horroriza como si debiéramos temer una epidemia de lepra. Además, y antes de este miedo en sí, entra en juego una jerarquía en virtud de la cual concedo más importancia al respeto de la integridad física (de todo lo relacionado, de todo lo que yo relaciono con ella...) que al de la serenidad moral, considerando que atentar contra la primera es más irremediable que lastimar la segunda. Mi tendencia (que, con todo, he aprendido a relativizar) es pensar que «nos las apañamos mejor» con una herida invisible que con una externa. Soy una formalista.

Confiada

Una paradoja con respecto a ese rasgo de carácter es que, a pesar de que las imágenes ocupan un lugar tan dominante en mi vida, y de que la vista me guía más que cualquier otro órgano, en el acto sexual, por el contrario, me ciego. Digamos que, en ese continuo que es el mundo sexuado, me desplazo como una célula dentro de su tejido. Me iban bien las salidas nocturnas y el hecho de estar rodeada, transportada, penetrada por sombras. Mas aún que eso, puedo seguir ciegamente a quien acompaño. Me confío a él, renuncio a mi libre albedrío; su presencia impide que me pueda ocurrir algo malo. Cuando Éric estaba a mi lado, podíamos rodar un largo rato en una dirección desconocida para mí, podía muy bien encontrarme en campo abierto o en el tercer sótano de un aparcamiento, pero no hacía preguntas. Bien mirado, era menos extraño que si no ocurría nada. Tengo un mal recuerdo del sótano de un restaurante marroquí, cerca de la plaza Maubert, un barrio inhabitual para nosotros. Había banquetas y mesas bajas bajo la bóveda de la bodega donde hacía un poco de frío. Habíamos cenado allí solos, yo despechugada y remangada. Cuando el camarero o el que yo creía que era el dueño traía los platos, Éric escotaba un poco más mi blusa, me pasaba una mano insistente por debajo de la falda. Recuerdo más la mirada grave y sin benevolencia de los dos hombres sobre mí que sus toqueteos breves, puntuales, a invitación muda de mi compañero. Fui yo quien puso fin a la espera metiéndome en la boca el sexo de Éric. ¿No era mi intención, principalmente, olvidar la actitud poco agradable del personal? Nos fuimos del restaurante sin terminar de cenar. ¿No estaba la clientela habitual? Éric, que conocía bien el local, ¿no habría sobrestimado la acogida que nos dispensarían? La expectativa había sido más inquietante que la aparición en algún lugar inapropiado de una banda de desconocidos, todos con la polla fuera. Con Éric, yo no dudaba de que cualquier individuo con el que topásemos, en cualesquiera circunstancias, pudiese, a una señal imperceptible de él, abrirme los muslos y deslizarme dentro del miembro. No pensaba que pudiera haber excepciones, como si Éric hubiese sido un pasador universal no ya para conducirme hasta una tierra prometida sino para que el mundo penetrase, un individuo tras otro, en mí. De ahí mi turbación aquella noche.

En esas zonas inciertas en que encontraba a una población cuyas diversas extracciones sociales estaban niveladas por la igualdad sexual, nunca tuve motivos para temer la menor amenaza o brutalidad, e incluso me trataban con una solicitud que no siempre he recibido en una clásica relación dual... En cuanto al «miedo del gendarme», no existe, pura y simplemente. Por una parte, tengo una confianza infantil en el control de los acontecimientos que ejerce el hombre que está a mi lado, en su capacidad de garantizar nuestra seguridad: y, de hecho, no hubo nunca incidentes. Por otra parte, mientras que me

siento cubierta de oprobio frente a un revisor que me reclama con cierta aspereza un billete que no acierto a encontrar en ese momento, tan sólo me habría sentido contrariada si me hubieran sorprendido en flagrante delito de exhibicionismo en la vía pública. El cuerpo descubierto por el representante del orden no habría sido ya más que el cuerpo penetrado por los desconocidos del Bois, menos un cuerpo habitado que una concha de la que yo me habría desprendido. Despreocupación, inconsciencia que obedecen también a la determinación y a la constancia de las que soy capaz durante el acto, como, por otra parte, en otras actividades, y que no deja de estar relacionada con esta disociación del ser de la que hablaba hace un instante: sea que la conciencia se aniquila en dicha determinación, que ya no permite considerar el acto con distancia, sea, completamente a la inversa, que, una vez que el cuerpo se entrega a sus automatismos, la conciencia se escapa y pierde toda relación con ese acto. En esos momentos, nada que venga del exterior puede perturbar mi cuerpo ni el de mi compañero, pues no existe nada fuera del espacio que ocupan. ¡Y es un espacio estrecho! No es frecuente que folles a tus anchas en un lugar público. Mas bien los dos se retraen el uno en el otro.

Pocos lugares están más restringidos por zonas prohibidas que un museo: prohibición de acercarse a las obras expuestas y accesos múltiples pero cerrados al público. El visitante avanza con la vaga sensación de que es un mundo paralelo al suyo, que para él es invisible pero desde el cual le vigilan. Henri, un amigo llamado Fred y yo habíamos aprovechado la oportunidad excepcional de que hubiesen dejado una puerta entreabierta, al fondo de una sala gigantesca del Museo de Arte Moderno de París, desierta en aquel momento, para colarnos detrás de un delgado tabique que ocultaba el chiribitil de un trastero instalado allí, supongo, de forma provisional. No nos aventuramos lejos. El espacio estaba atiborrado; sobre todo, lo decidimos enseguida, sin pensarlo. Lo cierto es que yo, mientras hacía de arbotante entre los dos chicos, veía el rayo de luz en el suelo, porque habíamos dejado la puerta tal como estaba. Al cabo de unos minutos intercambiaron los puestos. Gozaron los dos, uno en el coño y el otro en la boca. Ya no sé quién de los dos interrumpía a intervalos la actividad de su polla para pasarme el brazo por el vientre y masturbarme. Esto me animó a hacerlo yo misma y a desatar un orgasmo mientras que la polla declinante seguía alojada en mi coño y el otro, del que yo había deglutido la lechada, se separaba de mí para liberarme de una de mis amarras y facilitarme la consecución de mi placer. Lo cual suscitó un pequeño debate sobre mi manera de masturbarme. Expliqué, creyendo revelar algo asombroso, que en condiciones menos precarias yo habría podido tener dos o tres orgasmos seguidos. Se burlaron de mí. Eso era algo de lo más frecuente en una mujer, afirmaron, al tiempo que nos metíamos los faldones de las camisas dentro de los pantalones. Cuando regresamos a la plena luz, el museo seguía tan tranquilo como antes. Continuamos la visita de la exposición. Yo recorría los cuadros y hacía comentarios con Henri y Fred, y la visita era tanto más placentera porque la nimbaba la complicidad que desde entonces me ligaba tanto a los dos hombres como a aquel lugar.

En el trastero oscuro, con mi cuerpo quebrado entre otros dos y mi mirada cayendo vertical a lo largo de las piernas, yo estaba bien encuadrada. Estoy convencida de que la limitación de mi campo visual exorciza de un modo bastante primitivo todo lo que pudiera amenazarme o simplemente incordiarne, y hasta de lo que no me apetece tener en cuenta por un motivo u otro. El cuerpo de la persona con la que estoy crea un obstáculo, y lo que hay más allá y no puedo ver carece de existencia real. Así, estoy en la misma postura que

en el museo, esta vez en la primera planta de una tienda de artículos sadomasoquistas del bulevar de Clichy —de nuevo en una habitación que sirve de almacén—, con una mejilla apoyada en el vientre de Éric, que me sostiene por los hombros mientras que el dueño del comercio impulsa con movimientos bruscos mi trasero contra su polla. Antes de adoptar esta postura observo que el hombre es muy bajito y fornido y que tiene los brazos cortos, pero en cuanto desaparece de mi vista su persona se desintegra. Hasta el punto de que me dirijo a Éric, y no directamente al otro hombre, para pedirle que se ponga un condón antes de penetrarme. La petición le trastorna, le obliga a rebuscarlo en unos cartones; confiesa en voz baja que teme la llegada de su esposa. Aunque tiene un miembro ancho, que debe forzar la abertura, permanecerá todo el tiempo en las nubes. Una joven con aire reservado de empleada, vagamente ceñuda, presencia la escena. A ratos, mi mirada, de reojo, se cruza con la suya, negra, probablemente maquillada de khol. Me siento como en el escenario de un teatro, separada por un vacío indistinto de una espectadora taciturna a la espera de una acción que tarda en producirse. En cierto modo, al topar con la de ella, mi mirada se vuelve sobre mí y acabo viéndome a mí misma, pero sólo la cabeza, el cuello hundido entre los hombros, la mejilla aplastada contra la cazadora de Éric y ligeramente arañada por la cremallera, la boca abierta, mientras que lo que se halla más allá de mi cintura pertenece a una especie de telón de fondo. Las embestidas del retaco me llegan tan irreales como el tumulto que emana de detrás de los bastidores para sugerir una acción lejana.

En otra ocasión, en una sauna, la afectación de una pequeña masajista provocó mi desdoblamiento. Los bancos con listones de madera, dispuestos en forma de escalera, me habían obligado a volverme en todas las direcciones. Me había encorvado y alzado, alternativamente, para acoger pollas mendicantes en la boca. Transpiro poco. Por tanto, había permanecido seca el tiempo suficiente para que me agarraran uno y otro, a pesar de que, por el contrario, me había esforzado en retener y dirigir miembros corporales que, por su parte, estaban viscosos. Incluso debajo de la ducha me habían irritado el clítoris y pellizcado los pezones. Por último, me había tumbado, dolorida, en la mesa de masaje. La chica hablaba en voz baja, espaciando las frases del mismo modo que marcaba tiempos para untarse de talco las manos entre cada secuencia de gestos. Se compadecía de mi cansancio. La verdad es que en esos casos no hay nada mejor que un baño de vapor seguido de un buen masaje. Ella fingía ignorar a qué clase de pruebas acababa de someter yo mi cuerpo, y me hablaba como la esthéticienne que dedica su atención, tanto profesional como maternal, a la mujer activa y moderna que acaba de entregarse sin pudor a ella. Siempre me ha gustado, sobre todo en circunstancias parecidas, endosarme un papel, y daba la réplica a la masajista, languideciendo más a causa de este conformismo que gracias a la tarea de sus dedos. Me divertía notar que masajeara músculos que unos minutos antes sufrían presiones más lúbricas. Ella también me parecía lejana. Mudos sucesivos me separaban de ella. Se revestía de un disfraz que nuestra conversación iba inventando, pero por debajo de ese disfraz estaba la piel, donde sus roces recubrían otros, y yo se la entregaba también de buen grado, como si fuera un harapo. En definitiva, yo no era ni la pequeñoburguesa licenciosa por quien ella debía de tomarme ni tampoco, por completo, la mujer que inventábamos. Que yo sepa, aquella noche sólo estábamos dos mujeres en el establecimiento, pero yo me veía en el espacio activo de los hombres —y, en cierto modo, ellos seguían formando un corro a mi alrededor—, en tanto que ella la percibía en un

espacio femenino pasivo que ocupaba en calidad de observadora, y una grieta infranqueable nos separaba a las dos.

Finalmente, la selección que efectúa mi mirada es redoblada por la protección muy segura de la mirada del otro, el velo en que me envuelve y que, por supuesto, es a la vez opaco y transparente. Jacques no escoge especialmente los lugares más frecuentados para sacarme fotografías desnuda —siempre me exhibira exclusivamente en un gesto especular—, pero tiene predilección por los lugares de paso y sobre todo por el carácter transitorio de los objetos del decorado (el esqueleto de coches abandonados, piezas de mobiliario, ruinas...), lo que nos ha llevado a sitios donde se utilizan esos objetos. Somos prudentes. Llevo siempre un vestido fácil de abotonar. En la estación fronteriza de Port—Bou, aguardamos a que el andén se vacíe. Hay un tren que parte, pero dos o tres andenes más allá. Los viajeros, en todo caso, están demasiado atareados para prestarnos atención, y nos cercioramos de que los tres o cuatro aduaneros siguen charlando entre ellos. Jacques está a contraluz y no distingo bien las señales que me hace. Avanzo hacia él, con el vestido abierto de arriba abajo. Cobro confianza a medida que camino. Hipnotizada por el mariposeo de la silueta que me aguarda al fondo, tengo la impresión de ir excavando una galería, de abrir en el aire cargado de acritud un largo espacio, no más ancho que la separación entre mis brazos colgantes. Cada disparo de la cámara confirma la impunidad de mi avance. Al concluir mi trayecto, me apoyo en la pared. Jacques tomara algunas fotos más. Negligencia autorizada cuando el espacio está a mi espalda. Euforia de la conquista: tampoco nos han molestado en el túnel que enlaza los andenes, ni en el gran vestíbulo vacío y sonoro, ni en la pequeña terraza invadida de gatos y adornada por una fuente, y donde desemboca una de las salidas de la estación.

La segunda sesión de poses de la jornada se desarrolló en el cementerio marino, en las alamedas que orillan los nichos dispuestos en varios pisos, en la tumba de Benjamin y en un juego de escondite con dos o tres mujeres de andares lentos. Me parece normal estar desnuda en el viento del mar y entre los muertos. Pero me produce incertidumbre mantenerme en un espacio ambiguo, a la vez abierto y desprovisto de profundidad, entre el horizonte y el marco del objetivo. No es la balastrada lo que me sujeta al borde del vado, es la mirada que primero me sigue y luego me conduce y tiende entre ella y yo un cordón de amarre. Cuando estoy de cara al mar, cuando vuelvo la espalda a la cámara y ya no puedo apreciar la distancia a que se encuentra, el objetivo se adhiere a mis hombros y riñones como una ventosa.

Después de cenar, volvemos hacia el coche estacionado cerca del cementerio. Ahora disfrutamos de la noche y de una frotación de grupa contra bragueta. Mis destapes reiterados exigen una mayor audacia; tras no haber parado de desabrocharme y quitarme ropa, ahora quisiera abrirme ampliamente. Estoy medio tumbada en el capó y mi coño se apresta a engullir la verga bien empinada cuando unos ladridos estridentes agreden mis oídos. El halo de la única farola es atravesado por la sombra alocada de un perrito seguido de un hombre que llega cojeando. Breve instante de confusión: dejo caer la falda de mi vestido, Jacques empaqueta a trancas y barrancas sus partes, que se han vuelto recalcitrantes. Sin dejar de acariciarle a través del espesor del pantalón, insisto en que actuemos según el rumbo que siga el hombre, que, como adrede, remolonea y nos mira de refilón. Jacques decide que es mejor marcharnos. En el coche, empavorecida como estoy cuando la frustración es excesiva, sucumbo a un arrebató de rabia. A las observaciones

prudentes de Jacques respondo que el tío quizá se hubiese unido a nosotros. El deseo exasperado es un dictador ingenuo que cree que nada se le puede oponer y que no se le puede ni siquiera contrariar. ¿No tengo también la impresión de haber perdido esa atención extrema que me ha acompañado y protegido durante todo el día y que constituía en cierto sentido mi vínculo con el mundo? La cólera nace de un sentimiento de impotencia. Cuando algo entorpece mi apetito de que me penetren, estoy tironeada por dos estados contradictorios: por un lado, una incredulidad que me impide comprender las causas —por razonables que sean— de que los demás no respondan a mi expectativa imperiosa; por otro, una incapacidad igualmente idiota de forzar su resistencia —por circunstancial, formal o frágil que sea—, es decir, de tomar la iniciativa de un gesto de seducción, o de provocación, que les hiciera cambiar de idea. Me obceco, me agoto esperando una iniciativa que el otro debería tomar y que quizá no tome. ¿Cuántas veces no habré guardado rencor a Jacques cuando esta apetencia me asaltaba en medio de una actividad ordinaria, doméstica, por ejemplo, sin que yo la delatara, y en cierto modo yo le reprochaba no leer las circunvoluciones de mi cerebro donde mi libido tiene su fuente? Si se me perdona una analogía con un estado nada equiparable con estos caprichos, hablaría del de esas criaturas privadas, de nacimiento o a causa de un accidente, del uso de sus miembros y de la facultad del habla, pero cuya inteligencia y necesidad de comunicarse permanecen intactas. Dependen por entero de los métodos que inventan las personas de su entorno para romper su aislamiento. Se dice que estos allegados pueden conseguirlo en parte prestando suma atención a signos ínfimos del enfermo, como por ejemplo un parpadeo, o bien mediante masajes pacientes que despierten su sensibilidad. La insatisfacción sexual me sume en lo que llamaría un autismo benigno que me pone enteramente a merced de una mirada de deseo y de las caricias que alguien tuviera a bien hacerme. Cumplida esta condición, mi angustia se disipa y puedo reincorporarme a un ambiente que deja de ser hostil.

En el trayecto de regreso, exijo que paremos en un arcén. Pero mi furor no hace más que aumentar porque circulamos por un carril rápido donde detenerse es casi imposible. Entonces me abstraigo de la carretera y del automóvil. Me concentro en mi pubis, que impulso hacia delante, y me enfrasco en la caricia lenta y circular de esa especie de animalillo pegajoso que ahí se aloja. De vez en cuando, los faros de otros coches iluminan mi vientre liso como un jarrón. ¿En qué espejismo me hundo en ese momento? No, desde luego, en un encadenamiento de hechos a partir del que ha sido interrumpido unos minutos antes. Ese asunto está zanjado. No, prefiero refugiarme en una de mis viejas y relajantes historias, muy lejos de la realidad donde me encuentro. En un esfuerzo de imaginación intenso, sostenido, construyo la escena con lujo de detalles, por ejemplo aquella en la que me despedaza un gran número de manos sobadoras, en un solar o en los urinarios de un cine de mala fama: ya no recuerdo muy bien. Cuando Jacques, sin apartar la vista de la carretera, extiende el brazo y traza a ciegas amplios movimientos sobre mi pecho y mi abdomen, y cuando hunde la mano para disputarle a la mía su juguete empapado, entorpece el desarrollo fluido de esta historia. Me abstengo de impedirselo.

A la entrada de Perpignan, Jacques aparca el coche en un parking vacío y muy iluminado, al pie de un edificio de viviendas de protección oficial. Para acercarse a mí, y debido a la separación de los asientos, proyecta el busto hacia delante como la figura de una gargola. Su cabeza ingresa en mi campo de visión y se eclipsa. Me fricciona con tres o cuatro dedos vigorosos. Me agrada oír el chapoteo de los labios mayores inundados; el

ruido nítido me despierta de mis fantasmas. Nunca de golpe, ni con facilidad, estiro el cuerpo para ofrecerlo a caricias. Necesito tiempo antes de decidirme a separar de par en par los muslos, a lanzar hacia atrás la cabeza y a abrir los brazos para abombar el pecho. El tiempo, tal vez, de deshacerme de la postura refleja de perro ovillado que quedó impresa en mi cuerpo cuando, de niña, disimulaba la masturbación, el tiempo de acceder una vez más, e incluso después de haber posado horas ante una cámara fotográfica, a mostrar mi cuerpo de golpe, entero. Lo que temo no es la desnudez —al contrario—, sino la revelación instantánea. Y aún menos titubeo en entregarme a otros —¡muy al contrario!—, sino que no acierto a abandonar mi mirada interior para verme yo misma. Necesito justamente utilizar la mediación de la mirada ajena. No sé decir: «¡Venga, mira!» Mas bien espero que me digan, no sin precaución: «Mira cómo te miro...» Le dejo hacer a Jacques. Pero como resueltamente me he refugiado muy en el fondo de mí misma, para volver a la realidad tengo que pasar por una especie de estado fetal. Me acurruco para atrapar de un bocado el miembro endurecido y sentir bajo mis labios su envoltura tierna, que resbala sobre su eje. Me movilizo tan bien en este acto que podría afirmar que estoy totalmente llena, con todo mi cuerpo ensartado y ceñido como un guante.

En una serie de fotografías tomadas por un fotógrafo norteamericano que publicó varias de ellas, años más tarde, en la revista *On Seeing*, se me ve — me veo hoy— primero de pie como una sonámbula frágil —se diría que me bamboleo—, cerca de una pareja que fornicaba encima de un colchón. Está oscuro, parece que estoy vestida totalmente de negro, la iluminación sólo recae sobre las rodillas de la chica y las plantas de los pies del chico. En otros negativos estoy sentada al lado de la pareja, doblada en dos; bajo la melena que cuelga se adivina mi cabeza arrinconada entre un muslo de la chica y la pelvis del chico. Con una mano, fuerzo un poco la separación del muslo. Debo de estar intentando lamer lo que alcanzo de sus sexos fundidos. ¿De qué tengo aspecto? De un obrero aplicado —fontanero, tapicero, mecánico— que examina los puntos donde debe trabajar; de un niño que ha dejado que su juguete ruede hasta debajo de la cama y que escruta el agujero negro para recuperarlo; de un corredor agotado que acaba de sentarse y encorva el torso antes de recobrar el aliento. Puedo decir que al esfuerzo que hago para introducir mi cuerpo en el hueco que dejan los otros dos, y se diría que quiero introducirlo entero, corresponde una absoluta concentración mental.

4. DETALLES

ME gusta mucho chupar el sexo de los hombres. Fui iniciada a este respecto casi al mismo tiempo que aprendí a dirigir el glande descapullado hacia la otra entrada, la subterránea. En mi ingenuidad, creí al principio que una mamada era un acto sexual perverso. Todavía me oigo explicando la cosa a una amiga, dubitativa y ligeramente asqueada, yo fingiendo indiferencia y en realidad bastante orgullosa de mi descubrimiento y de mi aptitud para afrontarlo. Esta aptitud es muy difícil de explicar porque, más allá de cualquier vestigio del estadio oral, y antes de la osadía con que se ejecuta un acto que se cree anormal, hay una oscura identificación con el miembro del que una se apropia. El conocimiento que se adquiere por medio de la exploración efectuada simultáneamente con la punta de los dedos y de la lengua, tanto de los detalles más nimios de su relieve como de sus más ínfimas reacciones, es quizá superior al conocimiento que posee su propio dueño. De ello se deriva un inefable sentimiento de dominio: una minúscula vibración con la punta de la lengua y he aquí que se produce una reacción desmesurada. A esto se añade que absorber con toda la boca proporciona una impresión más clara de estar llena que cuando lo engulle la vagina. La sensación vaginal es difusa, jubilosa, el invasor parece derretirse dentro, mientras que se distinguen perfectamente los dulces contactos del glande en el exterior o el interior de los labios, en la lengua, el paladar y hasta en la garganta. Sin hablar de que en la fase final se saborea el esperma. En suma, eres solicitada tan sutilmente como solícitas tú misma. Para mí subiste el misterio de la transmisión del orificio superior al inferior. ¿Cómo es posible que el efecto de la succión se perciba en la otra extremidad del cuerpo, que la opresión de los labios alrededor del pene forme una pulsera durísima en la entrada de la vagina? Cuando la felación se ejecuta bien, me tomo mi tiempo y procedo a reajustar mi postura, a variar el ritmo, siento venir de una fuente que no mana en mi cuerpo una impaciencia que afluye y concentra una inmensa energía muscular ahí, en ese sitio del que sólo tengo una imagen imprecisa, al borde de ese abismo que me abre desmesuradamente. El orificio de un tonel al que se le pone un fleje. Cuando el anillo lo genera el contagio de la excitación del clítoris vecino, lo entiendo. ¡Pero cuando la orden procede del aparato bucal! La explicación, sin duda, hay que buscarla en un recoveco mental. Por más entornados que tenga los párpados la mayoría del tiempo, tengo los ojos tan cerca de la minuciosa tarea que sin embargo la veo, y la imagen que capto es un poderoso activador del deseo. El fantasma quizá consista también en que, detrás de los ojos, ¡el cerebro tendría una inteligencia instantánea y perfecta del objeto que casi lo toca! Primero veo mis propios métodos para regular la respiración: el estuche flexible de mi mano, mis labios replegados por encima de mis dientes para no lastimar, mi lengua que lanza una caricia al glande cuando se aproxima. Evalúo visualmente su recorrido, toda la mano que acompaña a los labios, a veces con un ligero movimiento giratorio, y acrecienta la presión a la altura del gran retoño terminal. Luego la mano de pronto se desolidariza para menear vigorosamente, sólo con dos dedos en forma de tenaza, y agita la sedosa extremidad sobre la almohadilla de los labios cerrados en un beso. Jacques siempre deja escapar el «ah» claro y breve de un rapto por sorpresa (a pesar de que conoce

perfectamente la maniobra), y que redobla mi propia excitación, cuando la mano afloja para que la verga se adentre plenamente hasta tocar el fondo de la garganta. Trato de mantenerla ahí unos instantes, e incluso de pasear su redondez por lo mas hondo del paladar, hasta que las lagrimas afluyen a mis ojos, hasta que me ahogo. O bien, y para eso hay que tener todo el cuerpo bien vertical, inmovilizo el tallo y toda mi cabeza gravita alrededor y distribuyo caricias con las mejillas, el mentón mojado de saliva, la frente y el pelo y hasta la punta de la nariz. Lamo con una lengua pródiga hasta los cojones que tan bien se tragan. Movimientos entrecortados de sesiones mas largas sobre el glande, donde la punta de la lengua describe círculos, a no ser que aplique carantoñas sobre el reborde del prepucio. Y, acto seguido, ¡hala! Sin avisar, me lo trago todo y oigo el grito que transmite su onda al anillo forjado en la entrada del coño.

Si me abandonase a la facilidad podría escribir paginas sobre esto, sobre todo porque la sola evocación de este trabajo de hormiga provoca ya los primeros signos de la excitación. Puede que haya una correspondencia remota entre el cuidado con que ejecuto una mamada y el esmero que pongo, cuando escribo, en todas las descripciones. Me limitaré a añadir que también me gusta renunciar a mi función de directora. Me gusta que dos manos firmes me inmovilicen la cabeza y que me follen la boca como me follarían el coño. En general, experimento la necesidad de apresar con la boca en los primeros momentos de la relación, con animo de activar los mililitros de sangre que producen la erección. Ya estando ambos de pie y yo dejandome deslizar hasta los pies de mi compañero, o bien estando acostados y yo metiéndome debajo de la sabana. Como en un juego: voy a buscar en la oscuridad el objeto de mi codicia. Por lo demas, en esos momentos, empleo tontamente palabras de niña glotona. Reclamo «mi pirulí gordo», lo cual me regocija. Y cuando de nuevo levanto la cabeza, pues es preciso relajar los músculos aspirados hacia el interior de mis mejillas, me contento con el «hum...», qué rico» de quien hace creer en la satisfacción de sus papilas cuando se dedica sobre todo a cebarse. Del mismo modo, recibo los cumplidos con la vanidad del buen alumno el día del reparto de premios. Nada me anima mas que el que me digan que soy «la que mejor la mama». Mejor aún: cuando, con vistas a la escritura de este libro, interrogo a un amigo, veinticinco años después de haber cesado toda relación sexual con él, y me dice que posteriormente «nunca ha encontrado otra chica que hiciera tan bien una mamada», bajo los ojos, en cierto modo por pudor, pero también para encubrir mi orgullo. No me he visto privada de otras gratificaciones en mi vida personal o profesional, pero, a mi entender, habría que mantener un equilibrio entre la adquisición de las cualidades morales e intelectuales que granjean la estima del prójimo y una excelencia proporcional en las prácticas que hacen caso omiso de esas cualidades, que las barren, las niegan. Se pueden dar muestras de esta capacidad hasta el punto de aceptar que la admiración que suscita se convierta en burla. Éric estuvo a punto un día de estrellar la mano en la cara de un pardillo con el que topamos en aquel local nocturno que se llamaba Cléopatre. Cuando pedí de beber, el muy imbécil, incapaz de apreciar mi ardor como convenía, declaró que en efecto ya era hora de que yo bebiese algo, porque aquello empezaba «a oler a corcho quemado».

El cuerpo desguazado

Si cada cual dibujase su cuerpo al dictado de su mirada interior, ¡qué hermosa galería de monstruos obtendríamos! Yo, por mi parte, sería hidrocéfala y calipigia, con las dos protuberancias conectadas por un inconsistente brazo de molusco (me cuesta conferir existencia a mi pecho), todo ello descansando sobre dos estacas que entorpecen mis movimientos en vez de facilitarlos (durante mucho tiempo he estado acomplejada a causa de mis piernas, de las que Robert, sin maldad, decía que se parecían a las de la niña del chocolate Meunier). Tal vez mi temperamento cerebral me haya inducido a otorgar prioridad a los órganos situados en la cabeza, los ojos, la boca. Incluso puede que haya existido una relación compensatoria entre ellos. Cuando era muy pequeña, me piropeaban por mis ojos grandes; llamaba la atención su color castaño oscuro. Luego crecí, mis ojos adquirieron menos importancia proporcional en mi cara y fue una gran herida narcisista comprobar, en la adolescencia, que ya no les hacían tanto caso. Entonces trasladé a la boca, que me parecía bastante bien dibujada, un posible poder de atracción. Y aprendí a abrirla mucho, al mismo tiempo que cerraba los ojos, al menos en determinadas circunstancias, mientras que, en una representación fantasmática de mí misma, se desarrollaba mi trasero, rotundidad tanto más acentuada porque tengo el talle marcado. Este trasero que proyecto cada vez más en lo desconocido del out-back (la expresión que utilizan los australianos para designar el desierto que se extiende a su espalda), es decir, que no puedo ver de verdad. Jacques me regaló un día una postal que reproducía un bosquejo de Picasso para Lasseñoritas de Avignon: una mujer de espaldas, con el torso en forma de triángulo, dos nalgas rollizas sobre dos buenos jamones. Mi retrato, aseguró.

Mi trasero, mi otra cara. Claude decía que «tu cara no es gran cosa, ¡pero qué culo!». Me gusta que Jacques, en acción, designe indistintamente con el nombre de culo toda mi parte inferior que él penetra, y que acompañe las declaraciones de amor que le dirige con palmadas rotundas en los glúteos. No me privo de pedirselo. «Menéame el culo», es una de mis peticiones más frecuentes. En respuesta, él aferra una tras otra mis nalgas y sacude su masa plástica con la rudeza con que batiría dos montañas de nata. Si remata la faena deslizando por detrás los dedos juntos como la cabeza de un pato, para abrirle el pico, es decir, si despega los dedos en el estrecho pasillo que recorre desde la ranura de las nalgas hasta el hueco del coño, en ese momento no soporto la impaciencia de esperar la polla.

En cuanto me pongo, doy a mi vez muestras de una actividad frenética. Bien a cuatro patas o tendida de costado, imprimo una vibración enérgica a la articulación de la cintura, y la repercusión de mis golpes de riñón vigorosos y regulares produce el ensamblaje fantasmático de mi boca y mi sexo. Pregunto si le «chupo» bien la polla con mi coño. «¿Voy a absorber todo tu polvo?» Para estimularme basta una respuesta sencilla, la que adosa mi nombre a esa zona en que me condenso entera: «¡Oh, Catherine! Tu culo, tu culo...» Saber que examinan detenidamente lo que yo no puedo ver es igualmente tónico. Mas que la plena luz, es preferible un raudal focalizado, como el de una lámpara de cabecera orientable. A veces propongo el uso de una linterna. Dando un vistazo hacia atrás, sorprendo la mirada del que escruta la hendidura entre las nalgas para presenciar la desaparición de su precioso apéndice. Ante todo recorro a la descripción que él me brinda, por literal y tosca que sea. «¿Me ves bien el culo?» «Ah, sí, qué bonito es, oye. Me traga bien la polla. Ah, pero el cabronazo quiere más todavía...» Yo misma superviso, colocada de perfil, cuando hay un espejo cerca, la inmersión y la emersión de lo que se asemeja a un leño flotante en el seno de la ola. Debido a esta predilección por las sensaciones

experimentadas a la altura de la grupa, la posición a cuatro patas ha sido siempre mi preferida, hasta que he llegado a confesarme —una siempre acaba siendo sexualmente franca consigo misma, aunque, desde luego, eso puede requerir mucho tiempo— que, aunque permitía que la verga azotase fuerte y profundo, no era, con todo, el modo de penetración que más me satisfacía. Dicho de otra forma, después de haberme lanzado, con los riñones, al asalto de la polla, y tras haber sido, alternativamente, ensartada y sacudida como el paño de un pulidor, me gusta que me den la vuelta y me la planten al estilo clásico.

Este placer de exponer mi pompis no data de ayer. A los seis o siete años, lo destapaba para mi hermano en un juego que copiaba en parte el procedimiento para masturbarme. A saber: levantada la falda, arrugaba las bragas dentro de mi raja hasta la entrepierna, y empujaba las nalgas todo lo posible hacia el exterior del banco donde estaba sentada. Aguardaba así a que el chiquillo se pusiera a mi espalda. La diversión residía en que fingíamos que yo me había puesto al descubierto por descuido y que él me rozaba el culo por inadvertencia.

Hay que creer que impartimos las caricias tal como las recibimos, pues siempre me he apresurado a responder a las expectativas de los hombres que también tenían el culo sensible. He hablado de aquel amigo que se ponía a gatas y al que meneaba hasta que el dolor me paralizaba el brazo y el hombro. Otro, sin previo aviso, me plantó un día las nalgas contra la nariz. Era al comienzo de nuestra relación, él observaba una conducta pudorosa, yo tuve que vencer sus resistencias para officiar una felación. Pero no bien le había engullido, él, con el cuerpo rígido, se dio media vuelta y me ofreció, para mi sorpresa, dos glúteos resueltos. Me resultó más fácil alcanzar su agujero del culo que su glande. Sin embargo, cuando alcé la cabeza, me pareció advertir que él tenía el mismo semblante severo, casi censor, que había adoptado cuando al principio me la había metido en la boca. Más adelante habría de acostumbrarme a explorar hasta las partes más ínfimas de su cuerpo; nunca he lamido, besado, mordisqueado tanto a nadie, desde el lóbulo de la oreja hasta la inestable sujeción de los testículos, pasando por las delicadas depresiones de la axila, la sangría del codo y el pliegue de la ingle. Se trataba de una ocupación sistemática de un territorio donde yo depositaba mis marcas en forma de escupitajos lanzados desde una altura de unos centímetros, para que la saliva tuviera tiempo de deshilarse, límpida y no obstante signo de mancilla.

Que mi pecho sea más linfático, ¿se debe a que le han dispensado una menor atención?; que no se me ocurra ofrecer mi pecho espontáneamente a la vista y a las caricias, ¿es la razón de que me resulte fastidioso tener que excitar las tetillas de mi compañero? Muchos hombres piden que les «trabaje los pechos» y hasta esperan que, a modo de arrumacos, les pellizque y les muerda esas zonas delicadas. Con frecuencia me han reprochado que no pellizque lo bastante fuerte, a pesar de que me dolía la mano a fuerza de girar entre los dedos las tetillas, prensándolas al máximo. Aparte de que, en el terreno de mis pulsiones, la sádica es la menos desarrollada de todas, no consigo hallar en mí la resonancia del placer provocado de este modo. En cuanto a mí, prefiero que me abarquen todo el pecho con un gesto amplio, mediante roces, lo cual es más agradable todavía durante el periodo del ciclo, cuando mi senos son un poco más pesados, porque entonces los siento temblar dulcemente. No me gusta que me los aprieten ni que me los pellizquen. Me reservo para mí la excitación de mis pezones, sobre todo para sentir su dureza, su rugosidad, bajo mis palmas lisas. Pero en mi propia intimidad me procuro la

sensación de un contraste aún más vivo: en cuclillas u ovillada, me frotó los pechos contra los muslos, y esta caricia es perturbadora: parece que mis muslos me son ajenos, que no me pertenecen, que su caricia me viene del exterior, y me derrito, sorprendida cada vez por el terciopelo de su piel.

A propósito de la búsqueda de ese contraste entre lo rudo y lo suave, me viene el recuerdo de una de las primerísimas emociones eróticas que viví como tal. A mi hermano y a mí nos mandaban a pasar unas vacaciones en casa de unos amigos de mi padre que tenían numerosos nietos con los que solíamos jugar. Un día, el abuelo, enfermo, tuvo que guardar cama y yo fui a su habitación a visitarle. Estaba sentada en el borde de la cama y él empezó a explorarme la cara. Paseando los dedos, notó que yo tenía el ángulo de las mandíbulas muy fino, pero, al llegar a la altura del cuello, diagnosticó que más adelante tendría propensión al bocio. Esas observaciones contradictorias me turbaron. Luego, pasando la mano por debajo de mi blusa, rozó los pechos que apenas despuntaban. Y como yo permanecía con el busto inmóvil y la boca callada, dijo que cuando llegase a convertirme en una mujer sentiría mucho placer cuando me acariciasen así «las tetas». Yo ya no me movía, quizá solamente la cabeza, que giré hacia la pared, como si no oyese lo que me estaban diciendo. Las callosidades de su gruesa mano me raspaban la piel. Por primera vez, tuve conciencia de que el pezón se me erizaba. Escuché el vaticinio. De repente me habían conducido al umbral de mi vida de mujer y me sentía orgullosa. Un niño forja su poder en el enigma de su vida futura. Por eso, aunque trastornada por un gesto para el cual yo aún no disponía de respuesta completa, volví de nuevo la mirada hacia aquel hombre postrado, y a quien apreciaba. Me inspiraba piedad porque su mujer era impotente, obesa, con las piernas cubiertas de llagas supurantes cuyas vendas él cambiaba meticulosamente por la mañana y por la noche. Al mismo tiempo, su cara grisacea y su nariz grumosa me daban ganas de reír. Me zafé suavemente.

Por la noche, en la cama que compartía con una de sus nietas, le conté el episodio. También la había tocado a ella. Al hablar nos mirábamos directamente a los ojos para medir en la mirada de la otra la magnitud de nuestro descubrimiento. No nos cabía duda de que el abuelo estaba haciendo algo que era ilícito, pero el secreto que él nos empujaba a compartir valía mucho más que una moral cuyo sentido, de todos modos, no estaba más claro. Una vez que quise, también con orgullo, casi en tono de bravata, hablar de mis masturbaciones en el confesionario, la reacción del cura había sido tan decepcionante —no había hecho comentario alguno y me había largado, como de costumbre, algunas avemarías y algunos padrenuestros de penitencia—, que a partir de entonces le miré con desprecio. ¡Ni hablar, pues, de contarle que me había turbado la mano de un anciano posada en mis pechos!

Si veo que la mirada de un hombre se detiene, aunque sólo sea durante medio segundo, ahí donde supongo, por deducción, que mi sujetador tira de la botonera de mi blusa o, más en general, si me dirijo a un interlocutor cuyos ojos clavados en mí siguen clarísimamente otro pensamiento que el que yo estoy exponiéndole, me refugio siempre exactamente en el mismo comportamiento recatado que cuando aquel primer examen por parte del abuelo. Por este motivo nadie encontraría en mi ropero vestidos con escote en pico ni ninguna prenda muy ceñida. Este pudor se hace extensible a las personas que me rodean. Sentada en el canapé de un salón, al lado de una mujer indecente, tendré el reflejo de tirar del dobladillo de mi falda y de encoger el pecho. En tales circunstancias, mi

malestar procede tanto de la impresión de que es, por deslizamiento, mi propia anatomía la que ella revela, como de mi tendencia, descrita mas arriba, a radicalizar sin demora los contactos sexuales; en otras palabras, al guardar la compostura me abstengo de meter la mano entre las dos mamas medio al descubierto y de destaparlas por completo. Sin embargo, durante mucho tiempo no he usado ropa interior. He olvidado la razón por la que dejé de usarla. Desde luego no fue para seguir la consigna feminista que quería relegar el sujetador al pasado, porque no he profesado nunca esa filosofía, sino quizá, a la postre, con la misma intención de no recurrir a un accesorio de seducción. Claro está que el resultado podría haber sido el opuesto, el pecho que se adivina libre debajo de la ropa es tan incitante como el que realzan unos aros, pero lo es de un modo «natural». Al menos, yo creía precaverme contra la sospecha de que hubiese podido abrigar alguna estrategia de conquista. De igual manera prescindía de las bragas. ¿Durante cuántos años no habré tenido que lavar todas las noches, por higiene, la entrepierna de mi pantalón, cuando habría sido más rápido meter unas bragas en la lavadora? A mí, por el contrario, me parecía más fácil ponerme directamente sobre la piel todas las demás prendas. Me lo dictaba explícitamente un cierto minimalismo, casi un funcionalismo: el principio en virtud del cual a un cuerpo libre no tienen que entorpecerle adornos, una vez que está listo sin necesidad de preliminares, ostentación de encajes o manipulación de los broches del sujetador. En resumen, no soporto bien la mirada del ligón que te desviste con los ojos, pero, puestos a desvestirse de verdad, más vale hacerla de golpe y porrazo.

¡Qué distinto camino es el que sigue la mirada subjetiva! Como en una carretera de montaña entrecortada de túneles, pasas continua y brutalmente de la oscuridad a la luz y de la luz a la oscuridad. Lo que estoy explicando es que prefiero mantener tapado lo que es costumbre desnudar, aun cuando en estas páginas exponga una intimidad que la mayoría de la gente mantiene secreta. Huelga decir que, al igual que el psicoanálisis, que ayuda a abandonar en el camino algunos jirones de uno mismo, escribir un libro en primera persona la relega al rango de tercera. Cuanto más detallo mi cuerpo y sus actos, tanto más me distancio de mí misma. ¿Quién se reconoce en esos espejos deformantes que muestran las mejillas y la nariz como vastas tierras agrietadas? Sucede que el goce sexual, puesto que, como suele decirse, te saca de ti mismo, instaura el mismo tipo de distancia. Tal vez incluso la relación sea estructural y la distancia genere el goce tanto como es generada por él, al menos para una categoría de personas a la que pertenezco. Pues —y es el punto al que quería llegar— la que he descrito, molesta por una mirada insistente, que duda en lucir una ropa sugerente, la misma, por otra parte, que se implicaba a ciegas en aventuras sexuales en que los compañeros no tenían rostro, experimenta un placer indiscutible en exponerse siempre que esa exposición sea, en principio, distanciada, objeto de una operación especular, de un relato.

En esta materia, la imagen y el lenguaje son cómplices. Si es tan incitante medir en un espejo, casi al centímetro, la cantidad de carne que puede engullir la tuya propia, se debe a que el espectáculo es asimismo pretexto para comentarios. «¡Jope! ¡Qué bien entra, qué a fondo!» «Espera, la dejo en el borde para que la veas bien, luego te la calzo...» Una clase de dialogo que Jacques y yo entablamos de buena gana se caracteriza por su índole puramente factual. El vocabulario es crudo y limitado, pero menos para provocarnos mutuamente en un envite obsceno que por afán de ser exactos en la descripción. «¿Notas lo mojado que esta? Esta empapado hasta los muslos, y el pequeño clítoris esta todo hinchado.» «¡Qué

bien se bandea este culo! Quiere la polla, ¿eh? La pide.» «Sí, pero antes quiero pasear el glande por el clítoris. ¿Puedo pajearte encima?» «Sí, ¡Y luego te enculo!» «Bien... Y tú, ¿le gusta a la polla?» «Sí, le gusta mucho.» «¿Así te tira bien de los huevos?» «Sí, me los zarandea. ¡Ah, sí! ¡Pero a este coño lo vamos a joder como es debido!» Y el dialogo prosigue en un tono bastante sosegado, incluso cuando nos acercamos al epílogo. En la medida en que no vemos ni sentimos la misma cosa al mismo tiempo, el uno se dirige al otro con el fin, en cierto modo, de completar su información. Podríamos decir también que somos como dos dobladores que miran fijamente la pantalla en la que siguen la acción de los personajes a los que prestan su voz: revelamos mediante las palabras a esos protagonistas de una película porno que se desarrolla ante nuestros ojos y que se llaman Culo, Coño, Cojones y Polla.

El relato despieza los cuerpos, satisfaciendo la necesidad de cosificar- los, de instrumentalizarlos. La célebre escena de El desprecio, de Godard, en la que Piccoli recorre, palabra a palabra, el cuerpo de Bardot, es una hermosa transposición de ese toma y daca entre visión y palabra, en la que ésta no cesa de centrarse en fragmentos del cuerpo. ¡Cuántas veces se exclama «¡Mira!» cuando se folla! Por supuesto, en ese momento se dispone de plena libertad para disfrutar de una visión de cerca, pero también ocurre que para ver bien hay que tomar distancia, como se hace en las salas de un museo. Me encanta contemplar de lejos la polla prometedora cuando nos desvestimos. De acuerdo con la ley de la Gestalt—Theorie, me parece enorme en comparación con el cuerpo, que, por su parte, parece casi fragilizado por esa semidesnudez en ocasiones un poco irrisoria, y por su aislamiento grotesco en medio de la habitación, mas gruesa en todo caso que si sólo la tuviera a ella delante. Del mismo modo, puede suceder que, de improviso, yo salga del juego para plantarme de pie y de espaldas, a dos metros de distancia, agarrando con las manos las nalgas para separarlas lo máximo posible y poner al alcance de la vista, sobre una misma línea de fuga, tanto el crater pardusco del agujero del culo como el valle carmesí de la vulva. Como cuando una invitación cobra el cariz de una necesidad, al igual que se dice: «Tiene que probar esta fruta», yo digo: «Tienes que verme el culo.» Y me cimbreo, porque las cosas, cuando las animas, se vuelven mas pintorescas.

Enseñar el culo y verme la cara. Pocos placeres igualan esta doble polarización. La configuración del cuarto de baño es ideal: por un lado, el lavabo ofrece un asidero perfecto, que ayuda a amortiguar las embestidas que sufre el trasero y, por otro, atisbo a intervalos en el espejo que hay encima, crudamente iluminado, un rostro que, al revés que la parte inferior de mi cuerpo, en plena movilidad, se descompone. Tiene las mejillas hundidas y la boca abierta a la manera de un autómatas al que su mecanismo, al final del recorrido, deja de pronto en suspenso. Podría ser la cara de una muerta si no tuviese esa mirada, cuando la cruzo, insostenible de apatía. La oculto, bajando a medias los párpados, y a la vez la busco. Es el punto de estiba; al captar su reflejo formulo esta certeza: estoy gozando. Y es el sifón por donde evacúa mi cuerpo: no puedo reconocerme en semejante abandono y hasta, con un sentimiento de vergüenza, lo rechazo. De este modo el placer se mantiene en una cresta: así como la multiplicación de dos números negativos da un número positivo, este placer es pro-ducto no, como se dice a veces, de una ausencia de sí mismo, sino de la conjugación de esa ausencia entrevista y del horror que, en un sobresalto de la conciencia, suscita. En ocasiones, me transporto yo sola hasta esa voluptuosidad, en un interludio durante mi aseo. Descanso una mano en el borde del lavabo, me hago una paja con la otra y con el

rabillo del ojo me vigilo en el espejo. Me impresionó mucho una película pornográfica. El hombre penetraba a la mujer por detrás. La cámara estaba colocada frente a ella, de forma que su cara ocupaba el primer plano. Regularmente, bajo la presión que sufría todo el cuerpo, la cara se proyectaba hacia delante y se deformaba como cualquier objeto enfocado por el objetivo desde demasiado cerca. Se oían las exhortaciones del hombre: «¡Mira! ¡Mira a la cámara!», y la mirada de la chica se clavaba en la tuya. Me pregunto si no le tiraría del pelo para que ella levantara mejor la cabeza. Me he inspirado mucho en esa escena para las historias que sostienen mis masturbaciones. En la realidad, un hombre con quien sólo estuve una vez me proporcionó un placer tan intenso que he conservado su recuerdo preciso, y fue porque, a cada empellón de su verga, me pedía encarecidamente: «Mírame a los ojos.» Yo le obedecía, a sabiendas de que él presenciaba la descomposición de mi rostro.

La facultad de absorción

Un defecto de las películas pornográficas es que dan una representación estereotipada del orgasmo; en ellas se goza casi sistemáticamente, de resultados de acometidas redobladas, con los ojos cerrados, la boca abierta y lanzando gritos. Ahora bien, hay orgasmos que se alcanzan en la inmovilidad o en el silencio, y que se ven venir y producirse. Tanto en la vida como en el cine, se recurre a tópicos, sobre todo cuando se quiere encender o estimular el deseo. Todo el mundo tiene en los labios más o menos las mismas palabras, obscenas o no. Los hombres suelen pedir que se les requiera a ellos o a su sexo («¿Te apetece una bien gorda? Contesta», «Lláname, venga, lláname»), mientras que las mujeres, incluso las de espíritu más independiente, siguen siendo proclives a la sujeción, hasta el extremo de pedir que les causen heridas que serían horribles («¡Desfóndame!», «¡Otra vez! Oh, ¡desgárrame!»). Al ver, en un vídeo, que extendiendo por medio de amplios masajes sobre mi pecho la lefa que acaba de salpicarlo, me pregunto si no estoy repitiendo un gesto que he visto docenas de veces en la pantalla. El chorro era menos espumoso que en las películas, pero asimismo espectacular; el semen me abriga la piel. Antes de la invención del cine, ¿los hombres y las mujeres empleaban la misma retórica y adecuaban a las mismas pautas su gestualidad erótica? Pero cuanto más vivo es el deleite menos «cine» hay. Lo compruebo en mí misma. Mientras el placer es ascendente, me empleo a fondo. Además de los movimientos de la pelvis, agito piernas y brazos. Tumbada de espaldas, espoleo a mi compañero con talonazos repetidos en las nalgas y los muslos. Luego llega una fase en que decae este nerviosismo. El otro ya sólo se encarna sobre una masa de carne inerte. La voz se transforma. Los relatos han pasado a ser superfluos, las palabras pronunciadas se han vuelto más lacónicas. Digo «sí, sí, sí», y a veces acompaño esta letanía con un movimiento rápido de la cabeza, de derecha a izquierda, o bien repito: «Sigue, sigue.» Y, de repente, la voz se hace más clara, más sonora, con la calidad de dicción y la autoridad de un actor que ha aprendido a modular la voz, y las palabras se espacian, las sílabas se recalcan, «sigue». Hay veces en que el «sí» se convierte en un «no» y en ciertas imágenes me veo hundir la cara entre las manos.

No ejercería el oficio que ejerzo, y tampoco sería capaz de reunir hoy todas estas anotaciones, si no poseyera ciertas dotes de observación. Un don que se practica tanto mejor cuando va emparejado con un superego sólido. No me entrego fácilmente y, en los

momentos de supuesto abandono, a menudo permanezco al acecho. Así pues, siempre he prestado una gran atención a mis compañeros, a los que tenían una identidad, por supuesto, pero sin diferenciar según el grado de mi relación con ellos, ya fuera un apego profundo o un vínculo pasajero. Esta atención debe de pertenecer a la misma estructura perceptiva que la concentración que muestro delante de un cuadro, o que la facultad que poseo, en el metro, en un restaurante o en una sala de espera, de abismarme realmente en la contemplación de mis vecinos o vecinas de banco. Atención que ha dado origen a mi pericia. Me jacto de ser bastante experta, y si he llegado a serio es porque siempre he medido el efecto que producen mis iniciativas. Como se menciona al principio de este capítulo, me pongo espontáneamente en el pellejo del prójimo para tratar de experimentar por mi cuenta lo que siente. No es sólo una manera de hablar; me he sorprendido reproduciendo miméticamente tics y exclamaciones propios de fulano o mengana. Vale decir que a menudo he dejado que mi placer pase a un segundo plano. He tardado mucho, muchísimo, en descubrir las caricias y las posturas que me eran mas agradables. Aventuraré la explicación siguiente: no me fue concedido de entrada un cuerpo apto para el placer. Primero tuve que entregarme a la actividad sexual literalmente a cuerpo descubierto, extraviarme en ella hasta el punto de confundirme con el otro para, al final de una muda, tras haberme despojado del cuerpo mecanico recibido al nacer, enfundarme otro cuerpo, esta vez tan capaz de recibir como de dar. Entretanto, ¡cuantos cuerpos ajenos, cuantos rostros he observado absorta!

Salvo contadas excepciones, me acuerdo con relativa exactitud del cuerpo de mis principales compañeros, e incluso de lo que perduraba en su cara en el instante en que huía la otra parte de su ser. Se asocian a estas imágenes los gestos convulsivos y el lenguaje peculiar de cada uno. La observación no entraña un juicio automático, pero, si es escrupulosa, confiere a la conciencia cierta objetividad. Puede haberme seducido la belleza física de un hombre, pero no por eso he detectado menos los defectos que cortaban en seco toda fascinación. Por ejemplo, esa cara más bien redondeada, realizada por ojos como almendras, pero que estaba plantada en un cráneo singularmente aplastado por detrás y que me recordaba, cuando la examinaba de perfil, un globo comprimido. Un giro de noventa grados y la efigie que podía compararse a un retrato del Renacimiento tenía apenas más espesor que si se hubiese mirado, en efecto, el canto de un cuadro. Al volver a recorrer una galería de retratos, pillo en falta a mi memoria y a mi sentido de la observación: paradójicamente, un hombre cuya belleza me ha seducido especialmente, el único, por lo demás, que era más joven que yo entre todos los que he frecuentado, no me dejó ningún recuerdo de carácter sexual. Muchas de sus expresiones, sus actitudes, sus palabras me vienen a la cabeza, ¡pero ninguna que pudiera captar mientras follábamos!

¿Tiene la naturaleza que haber querido ahorrar a los hombres el riesgo de romperse para compensar, cuando sus músculos están tirantes al máximo, esa tensión que baña de paz su rostro? ¿No se diría que lo voltean, como para refrescado debajo de una fuente, en el instante en que llegan al final de una carrera que les ha caldeado el cuerpo entero? Muchos exhiben esta serenidad, pero no el hombre que se parecía a un retrato renacentista. Cuando desfilan en mis recuerdos muchas de estas caras apacibles —una que redondeaba la boca y que, como estaba coronada por un bigote, tenía el aire bobalicón de un niño incómodo en su disfraz; otro que esbozaba una sonrisa tan tenue que habría podido delatar un malestar y acompañar las disculpas de una persona púdica a la que han sorprendido en una

situación indecente—, vuelvo a ver, por el contrario, en el rostro de ese hombre, normalmente tan terso, la máscara de un dolor contenido. Habría sido patético si, en aquellos momentos, a la exclamación con-venida de «¡me corro!, ¡me corro!», no hubiese agregado esta otra: «¡Ah, Dios mío!», lo que constituía una invocación chistosa a la que yo no podía por menos de prestar atención.

Pero la calma también puede confundirse con la indiferencia. He conocido a un hombre tan reconcentrado que se retiraba de su apariencia física hasta el punto de que ésta ya no expresaba nada. Su cuerpo ejercía todo su peso sobre mí, activo, sí, pero impasible, como si me lo hubiera abandonado, y cuando su semblante ausente se aplastaba contra el mío yo habría podido ver, flotando sobre nosotros, como en una película fantástica, a su fantasma arrebatado por el orgasmo. Era el mismo cuerpo que yo contemplaba cuando este hombre se masturbaba sin preocuparse de mi presencia, con arreglo a una técnica que sólo he visto en él. Tumbado de bruces, con los brazos doblados y apretados contra los costados, prensaba su sexo entre sus muslos potentes mediante contracciones imperceptibles. La postura inflaba aún más los músculos de su cuerpo rechoncho. Yo, curtida adicta al onanismo, admiraba la concentración con que ejecutaba el rito, defendiendo terca y ferozmente el aislamiento mental que se precisa para ejecutado.

Cuando has hecho el amor varias veces con un hombre, sabes en qué momento va a «correrse», aunque no sea de los que lo anuncian en voz alta. Tal vez lo sepas antes que él, informada por indicios que pueden ser nimios: quizá porque te ha hecho adoptar una postura que has advertido que actúa sobre él como un detonante; quizá porque se calla y su respiración se vuelve perceptible, apaciguada con una anticipación de unos segundos. Un amigo, follador imaginativo, elocuente y revoltoso, que te contaba durante una hora los más increíbles fantaseos eróticos, y te hacía ensayar las posiciones más acrobáticas y los sustitutos más inverosímiles (pepino, salchichón, botella de Perrier, porra blanca y luminosa de agente de la policía, etc.), se sosegaba de pronto unos instantes antes de eyacular. En la postura en que yo estuviese, me colocaba debajo de él, cavaba ya sin empuje y suplantaba las palabras por discretos y ligeros mugidos. Yo estaba convencida de que esta fase final obedecía a una decisión tomada con pleno conocimiento de causa, y no me habría asombrado que él dijera: «Bueno, basta de cachondeo, pasemos a las cosas serias.» A continuación, cuando ya había eyaculado, se demoraba encima de mi cuerpo, desgranando contra mi oído un «ji, ji, ji» semejante a una risita forzada, pero que no creo que lo fuese, sino más bien una manera suave de devolvemos a la realidad. Era la risa de quien ríe primero para buscar tu complicidad y que le perdones por haberte arrastrado a una aventura imprevista. Y como para mejor despertarme de nuestro sueño, antes de volver a abrir sus ojos, me rascaba cariñosamente el cráneo.

Así como no me disgusta rozar la decadencia o la abyección, y así como eso alimenta mis fantasmas, y no me repelen los frunces de un ano que cosquilleo con la lengua («¡Hum! Huele a mierda», me oigo decir, «pero esta bueno»), y me he prestado de buena gana al papel de «perra en celo», así tampoco me repugna, lejos de eso, que me llene los ojos la visión de un cuerpo un poquito degradado. Sí, me agrada estrechar entre mis brazos un cuerpo totalmente duro como una polla bien lustrosa, pero sí, me complace igual colarme debajo de la panza colgante de un hombre que espera, en una postura de hembra, que yo le ordeñe con la boca. Sí, aprecio los modales de quien se toma el trabajo de separar, con dedos de cirujano, los labios de la vulva, y que hace una pausa para admirar como un

entendido lo que descubre, antes de hacerte una paja con una precisión inaudita, enseguida insoportable. ¡Pero cómo me gusta también el que me agarra por las caderas sin mas miramientos que si se aferrase a la borda de un barco que cabecea! ¡Y el que te monta con la mirada lejana y extraviada de un animal que se aparea! El que se acuesta a medias sobre tu espalda, pegado a la región más carnosa de tu culo, donde al día siguiente descubrirás un cardenal, y al que le importa un bledo saber que conservas el equilibrio sólo a costa de un calambre atroz en los muslos que soportan el peso de los dos cuerpos. Acto seguido, acceder a convertirte en una masa molida, pronto acostada en la cama y volteada, sin más reacción que la de una bola de masa de pan. Soporte amorfo de una actividad frenética, olvidar que tus carnes puedan poseer una forma específica y ver que tus pechos se exponen y siguen el movimiento, acunados como el agua en el fondo de una barca, o que la textura sedosa de tus nalgas se desmigaja en las manos que las amasan. En esos momentos, a través de mis ojos que flotan en la superficie de mi cuerpo derretido, tengo que captar con la mirada la cabeza del obrero embrutecido en su obstinada forja de la materia. Esa cabeza no conoce el éxtasis beatífico. Me daría miedo si la degenerada voluble que yo soy no se enamora del espantajo. Tiene un ojo entrecerrado a causa de una crispación que sólo altera la mitad de la cara —he visto ya esa faz en personas que habían sufrido un ataque—, y la comisura correspondiente de la boca se tuerce y descubre la encía. No tengo miedo de esta mueca porque no expresa un dolor, sino más bien un esfuerzo terrible, una tenacidad prodigiosa, y me enorgullezco de sufrir esa fuerza.

Paciente

He follado ingenuamente durante una gran parte de mi vida. Con esto quiero decir que acostarme con hombres era una actividad natural que no me preocupaba sobremanera. De vez en cuando tropezaba, por supuesto, con algunas de las dificultades psicológicas conexas (mentiras, amor propio herido, celos), pero las imputaba a la lista de pérdidas y ganancias. No era una mujer muy sentimental. Tenía necesidad de afecto, lo obtenía, pero sin llegar al extremo de construir, a partir de relaciones sexuales, historias de amor. Cuando estaba colada por alguien, creo que era consciente de sucumbir a un encanto, a una seducción física, hasta a lo pintoresco de un esquema de relación (por ejemplo, mantener simultáneamente una con un hombre mucho mayor que yo y otra con otro más joven, y divertirme pasando del papel de nieta al de tutora), que en ningún caso llegaba nunca a comprometerme. Cuando me quejaba de la dificultad de compaginar cuatro o cinco relaciones seguidas, tenía un buen amigo para responderme que el problema no era el número de esas relaciones, sino el equilibrio que había que buscar entre ellas, y me aconsejaba que tomara un sexto amante. De pronto me volvía fatalista. No me preocupaba tampoco la calidad de las relaciones sexuales. Aunque no me procurasen mucho placer, o incluso si me desagradaban, o cuando el hombre me arrastraba a prácticas que no casaban demasiado con mis gustos, no por eso las cuestionaba. En la mayoría de los casos prevalecía el carácter amistoso de la relación. Era evidente que podía conducir a una relación sexual, y ello incluso me tranquilizaba; necesitaba un reconocimiento de mi persona completa. Que en la relación hallase o no la satisfacción inmediata de los sentidos era secundario. También eso lo apuntaba en el libro de ganancias y pérdidas. No exagero si

digo que hasta alrededor de los treinta y cinco años no consideré que mi propio placer pudiera ser la finalidad de una relación sexual. No lo había entendido.

Mi actitud poco novelesca no me impedía repartir a mansalva declaraciones de «te quiero», únicamente en el momento en que se embalaba el motor- cito alojado en el bajo vientre de mi compañero. O bien empezaba a repetir en voz alta su nombre de pila. No sé quién me había metido en la cabeza la idea de que así podría alentarle tanto a proseguir como a consumir su placer. Era tanto mas pródiga con esas declaraciones de amor puramente circunstancial cuanto que su significado no tenía ningún anclaje profundo, y que no las pronunciaba a impulso de emoción alguna, ni siquiera de un éxtasis que me hubiese exaltado el sentimiento. Aplicaba con la cabeza fría lo que yo creía que era una triquiñuela técnica. Con el tiempo prescindes de esos artificios.

Romain era un joven muy tierno, casi indolente bajo una apariencia viril, con la chupa de cuero sobre una camiseta sin planchar de soltero. Uno mas de los que vivían en un estudio en Saint-Germain-des-Prés, el mas desnudo de los que he conocido. Follabamos en un colchón directamente depositado encima de la moqueta, y me daba en la cara la luz que caía del techo. La primera vez seguí mirando la bombilla sin comprender que él había eyaculado. No me pesaba su pecho sobre el mío, y él había girado la cabeza. Lo único vivo que sentía en mi boca y mi barbilla eran algunos mechones del pelo largo que llevaba Romain. Apenas le había sentido penetrarme, apenas había asestado unas embestidas débiles. Yo también permanecía inmóvil, avergonzada. No habría querido molestarle si él no había acabado, pero, en este caso, ¿no me correspondía a mí manifestarme para reanimarle? Y si yo me movía y el asunto ya había concluido, ¿no parecería yo una idiota por no haberlo adivinado? Al final, noté que algo fluía en lo alto de mi muslo, un poco de esperma que expulsaba mi vagina. El sexo de Romain era de un tamaño conveniente, se empalmaba normalmente, pero era por completo inactivo. De haber querido personalizar aquella polla, habría podido compararla con el novato que no se mueve de su silla cuando todos los participantes en una ceremonia se levantan: no me apetecía causarle mas daño que al neófito torpón. Al abrirme de piernas debajo de aquel chico, sentía casi como la comodidad de no sentir nada, nada agradable pero tampoco nada ingrato.

En determinadas circunstancias, puedo mostrar una paciencia poco común. Poseo recursos suficientes para dar libre cauce, en silencio, a mi talante y tolerar, así, que los demas vivan su vida a mi lado. Puedo sufrir sin rechistar las manías, las pequeñas tiranías o los ataques abiertos de los demas y aguantar mucho tiempo sin hacerles caso. Dejo hacer y hago a mi gusto. Retrospectivamente me percato de hasta qué punto he sabido mostrarme paciente en las relaciones sexuales. No experimentar ninguna sensación, no inquietarme al respecto y cumplir perfectamente hasta el fin todo el ritual. No compartir los gustos del otro, no resentirme por ello y cumplir, etc. Indiferente, porque estoy tan replegada mentalmente en el fondo de mi ser que gobierno mi cuerpo como un titiritero su marioneta. De modo que seguí viendo a Romain. Gracias a su personaje de chico malo con modales tiernos tenía éxito con las mujeres y me complacía imaginar la sorpresa o el chasco de las que creían habérselas con un tío. Vi los ojos pasmados de una de ellas buscar en los míos el consuelo que brinda compartir una experiencia decepcionante: «Pero Romain... ¡No se mueve!» Recibí las confidencias de la atónita con la placidez de un sabio.

He hablado del aburrimiento que en ocasiones me asaltaba durante las reuniones entre amigos y la escapatoria a que recurría desapareciendo para follar con uno de ellos.

¡Pero sucede que te aburres follando! Soporto mejor, no obstante, esa clase de hastío. Soy muy capaz de no impacientarme en el curso de un cunnilingus que ni me va ni me viene, de renunciar a encaminar el dedo que no me frota el clítoris, sino al lado, donde hace un poco de daño, y finalmente alegrarme cuando el otro eyacula, aunque a mí no me reporte un gran provecho, porque a la larga toda esa aproximación es fastidiosa, puedo tolerar todo eso con tal que antes o después la conversación se anime, que me lleven a cenar a casa de gente interesante, o que pueda deambular por un apartamento cuya decoración me gusta, y jugar a inventar que vivo otra vida... El curso de mi pensamiento está tan despegado de las contingencias que no permite que lo entorpezca un cuerpo, aunque se halle retenido en los brazos de otro. Más aún, el pensamiento es mucho más libre cuando el interlocutor eventual se sirve de su cuerpo; en consecuencia, seguramente no le reprochará que le tome como un accesorio erótico.

Los mujeriegos no son forzosamente los que mejor satisfacen a las mujeres. Ni siquiera hay que descartar que algunos de ellos —no todos— cambian de una a otra para hallarse siempre en las condiciones de un comienzo y evitarse el estadio en que se les exige la consumación. (Sin duda ocurre lo mismo con algunas «hombrieriegas»...) Uno de los primeros que conocí, un artista, era mucho mayor que yo y una amiga mía me había advertido: «Con los hombres de cierta edad es fabuloso, tienen tanta experiencia que nosotras no tenemos que hacer nada, ¡nada más que abrirnos de piernas!» Tuve que contenerme un poco para no desmentirla. En una de las habitaciones del taller, en la que recibía a las visitas, había una mesa grande sobrecargada de objetos. Como en un bazar de curiosidades, había un revoltijo de cosas, lámparas, jarrones, botellas de formas extravagantes, ceniceros kitsch y asimismo utensilios insólitos y maquetas o bocetos de sus propias obras. Muchas veces no nos tomábamos la molestia de entrar en el cuarto, y yo me reunía con él en el desorden. Me arrinconaba contra la mesa. ¿Quizá porque era un poquito más bajo que yo me parece que vuelvo a ver tan claramente sus párpados entornados, los cercos que eran como su reflejo, su mohín mendicante e infantil? Teníamos los pubis mas o menos a la misma altura y yo, en cuanto advertía la turgencia debajo del pantalón, empezaba a menear, como él decía, mi «pequeña mecanica». Es decir, que, como tenía por costumbre, imprimía a mi pelvis movimientos nerviosos a los que él respondía, y nuestros pubis se frotaban mutuamente. ¿Por qué derroteros se extraviaba mi mente, entonces, cuando mi excitación comenzaba a marchitarse? ¿Veía una imagen en la pared, clavada con chinchetas? ¿Pensaba en el artículo que debía escribir, o bien examinaba, sin pensar en nada, las pequeñas excrescencias de piel morena en la superficie de los parpados? ¿Pensaba en que tendríamos tiempo de volver a empezar mas tarde, y que entonces su sexo entraría en el mío? Él echaba la cabeza hacia atrás, me empujaba un poco mas contra la mesa que me aserraba las nalgas, lanzaba unos cuantos relinchos. Con aquello bastaba.

Era, no obstante, un hombre solícito y, mientras yo paseaba sobre él y su entorno una mirada crédula, él me observaba, como a todo el mundo, con la suya increíblemente escrutadora. No he conocido a un hombre tan poco complaciente en los comentarios que hacía sobre tu físico, formulados sin reservas, con la exactitud de quien ejerce su ojo profesional, pues tus posibles defectos no tenían, en suma, ninguna incidencia en el hecho de que estuvieras «buenorra». Además, emparejaba esta agudeza visual con una gran destreza de la que yo sacaba partido durante los toqueteos. Pero a otros —si puedo decirlo así— les tiene sin cuidado el cuerpo que les ofrendas cuando ya han obtenido de ti una

prestación que les conviene. Por ejemplo, el hombre que me hace entrar en un cuarto de criada, en la avenida Paul—Doumer, que usa como despacho. Y me manosea; no he ido a verle para eso, pero me da igual. El proceso normal exigiría que me condujera al divan, que me acostara. Pues no, es él el que se tumba de espaldas, cuan largo es, extasiado, y el que hace ese gesto siempre un poco patético del hombre que extiende su minga sin mirarla. Así que yo me la meto en la boca y le oigo decir, bastante rapido, lo siguiente: «¡Ah, voy a correrme! Contigo no me importa, te la meto mas tarde.» Por lo que a mí respecta, me gusta así también, pero tengo el pensamiento lo bastante despejado para decirme que se comporta de una forma grosera. No me la mete mas tarde.

Si soy dócil, no es porque me guste la sumisión, pues nunca he buscado situarme en una posición masoquista, sino porque en el fondo me es indiferente el uso que se haga de los cuerpos. Naturalmente, jamas me habría prestado a practicas extremas como la de infligir o sufrir heridas, pero por lo demas, en lo referente al inmenso ambito de las singularidades, hasta de los antojos sexuales, he actuado sin apriorismos, he mostrado una invariable predisposición de animo y de cuerpo. A lo sumo se me puede reprochar una falta de convicción cuando alguna practica no hallaba demasiado eco en mi propia vida fantasmatica. Frecuenté durante tiempo a un hombre que de cuando en cuando necesitaba mearme encima. Yo sabía de qué iba la cosa cuando me hacía levantarme de la cama para chuparsela. Cuando su sexo se ponía bien tieso, lo retiraba y lo sujetaba con una mano, a poca distancia. Yo mantenía la boca abierta. Debía de tener, en aquella postura, arrodillada, el aspecto de alguien que se dispone a recibir la comunión. Había siempre una breve espera durante la cual él parecía guiar mentalmente el trayecto de la orina. Durante este esfuerzo de concentración, lograba mantenerla empinada. Y el chorro me llegaba, copioso, denso, caliente. Amargo. De un sabor tan amargo que nunca he conocido nada equivalente, como para encogerte toda la lengua en el fondo del gatzate. Manejaba su sexo como si fuese una manguera, y el flujo era tan abundante y duraba tanto tiempo que a veces yo no podía evitar debatirme, como se hace cuando alguien se divierte rociándote. En una ocasión en que me tumbé bajo el chorro, él se tendió a mi lado después de haber vaciado la vejiga. Con las dos manos, me untó la meada, me cubrió de besos. Detesto sentir los cabellos mojados en el cuello y allí no podía hacer nada para impedir que goteasen. Me entró un ataque de risa. Él se enfadó y cortó en seco sus efusiones. ¡Años después, todavía me lo echaba en cara! «Hay algo que no haces bien, y es que te meen encima.» Lo reconozco. En mi descargo alegraré que no me reí para, por ejemplo, disipar una molestia (¡no era la primera vez que me regaban así!), y mucho menos para burlarme de él o de nosotros (lejos de rebajarme, todo ejercicio sexual más o menos original era, al contrario, una fuente de orgullo, como un hito más en la búsqueda del Graal sexual). Me había reído porque, como no encontraba una satisfacción masoquista en una situación que no me parecía humillante, por lo menos me producía júbilo revolcarme en una repulsiva sustancia líquida.

Algunas posturas complacen menos que otras a la mujer aficionada al papel de bebé grande colgado de una tetina de buen tamaño. Lo menos que cabe decir es que no soy dominante, ni moralmente —nunca he tenido a mis órdenes a un hombre— ni sexualmente: no soy la que lleva la fusta en los numeritos perversos. ¡Y me cortaba a la hora de dar bofetadas! El hombre de las citas en el barrio de la estación del Este no se contentaba con relamerme la ranura, sino que a intervalos levantaba la cabeza y, con la boquita de piñón, me pedía que le abofetease. No me acuerdo de las palabras que

empleaba, pero sé, en cambio, que, para la ocasión, me llamaba «mi reina», lo que yo no podía por menos de considerar ridículo. Le veía estirar el cuello y algo me repelía en aquella cara cuyos rasgos se ablandaban durante la espera y cuyos labios húmedos recordaban los de un sediento que se dibuja un bigote al depositar el vaso. Pero aquello no me ayudaba a pegarle con la suficiente fuerza. Ponía buena voluntad, aunque por desgracia no lograba contentarle de verdad. Le cruzaba la cara de un bofetón, pero el temor de arañarle con una de mis sortijas me frenaba la mano. Otras veces probaba con una mano y luego con la otra, con intención de poner más audacia en cada gesto, pero así era difícil mantener el equilibrio, sentada muy cerca del borde de la cama o la butaca, en una postura incómoda para golpear la cara que sobresalía de entre mis muslos. En fin, me faltaba convicción. Paradójicamente, estoy segura de que si él hubiese puesto cara de creérselo menos, si hubiera salpicado de una gota de humor su petición, o si hubiese insistido de tal modo que pudiera parecer una comedia, yo habría entrado mas fácilmente en el juego, me habría dejado convencer y habría golpeado con mayor firmeza.

En vista de mi desgana, nunca insistió, e ignoro sin con otras su masoquismo le inducía a practicas mas exigentes. Para mí, las sesiones con bofetadas se sumaban a todos los aplazamientos que conocía nuestra relación sujeta a encuentros espaciados y aleatorios. Prolongaban, aunque sólo fuese durante un lapso corto, mis esperas de la polla. Como ya he contado, yo llegaba a la cita con un deseo ya exacerbado. El placer era virulento desde los primeros besos en la boca, desde los primeros instantes en que sus brazos me levantaban la ropa. A continuación, la succión insaciable acrecentaba el deseo hasta un grado casi insoportable. Pero cuando por fin llegaba el momento de la penetración, mi pequeña cuerda interna ya se había aflojado; la espera había sido demasiado larga. Probablemente habría tenido que considerar de otra forma el ciclo del deseo, tomar las caricias bucales como un preludeo, prescindir de la cópula, admitir el intervalo entre dos citas como el eco deleitable de las caricias y mirar de frente la realidad: la guinda era el instante en que, tras abrirme la puerta, sin decir buenos días ni buenas tardes, todavía embutidos los dos en el abrigo, me estrechaba bruscamente contra él. En tal caso, la perfeccionista que llevo dentro se habría prestado como una colegiala al penoso aprendizaje del arte de la bofetada, la habría puesto en practica al igual que todos esos prolegómenos, carantoñas y besuqueas que se hacen sin pensar.

Puesta a dominar, prefiero montar a horcajadas a un hombre tendido de espaldas. La postura no tiene trascendencia sobre las funciones respectivas en el juego de papeles. Cuando yo era muy joven y quería darmelas de lista, llamaba a eso «la postura de la torre Eiffel». Una torre que cabalgaba el Sena, un Sena que habría sido un torrente que eleva la torre con su balanceo. El movimiento de émbolo, de arriba abajo, las nalgas que hacen un ruidito seco cada vez que chocan con los muslos del hombre; las circunvoluciones de un bosquejo de danza del vientre, que es el compas mas pausado y el que se adopta para descansar o por fantasía; el bamboleo de adelante hacia atras, que es el mas rapido y, para mí, el mas gozoso: conozco todo esto tan bien casi como la felación. Al igual que en ésta, la mujer controla la duración y el ritmo, y ademas disfruta, evidentemente, de una doble ventaja: la verga actúa directamente dentro del coño y el cuerpo se expone en un angulo propicio, en contrapicado ante la mirada masculina. Y luego es gratificante oír que te dicen, alguna que otra vez: «Eres tú la que me follas... ¡Qué bien me follas!» Subes y bajas encima del manubrio como una funda bien engrasada. Gracias a esta soltura, a este dominio, si

cierro los ojos veo ese mango desmesuradamente grueso y robusto, porque llena totalmente una cavidad que a su vez me parece ensanchada hasta las dimensiones de mi torso, y de la que se ha expulsado tan bien todo el aire que se adhiere plenamente al objeto. Es también una de las posiciones en que mejor se pueden ejercer pequeñas presiones sobre dicho objeto contrayendo los músculos de la vagina. Son señales que se emiten desde lejos, una manera de comunicar al otro que estás utilizando profusamente, sin trabas y a sus expensas, lo que le pertenece, que también piensas en él.

Todas estas maniobras son imposibles cuando la mujer, a horcajadas sobre un hombre, tiene el coño ocupado mientras el culo se dilata para permitir que un segundo hombre se introduzca en ella. Dos amigos que me empalaban de este modo aseguraban que a través de mis entrañas notaban el contacto de sus pollas respectivas, y que eso era algo especialmente excitante. No les creí más que a medias. Para mí, las posturas más o menos acrobáticas, o las que, como ésta, exigen limitar los gestos para ser factibles, o incluso las que te inmovilizan, producen sobre todo un efecto plástico. Te diviertes formando un grupo como lo habrían formado antaño unos modelos en una Academia, y lo que aviva el placer es menos el contacto entre cuerpos que la visión que se tiene de ellos tan bien ensamblados como piezas de un mecano. Emparedada así, yo apenas veía nada.

Ahora tengo cuidado, cuando me muevo en la posición superior, de no agachar demasiado la cabeza. Aunque no tengo la cara muy ajada, me parece que posee menos consistencia que antaño, y no quisiera ofrecer a mi compañero, en el caso de que tuviese los ojos abiertos, el espectáculo de la papada. Mi otra reserva con respecto a esta postura es que no puedo prolongar mucho tiempo cada movimiento. En el que se ejecuta de arriba abajo, los muslos, accionados como palancas, se cansan enseguida, sobre todo si los atraviesa una pelvis ancha. Puedo mantener más tiempo el movimiento de balanceo, pero ahí la sensación, muy localizada en la parte anterior del vientre, por una parte, y la imitación precisa del movimiento masculino, por otra, crean, en una especie de reverberación, la perentoria necesidad de que te llenen. Hasta el extremo de que paro la máquina, me acurruco contra el cuerpo acostado debajo y digo: «Dame golpecitos.» Tres o cuatro que me zahieren, secos, el fondo del coño bastan, en efecto, para procurarme mucha felicidad.

Admiro de los hombres esa acción de lento fuelle durante largos minutos sin que les duela, aparentemente, la postura adoptada. Siempre me pregunto cómo hacen para sostenerse apoyados de ese modo en los brazos, o para movilizar los riñones con tanta resistencia. Y las rodillas, ¿cómo hacen con las rodillas? A mí me duelen, al cabo de un ratito, cuando ocupo la posición dominante que acabo de describir y el acto se realiza a ras de suelo. Lo mismo me ocurre cuando hago una felación de rodillas delante de un hombre de pie. De hecho, cuando más me inflijo pequeñas torturas es cuando mantengo la distancia para prolongar una mamada. Puede suceder que suelte una o las dos manos, exactamente con el mismo propósito que un equilibrista para demostrar la seguridad con que la boca sola gobierna la trayectoria, o para acelerar brutalmente el ritmo. En este caso la nuca se contrae y un dolor se aposenta en ella. Una rigidez parecida a la que sobreviene en la consulta de los dentistas que trabajan despacio, invade asimismo la mandíbula, los músculos tensos de las mejillas y los labios, sobre todo si el diametro del sexo que se trabaja obliga a mantener la boca muy abierta. Como vuelvo hacia adentro los labios, se forma en la mucosa, donde los dientes han mordido, una rosca inflamada. Me gusta esa

herida. Es calida y sabrosa. Cuando de nuevo libero la boca, me paso la lengua por el punto herido con la fruición de un animal que se lame la llaga. Tras haberme desfondado, me reencuentro en ese dolor exquisito que atizo adrede, apoyando un poco mas la lengua.

Sobrellevo de igual forma todos los albures del coito, tanto las excentricidades de unos y otros como las pequeñas miserias físicas. Esto deriva de la facultad de programar el propio cuerpo con independendencia de las reacciones psíquicas. El cuerpo y el espíritu que le es inherente no viven en las mismas temporalidades, y sus reacciones hacia los mismos estímulos externos pueden sufrir un desfase. Así, recibimos sin pestañear una noticia dramática o, a la inversa, seguimos llorando a pesar de haber captado perfectamente que lo han hecho todo para consolarte. Si, interiormente, he puesto en marcha la maquinaria fabril del placer, un desagrado que pueda sufrir el cuerpo no bastara para atascarla. En otras palabras, el desagrado sólo llegara a la conciencia a posteriori, después de que parezca que el placer ha sido ya alcanzado, y para entonces te importa un comino la sensación ingrata, que olvidas mas aprisa de lo que la recuerdas. ¿Cómo explicar, si no, que durante años los mismos hombres me causaran los mismos sinsabores sin que yo me quejara ni procurara evitarlos? Yo, que, fuera de la ducha, aborrezco estar mojada, con frecuencia y con constancia he recogido en gruesas gotas el sudor de un hombre. No he visto nunca una transpiración tan copiosa. Las gotas caían rectas sobre mí hasta el punto de que distinguía el impacto de cada una. A él no parecía incomodarle el calor que hacía, mientras que yo sentía una sensación glacial en mi pecho empapado. Tal vez yo compensara mi desagrado escuchando el chasquido de agua de sus muslos en los míos; los ruidos siempre me han estimulado. Habría podido pedirle cortésmente, de vez en cuando, que se secase, pero no lo hice. Tampoco me curé de una alergia que me provocaba la frotación de determinada mejilla contra la mía. Puesto que se trataba de una dolencia crónica, ¿no habría podido ponerme una crema en previsión de mis citas con el propietario de aquella mejilla, que sin embargo se afeitaba escrupulosamente? No, salía siempre de su casa con la mitad de la cara en carne viva. Las marcas tardaban horas en disiparse. No descarto, a propósito del desfase entre el cuerpo y el espíritu, que, en este ejemplo, la culpabilidad que sentía al verme con aquel hombre a escondidas hubiera contribuido, junto con una propensión alérgica, a ponerme la cara colorada. En aquellos momentos, el espíritu, aun con desgana, coincidía con el cuerpo.

Las diferentes manifestaciones del placer

Es tanto más fácil escribir sobre los desagradados porque parecen distender el tiempo y porque el tiempo permite detallarlos. Aunque no lleguen de inmediato a la conciencia, excavan un surco que representa una duración. La sesiones de bofetadas no eran nunca largas, el chapoteo en el sudor distaba de constituir lo esencial de mis relaciones con aquella persona, pero lo cierto es que yo, mientras ocurría todo eso, activa y pasiva al mismo tiempo, esperaba (y observaba). Relatar el placer, el placer extremo, es mucho más delicado. Por otra parte, ¿no se suele asociar con un transporte fuera de uno mismo y del mundo, es decir, fuera igualmente del tiempo? ¿Y no hay una dificultad adicional, aporética, en querer identificar, reconocer, algo de lo que no te han facilitado la descripción, o escasamente?

En las páginas que anteceden, he hablado un poco de mi arrebató, en el sentido fuerte, en el momento de mi primer contacto carnal, y he mencionado también el descubrimiento de un orgasmo prolongado gracias, en particular, a un falo artificial; por último, he intentado bien que mal dejar constancia de esa movilización en la entrada de mi sexo, que se pone duro como un redondel de metal cuando la excitación alcanza su más alto grado. Son comprobaciones hechas relativamente tarde. Durante gran parte de mi vida, he follado en la indeterminación absoluta del placer. En principio, debo conceder que para mí, que he multiplicado los compañeros, ningún desenlace es más cierto que el que busco en solitario. Controlo el ascenso de mi placer casi en un cuarto de segundo, lo que no es posible cuando tienes que tener presente el itinerario que recorre el otro y el hecho de que dependo de sus gestos, no de los míos. Esbozo mi historia. Pongamos que soy una actriz de películas porno que preside una audición de posibles candidatos que se presentan desnudos y ordenados en hilera. En mi ensueño, por el contrario, oficial que pasa revista a sus tropas, los examino uno por uno y palpo el aparato de cada cual, fricciono con la yema del dedo corazón mi clítoris ya pegajoso. A veces me parece que se yergue, más puntiagudo, como un brote joven. En realidad, es todo el monte de Venus y la vulva los que se inflan bajo mi palma, y puedo abandonar tres segundos el movimiento circular para prensar rápidamente el conjunto como apretaría una pera. Prosigo mi historia. Me decido por un chico al que llevo por la polla hacia una especie de mesa de masaje donde me tiendo, con el conejo en el reborde. En este instante (pero este preámbulo ya ha tardado mucho tiempo, seis, ocho minutos o más), la excitación puede ser muy aguda. Está muy localizada, es un peso que tira hacia la parte baja de mi vagina y parece cerrada como el diafragma de un objetivo. Sé, sin embargo (¿de dónde saco esa ciencia? ¿De la medida espontánea, exacta, del grado de excitación? ¿Porque ésta lleva a la exasperación, demasiado cargada en cierto modo, y sólo puede estancarse en una zona concreta? ¿De que no sera esta postura, con el compañero imaginario, la que me dé la ilusión de estar colmada?), que, si continúo, el orgasmo no vendra o sera débil. Entonces detengo en seco el movimiento y vuelvo atras en mi historia. Lamo algunas pollas rígidas antes de escoger una. Vuelta a la mesa de masaje. (Puede haber varios retrocesos de este tipo, que introducen ligeras variantes.) Esta vez, dos o tres se suceden brevemente en mi coño. La presión del dedo se acentúa, el clítoris gira sobre una base dura, ¿un hueso? Me imagino a un chico en plena acción de machacarme. La fricción se vuelve frenética. Algunas veces puede que murmure, pero articulando claramente, con todo, un dialogo de arenga rudimentaria: «Qué rica estas... Adelante...» Cuando llega el momento se vacía el espíritu. Exit quince sementales. En el esfuerzo de concentración hago una mueca, levanto la boca en un mohín feo; una de las piernas se me paraliza, pero, desarticulación inesperada, en ocasiones tengo el reflejo de acariciarme suavemente un pecho con la mano libre. El orgasmo es fruto de una decisión. Por decirlo así, lo veo venir. Por lo demas, tengo a menudo, de verdad, abiertos de par en par los ojos, que ven no la pared de enfrente o el techo, sino una radioscopia fantastica. Si todo ha ido bien, la voluptuosidad viene de lejos, de lo mas recóndito de esa larga tripa de paredes repujadas y grises, y se propaga hasta la abertura que se ensancha y se cierra como la boca de un pez. Todos los demas músculos estan relajados. Puede haber seis o siete oleadas. En el punto ideal, permanezco un momento deslizandó los dedos unidos sobre la vulva, y luego me los llevo a las ventanillas nasales para deleitarme con su perfume dulzón. No me lavo las manos.

Me hago pajas con la puntualidad de un funcionario. Al despertar, o en pleno día, con la espalda recostada en la pared, las piernas separadas, un poco dobladas, nunca al acostarme. Paladeo igualmente el acto de masturbarme bien envainada por una verga de lo mas real. En este caso tardo mas en correrme; me cuesta mas concentrarme en mi relato fantasmatico, porque el sexo que me ensarta no excluye el que me imagino. El auténtico se mantiene listo, inmóvil, paciente, hasta la señal que hago, el «eh» de la aquiescencia absoluta, o un vuelco de la cabeza, y entonces los espasmos que provoco coinciden con el ariete del capullo en su maxima potencia. ¿Es posible que se conjuguen ahí dos deleites, en suma, tan distintos, uno que se percibe claramente, hasta el punto de que creo medir la ampliación de mi espacio como si observara la marea creciente que avanza poco a poco sobre la playa, y el otro que es mucho mas difuso, como si mi cuerpo reprodujera, ensordecido, el sonido de un gong, ya que, a semejanza de lo que se produce en el caso de un dolor extremo, la conciencia se aleja?

Nunca he notado las contracciones de mi vagina cuando hago el amor. En esta materia sigo siendo totalmente ignorante. ¿Se debe a que no puedo conocer este tipo de orgasmo en esas condiciones? ¿O a que, con mi cuerpo lleno por el sexo del otro, el mío no tiene la misma elasticidad? Menos mal que he terminado aprendiendo que se trataba de una manifestación del goce femenino. Ya había rebasado la treintena cuando tuve con un amigo una de esas conversaciones íntimas que han sido sumamente excepcionales a lo largo de mi vida. Le preocupaba saber cómo se reconocía que una mujer había gozado. «¿Es cuando tiene espasmos? ¿Ésa es la única prueba?», me preguntó. Dubitativa, pero no queriendo parecer una imbécil, respondí que sí. Para mis adentros, me dije: «Así que es eso.» Hasta entonces, cuando mi cuerpo había emitido signos semejantes, yo no los había identificado como tales, ni siquiera si se producían en el curso de una masturbación tan meticulosa como sabemos. Como no había buscado a sabiendas la cosa que significaban, no podía reconocerlos como signos de esa cosa. Ciertas caricias me resultaban placenteras, determinadas posiciones eran mejores que otras: punto. Ahora comprendo que esta lacónica conversación (no es casual que la mantuviese con un hombre con quien no he tenido relación sexual) pudo haber sembrado en mí el germen de una preocupación que tardó años, largos años, en desembocar en esa insatisfacción de la que he hablado al final del primer capítulo de este libro.

Tal como también he explicado, la practica del onanismo consistió al principio para mí, y durante largo tiempo, no en solicitar directamente el clítoris, sino en deslizar uno contra otro los labios de la vulva. No es que yo ignorase su existencia, sino que no había tenido que recurrir a él para obtener placer. Pertenezco a la generación de mujeres a las que las obras feministas se impusieron la tarea de guiar en la exploración de su cuerpo. He mirado mi sexo acucillada encima de un espejo, pero sólo he extraído una visión confusa. Quizá me costase esfuerzo seguir una descripción muy científica. Quizá tuviese alguna prevención respecto de la actuación feminista, de la que yo pensaba que estaba destinada a las mujeres inhibidas o que tenían dificultades en las relaciones sexuales, cosa que a mí no me concernía, ya que para mí follar era fácil. Quizá no me apeteciese cuestionar esta facilidad: yo follaba por placer, sin duda, pero ¿no follaba también para que follar no fuese un problema? En aquella ocasión, quizá hubiese cerrado inconscientemente los muslos como quien cierra un diccionario de medicina: por miedo a descubrir que tienes las enfermedades que describe, y que te prohibirían algunas buenas costumbres...

Estaba en lo cierto, pues, cuando mucho mas tarde abrí el diccionario de las perogrulladas, empezó a brotar la inquietud. Entonces frecuenté a un hombre, y después a otro, con la idea fija de que tenía que sentir durante la cópula los mismos espasmos que los que desencadena la masturbación. ¿Tenía para lograrlo un conocimiento suficiente de mis propios órganos? Y como si mi vida sexual se desarrollase a contrapelo, como si hubiera tenido que formularme las preguntas ingenuas después de haber adquirido una experiencia y después de haberla olvidado, dudé de mi antena clitoridiana. ¿Era ella la que respondía cuando yo me caldeaba con una falange rabiosa? Por un momento creí que no la poseía, o que estaba atrofiada. No me ayudó un hombre que, inspirado por las mejores intenciones, carecía de maña y cuyo dedo desbarraba sin tregua. Finalmente me rendí a la evidencia: el clítoris no era una punta viva y detectable como un clavo en la pared, o como el campanario en un paisaje, o como la nariz en medio de la cara, sino una especie de nudo embrollado, sin verdadera forma propia, un minúsculo caos que se originaba en la conjunción de dos pequeñas lenguas de carne, como cuando la resaca entrechoca dos olas.

El placer solitario es narrable, el placer en la fusión escapa. Al contrario de lo que ocurre cuando yo misma me provocho el orgasmo, no me digo nunca, en una relación de dos: «Ahora es el instante.» No hay gatillo, no hay relampago. Hay mas bien la instalación lenta en una molicie de sensación pura. Lo contrario de una anestesia local que suprime la sensibilidad pero no impide conservar el juicio despierto: mi cuerpo entero no es ya sino el reborde de una desgarradura en carne viva, mientras que la conciencia permanece en un estadio de adormilamiento. Aun si sigo moviéndome por impulso propio, lo hago por automatismo, aun cuando pueda preguntar, en un último reflejo de sociabilidad: «¿Te importa si no me muevo?» ¿Es eso la plenitud? Mas bien un estado próximo al que precede al desmayo, cuando se tiene la impresión de que el cuerpo se vacía. Invasión, sí, pero de vacío. Casi tengo frío, como cuando parece que la sangre te abandona. Fluye hacia abajo. Se ha abierto una valvula por la que expulso lo que hacía del cuerpo una masa compacta. Y oigo el ruido que produce la expulsión. Cada vez que el miembro irrumpe en esta bolsa blanda en que me he convertido, el aire que desplaza emite una sonoridad clara. Hace bastante tiempo que ya no grito, desde que desperté al bebé de los vecinos y ellos protestaron tamborileando contra la pared. El amigo en cuya casa estaba, descontento, me había telefonado algunos días mas tarde para anunciarme: «Me he informado a través de un amigo médico, gritar así es un signo de histeria.» He perdido esa costumbre sin darme cuenta. Posteriormente, los gritos de otras mujeres me han recordado a menudo los que lanzan, mas reflexivos que espontaneos, los saltimbanquis al espolear a su montura, y que se oyen cuando pasan cerca en la pista del circo. Yo ya sólo lanzo pedos. El primero me sorprende en mi somnolencia. Le siguen otros. Me maravilla poseer tantos recursos.

¿El amigo médico habría matizado o rectificado su diagnóstico si hubiera sabido que durante un periodo, mis compañeros, después del amor, abandonaban en la cama, la mesa o el suelo un cuerpo tan rígido como un cadaver? Felizmente no sucedía siempre, sino, hasta donde me acuerdo, cada vez que el placer había sido exacerbado. Sufría una crisis de tetania. Nunca había tenido miedo. Pasaba enseguida. El mismo síntoma había aparecido una vez en que me practicaron un aborto, y el ginecólogo me explicó que me faltaba calcio. Ni siquiera fue penoso. Obraba como la prueba de que había acontecido algo incomprensible en mi cuerpo, que éste ya no me pertenecía. La parálisis prolongaba la letargia. Naturalmente, me pregunté si a la deficiencia de sales minerales no se le habría

sumado un motivo inconsciente. ¿Refrenaba mi cuerpo antes o después del orgasmo? ¿Para evitarlo o para prolongarlo? El síntoma desapareció y me olvidé de responder a la pregunta. Ahora bien, sobrevino una manifestación opuesta. En lugar de crisparme al borde del abismo, me ahogo en un mar de lágrimas. Relajo la tensión mediante sollozos libres y ruidosos. Lloro como no se llora prácticamente nunca en la edad adulta, con el corazón embargado de una pena absoluta. Es preciso que la tensión haya sido especialmente intensa, excepcional; más que otras, sin duda, debo recorrer un largo camino hasta el éxtasis, y mis sollozos tienen algo en común con los del atleta exhausto que recibe su primera medalla. Algunos de mis compañeros se asustaban, temían haberme hecho daño. Pero son las lágrimas de una alegría desesperada. Todo ha sido arrojado por la borda, pero ese todo se reduce a esto: el cuerpo que he entregado era sólo un soplo de aire, y el que he estrechado se encuentra ya a años luz de distancia. ¿Cómo no expresar congoja en un estado de indigencia semejante?

No son las acometidas más violentas las que me hacen zozobrar. Hay que amortiguadas, y cuando me veo con el dorso aplastado contra el colchón, me siento demasiado pesada para la Ascensión. Bien preparada, prefiero algunos desplazamientos nimios que suponen, por el contrario, que no peso nada. Por haber sido divinamente poseída, me acuerdo del breve gesto de un hombre, mucho más grande que yo, que me pasaba la mano por la espalda y me palmeaba los riñones. Ejercía tan bien esta atención porque era maquinal: era el mismo gesto de un ama de casa cuando pasa el plumero. Tres o cuatro golpecitos secos me levantaban como a una hoja de papel en una corriente de aire. Los golpes me alzaban unos milímetros el coño a lo largo de su sexo. Eso bastaba.

Visionando

Soy de estatura mediana, tengo un cuerpo flexible, me agarran y me giran a capricho en todos los sentidos. Lo que más me sorprende cuando me veo en una pantalla de vídeo es esta ductilidad. Normalmente me siento tan forzada, tan torpe (prácticamente no he vuelto a bailar desde mi adolescencia y soy incapaz de dar más de tres brazadas en el mar), que no reconozco al pequeño reptil que se estira, se retracta, reacciona rápido y plenamente a todas las sollicitaciones. Tumbada de costado al estilo de una odalisca, con las piernas ligeramente dobladas para que sobresalga en primer plano el orbe posterior, con la mirada vuelta hacia la dirección de ese globo y la mano entreabierta posada en la boca con un gesto de expectativa. Luego, siempre de costado, un poco más encogida para ofrecer un mejor asidero, la cintura girada noventa grados hacia atrás, lo que realza la parte superior del cuerpo, y el cuello torcido para comprobar, de un vistazo, que la hendidura está bien despejada. En esta postura apenas puedo intervenir. El animal se finge un objeto inanimado. El hombre acentúa la doblez de las piernas para insertar una de las suyas en el triángulo que las de ella habilitan; da la impresión de que recoge un paquete para aferrarlo mejor. Mantiene ese pliegue con una mano firme y zarandea enérgicamente el objeto de delante, que rebota, flexible, en su vientre. Aprecio este estado de inercia aunque mi sexo penetrado de este modo no sea muy receptivo. También cuando el hombre, a su vez, se tiende de costado, formando la barra de una T de la que, de nuevo de espaldas, yo soy el palo, con una de mis piernas pasada por debajo de su cintura y la otra por encima de sus

muslos. Recobro una identidad animal, entre la rana y el insecto volcado cuyas patas cortas se agitan en el aire. Sin embargo, he dicho ya que prefiero que me tomen por delante. Recibo mejor los golpes de polla y recupero la inteligencia de lo que ocurre. Al levantar la cabeza, al sostener si hace falta los tobillos o las pantorrillas, logro seguir la faena en el marco de mis piernas ampliamente separadas. Puedo recobrar la iniciativa; por ejemplo, arquear la espalda para elevar la pelvis y removerla todo lo que puedo. La relación entre los elementos se invierte: no es ya la estaca la que se clava en la tierra, sino la tierra la que tiembla para engullirla. Vuelvo a aplanarme. Captada de espaldas, como un peso muerto, cosificada de nuevo. Mas tarde, en la pantalla, veré que adopto la forma de un jarrón al que hubiesen volteado. La base esta a la altura del torso que dibuja un cono que se va ensanchando hasta las nalgas, y cuyo cuello se encoge bruscamente tras una dilatación doble —¿son eso las copelas del hueso iliaco?—, dejando el paso justo a la tranca que se hunde.

El placer es fugitivo porque el cuerpo, por muy triturado, socavado y removido que haya sido, es evanescente. El cuerpo que ha gozado se ha absorbido en determinadas partes sepultadas y misteriosas de sí mismo tan totalmente como el cuerpo de un pianista se concentra en la extremidad de sus dedos. ¿Y los dedos del pianista pesan sobre las teclas? Parece que no, en algunos momentos. Al mirar una película de vídeo en que se me ve haciéndome una paja con una mano, mi vecino declara que tengo un gesto de guitarrista. Mis dedos son flojos y se columpian en la nube negra con la regularidad de un péndulo, pero su acción es precisa. Cuando no estoy sola y sé que pronto los suplantara un instrumento mas grueso, no apoyo nunca demasiado fuerte, disfruto de esta suavidad. Nunca me masturbo metiendo los dedos en el coño, me conformo con untar el dedo corazón, que apenas hundo y que recojo luego para humedecer la parte frontal. Si el movimiento se hace un poco mas insistente, una onda recorre la piel finísima en la cara interior de los muslos. Noto que rozo de la misma manera el sexo del compañero. Al ejecutar una mamada, protejo la base de la verga y los testículos en el hueco de mis manos, exactamente con el mismo gesto con que reco-gería a un lagarto o a un pajarito. Un primer plano me muestra con la boca llena y los ojos bien abiertos en dirección a la pantalla; en esa mirada hay un control técnico. En otro, por el contrario, en que aparezco con los parpados y la boca cerrados y esta última ofrecida al glande que se pasea por ella, tengo aspecto de dormir profundamente, a pesar de que, sin la menor duda, no dejo de mantenerme a tiro. Mas lejos, al querer ajustar el glande, entreabro y desfrunzo la vulva cautelosamente, advertida de la fragilidad del objeto que me dispongo a embalar.

Otra filmación muestra mi cuerpo entero, como no se lo ve nunca com-portarse debajo de la ropa, atareado en las ocupaciones normales del día. Jacques, director improvisado, me hace subir y bajar veinte veces la escalera del edificio, poco concurrida a esa hora de la noche, con un vestido de lino negro transparente. Como si llevase un vestido normalmente opaco y me hubiese seguido una cámara de rayos X, se vislumbra, cuando estoy de espaldas, la animación neumática de las nalgas, y cuando estoy de frente, el temblequeo de los pechos cada vez que un pie se posa sobre un peldaño, mientras que el toisón desaparece sumido en una amplia mancha de sombra cuando se frota contra la tela. La silueta es fugaz, aun cuando se perciba la densidad de la carne. Para la secuencia siguiente, Jacques me pide que entre en la garita que durante el día ocupa el portero, primero con la blusa bajada hasta la cintura, y luego con el vestido retirado, y que adopte en efecto las actitudes de la

función. ¡Ah, si se pudiese ir así, sin nada encima, desde casa al lugar de trabajo! No solamente nos sentiríamos aliviados del peso de la ropa, sino también del lastre del cuerpo que llevaría envuelto. Lo confieso: el papel que Jacques me encomienda casa tan bien con mis propios fantasmas que me perturba de una manera insólita, casi me molesta estar más desnuda que desnuda. Volvemos al piso. Allí, por contraste, mi cuerpo se recorta, nítido, sobre el canapé blanco. En medio, la mano va y viene lentamente, lastrada por una gruesa sortija cuyos reflejos, a intervalos, son lo único que enturbia la claridad de la imagen. Muslos y piernas ampliamente abiertos se inscriben en un cuadrado cuasi perfecto. Es lo que veo hoy, pero yo sabía entonces que el hombre de la cámara veía eso mismo. Cuando, sin soltarla, vino a desalojar mi mano, mi sexo, donde él deslizó el suyo, estaba más tumescente que nunca. El motivo fue obvio al instante: yo estaba ya llena de la coincidencia de mi cuerpo real con sus múltiples imágenes volátiles.

EL SEXO FRÍO

Por MARIO VARGAS LLOSA

DICE la leyenda que, en su noche de bodas, el joven Víctor Hugo hizo el amor ocho veces a su esposa, la casta Adele Foucher, quien, a consecuencia de esta plusmarca para el sexo varonil establecida por el fogoso autor de Los Miserables, quedó vacunada para siempre contra ese género de actividades (su tortuosa aventura adulterina con el feo Sainte Beuve no tuvo nada que ver con el placer, sino con el despecho y la venganza).

El sabio Jean Rostand se reía de aquel récord huguesco comparándolo con las proezas que en el dominio del fornicio realizan otros especímenes. ¿Qué son, por ejemplo, aquellas ocho efusiones consecutivas del vate romántico, comparadas con los cuarenta días y cuarenta noches en que el sapo copula a la sapa sin darse un solo instante de respiro? Ahora bien, gracias a una aguerrida francesa, la señora Catherine Millet, los anfibios anuros, los conejos y demás grandes fornicadores del reino animal, han encontrado, en la mediocre especie humana, una émula capaz de medirse con ellos de igual a igual, y hasta de derrotarlos, en números copulatorios.

¿Quién es la señora Catherine Millet? Una distinguida crítica de arte, de 53 años, que dirige la redacción de ArtPress, en París, y autora de monografías sobre el arte conceptual, el pintor Ives Klein, el diseñador Roger Tallon, el arte contemporáneo y la crítica de vanguardia. En 1989 fue la comisaria de la sección francesa de la Bienal de Sao Paulo, y, en 1995, comisaria del Pabellón francés de la Bienal de Venecia. Su celebridad, sin embargo, es más reciente. Resulta de un ensayo sexual autobiográfico, recién publicado por Seuil, *La vie sexuelle de Catherine M.*, que ha causado considerable revuelo y que encabeza desde hace varias semanas la lista de libros más vendidos en Francia.

Diré de inmediato que el ensayo de la señora Millet vale bastante más que el ridículo alboroto que lo ha publicitado, y, también, que quienes se precipiten a leerlo atraídos por el nimbo erótico o pornográfico que lo adorna, se llevarán una decepción. El libro no es un estimulante sexual ni una elaborada imaginería de rituales a partir de la experiencia erótica, sino una reflexión inteligente, cruda, insólitamente franca, que adopta por momentos el semblante de un informe clínico. La autora se inclina sobre su propia vida sexual con la acuciosidad glacial y obsesiva de esos miniaturistas que construyen barcos dentro de botellas o pintan paisajes en la cabeza de un alfiler. Diré también que este libro, aunque interesante y valeroso, no es propiamente agradable de leer, pues la visión del sexo que deja en el lector es casi tan fatigante y deprimente como la que dejaron en madame Víctor Hugo las ocho embestidas maritales de su noche nupcial.

Catherine Millet comenzó su vida sexual bastante tarde —a los 17 años—, para una muchacha de su generación, la de la gran revolución de las costumbres que representó mayo del '68. Pero, de inmediato, comenzó a recuperar el tiempo perdido, haciendo el amor a diestra y siniestra, y por todos los lugares posibles de su cuerpo, a un ritmo verdaderamente enloquecedor, hasta alcanzar unas cifras que, calculo, deben haber

superado con creces aquel millar de mujeres que, en su autobiografía, se jactaba de haberse llevado a la cama el incontinente polígrafo Georges Simenon.

Insisto en el factor cuantitativo, porque ella lo hace, en la extensa primera parte de su libro, titulada precisamente "El número", donde documenta su predilección por los partouzes, el sexo promiscuo, los entreveros colectivos. En los setenta y ochenta, antes de que la libertad sexual no fuera perdiendo ímpetu y, manes del sida, dejara de estar de moda en toda Europa, la señora Millet —que se describe como una mujer tímida, disciplinada, más bien dócil, que en las relaciones sexuales ha encontrado una forma de comunicación con sus congéneres que no se le da fácilmente en otros órdenes de la vida— hizo el amor en clubes privados, en el Bois de Boulogne, a orillas de las carreteras, zaguanes de edificios, bancas públicas, además de casas particulares, y, alguna vez, en la parte trasera de una camioneta en la que, con ayuda de su amigo Eric, que organizaba la cola, despachó en unas cuantas horas, a decenas de solicitantes.

Digo solicitantes porque no sé cómo llamar a estos fugaces y anónimos compañeros de aventura de la autora. No clientes, desde luego, porque Catherine Millet, aunque haya prodigado sus favores con generosidad sin límites, no ha cobrado jamás por hacerlo. El sexo en ella ha sido siempre afición, deporte, rutina, placer, pero jamás profesión o negocio. Pese al desenfreno con que lo ha practicado, dice que nunca fue víctima de brutalidades, ni se sintió en peligro; que, incluso en situaciones que se podían llamar colindantes con la violencia, le bastó una simple reacción negativa, para que el entorno respetara su decisión. Ha tenido amantes, y ahora tiene un marido —un escritor y fotógrafo, que acaba de publicar un álbum de desnudos de su esposa—, pero un amante es alguien con quien se supone existe una relación un tanto estable, en tanto que la mayoría de compañeros de sexo de Catherine Millet aparecen como siluetas de paso, tomadas y abandonadas al desgaire, casi sin que mediara un diálogo entre ellos. Individuos sin nombre, sin cara, sin historia, los hombres que desfilan por este libro son, como aquellas vulvas furtivas de los libros libertinos, nada más que unas vergas transeúntes. Hasta ahora, en la literatura confesional, sólo los varones libertinos hacían así el amor, por secuencias ciegas y al bulto, sin preocuparse siquiera de saber con quién. Este libro muestra —es quizás lo verdaderamente escandaloso que hay en él— que se equivocaban quienes creían que el sexo en cadena, mudado en estricta gimnasia carnal, disociado por completo del sentimiento y la emoción, era privativo de los pantalones.

Conviene precisar que Catherine Millet no hace en estas páginas el menor alarde de feminista. No exhibe su riquísima experiencia en materia sexual como una bandera reivindicatoria, o una acusación contra los prejuicios y discriminaciones que padecen las mujeres todavía en el ámbito sexual. Su testimonio está desprovisto de arengas y no aparece en él la menor pretensión de querer ilustrar, con lo que cuenta, alguna verdad general, ética, política o social. No, por el contrario, su individualismo es extremado, y muy visible en su prurito de no querer sacar, de su experiencia particular, conclusiones válidas para todo el mundo, sin duda porque no cree que ellas existan. ¿Por qué ha hecho pública, entonces, mediante una auto—autopsia sexual sin precedentes, esa intimidad que la inmensa mayoría de hembras y varones esconde bajo cuatro llaves? Parecería que para ver si así se entiende mejor, si llega a tener la perspectiva suficiente como para convertir en conocimiento, en ideas claras y coherentes, ese pozo oscuro de iniciativas, arrebatos,

audacias, excesos, y, también, confusión, que, pese a la libertad con que lo ha asumido, es para ella, todavía, el sexo.

Lo que mas desconcierta en esta memoria es la frialdad con que esta escrita. La prosa es eficiente, empeñada en ser lúcida, a menudo abstracta. Pero, la frialdad no sólo impregna la expresión y el raciocinio. Es también la materia, el sexo, lo que despide un aliento helado, congelador, y en muchas paginas deprimente. La señora Millet nos asegura que muchos de sus asociados la satisfacen, la ayudan a materializar sus fantasmas, que pasó buenos ratos con ellos. Pero ¿de veras la colman, la hacen gozar? La verdad es que sus orgasmos parecen con frecuencia mecanicos, resignados, y hasta tristes. Ella misma lo da a entender, de manera bastante inequívoca, en las paginas finales de su libro, cuando señala que, pese a la diversidad de personas con las que ha hecho el amor, nunca se ha sentido tan realizada sexualmente como practicando ("con la puntualidad de un funcionario") la masturbación. No es, pues, siempre cierta, aquella extendida creencia machista (ahora ya esta adjetivación es discutible) de que, en materia sexual, sólo en la variación se encuentra el gusto. Que lo diga la señora Millet: ninguno de sus incontables parejas de carne y hueso ha sido capaz de destronar a su invertebrado fantasma.

Este libro confirma lo que toda literatura confinada en lo sexual ha mostrado hasta la saciedad: que, el sexo, separado de las demas actividades y funciones que constituyen la existencia, es extremadamente monótono, de un horizonte tan limitado que a la postre resulta deshumanizador. Una vida imantada por el sexo, y sólo por él, rebaja esta función a una actividad organica primaria, no mas noble ni placentera que el tragar por tragar, o el defecar. Sólo cuando lo civiliza la cultura, y lo carga de emoción y de pasión, y lo reviste de ceremonias y rituales, el sexo enriquece extraordinariamente la vida humana y sus efectos bienhechores se proyectan por todos los vericuetos de la existencia. Para que esta sublimación ocurra es imprescindible, como lo explicó George Bataille, que se preserven ciertos tabúes y reglas que encaucen y frenen el sexo, de modo que el amor físico pueda ser vivido —gozado— como una trasgresión. La libertad irrestricta, y la renuncia a toda teatralidad y formalismo en su ejercicio, que ha sido presentada como una conquista en ciertos enclaves del mundo occidental, no han contribuido a enriquecer el placer y la felicidad de los seres humanos gracias al sexo. Más bien, a banalizar y cegar, convirtiendo el amor físico en mera gimnasia y rutina, una de las fuentes más fértiles y misteriosas del fenómeno humano.

Por lo demás, conviene no olvidar que esa libertad sexual que se despliega con tanta elocuencia en el ensayo de Catherine Millet es todavía el privilegio de unas pequeñas minorías. Al mismo tiempo que yo leía su libro, aparecía en la prensa, aquí en París, la noticia de la lapidación, en una provincia de Irán, de una mujer a la que un tribunal de imanes fanáticos encontró culpable de aparecer en películas pornográficas. Aclaremos que "pornografía", en una teocracia fundamentalista islámica, consiste en que una mujer muestre sus cabellos. La culpable, de acuerdo a la ley coránica, fue enterrada en una plaza pública hasta los pechos, y apedreada hasta la muerte.

Notas a pie de página

¹ Esta palabra, de uso común en francés (y cuya invención se atribuye al escritor Victor Margueritte, 1866 - 1942), no tiene una equivalencia exacta en español: ni orgias, ni sexo en grupo, ni promiscuidad colectiva, ni cama redonda designan con propiedad lo que es una partouu: fiesta libertina o reunión sexual de muchas personas que puede incluir a la vez o por separado todas las modalidades de actividades antedichas. A lo largo del libro reaparecerá, aunque no todas las veces en que lo emplea la autora: en ocasiones vale decir: “orgias” en general o “sexo en grupo”. (N. del T.)

² Se refiere al Bois de Boulogne (o Bosque de Bolonia), parque en el lindero oeste de París que durante muchos años fue (y acaso siga siendo) lugar tradicional de citas galantes y encuentros venéreos de los interesados en este género de actividades. (N. del T.)

³ Véase nota 2. La Porte Dauphine es una de las rotandas que dan acceso al Bois de Boulogne. (N. del T.)

⁴ En francés “s’envoyer en l’air”: literalmente “lanzarse al aire”, “ponerse patas arriba”. En lenguaje coloquial, significa “fornicar”. (N. del T.)

⁵ Institut Géographique National, Instituto Geográfico Nacional (N. del T.)